

# LA estafeta

LITERARIA 1967

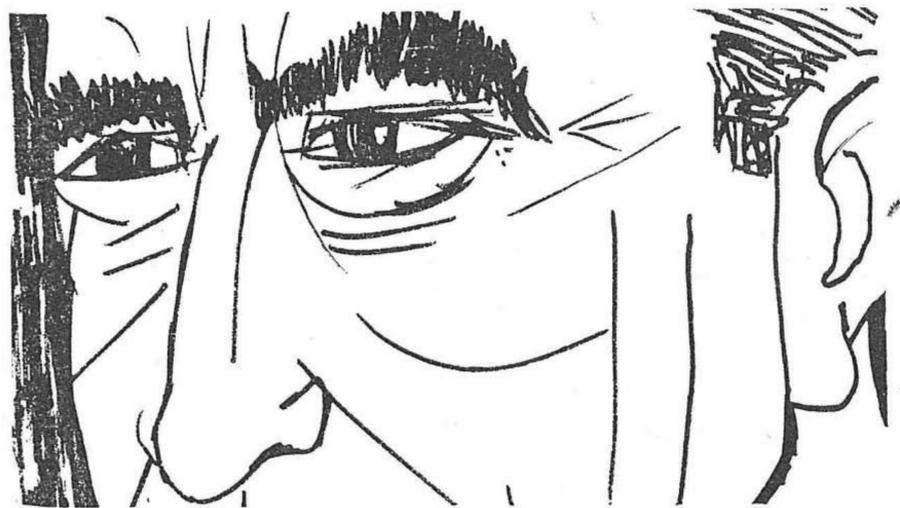
MARZO 25

SALE SABADOS ALTERNOS

N.º 366

## recordatorios

*Ciro  
Alegría*



(PAGS. 4 a 7)

*Miguel  
Hernández*



(PAGS. 8 a 15)

*y Azorín, periodista indigno, con  
otras posdatas*

(PAGS. 34 a 37)

Redacción: Calle del Prado, 21. Madrid - 14 • Teléfonos 222 85 14 y 232 33 74 • Administración: Castellana, 40  
Edita: EDITORA NACIONAL • Suscripción anual: ESPAÑA, 300 ptas. Resto de EUROPA, 550 ptas. (avión),  
400 ptas. (ordinario) OTROS PAISES, 1.150 ptas. (avión), 660 ptas. (ordinario).

Impreso en el BOE. Madrid

Depósito legal: M 615/1958



### DEBEN (DE) HABER COBRADO:

- 3.190.000 ptas. Suma anterior (premios concedidos desde el 1 de enero de 1967).
- 100.000 ptas. Don José Luis Acquaroni, premio «Blasco Ibáñez» por su novela *El Turbión*.
- 100.000 ptas. Don Alvaro Cunqueiro, premio «Mariano de Cavia» por su artículo *Mi Valle-Inclán... ¡Cuánta bondad y cuánta ternura!*, publicando en *La Vanguardia Española*.
- 100.000 ptas. Don Florentino Pérez-Embid, premio «Luca de Tena» por su artículo sin firmar *Rudolf Hess*, publicado en *A B C*.
- 100.000 ptas. Don Carlos Fuentes, premio «Biblioteca Breve» de novela por su obra *Cambio de piel*.
- 30.000 ptas. Don Esteban Matamala, primer premio de carteles de las Fiestas de San Isidro, del Ayuntamiento de Madrid.
- 25.000 ptas. Don Francisco Alemán Sainz, primer premio de Prensa en el concurso de la Cruzada de Protección Ocular.
- 25.000 ptas. Don José Luis Pecker, primer premio de Radio en el mismo concurso.
- 25.000 ptas. Don Antonio Serra Camarasa, premio de Televisión en el mismo concurso.
- 20.000 ptas. Don Julián Santamaría, segundo premio del mismo concurso.
- 15.000 ptas. Don Eduardo Tijeras, segundo premio de Prensa en el mismo concurso.
- 15.000 ptas. Don Ignacio Mateo, segundo premio de Radio en el mismo concurso.
- 10.000 ptas. Don Antonio López Luna, premio de poesía castellana en el Certamen Universitario de Poesía.
- 10.000 ptas. Don Rafael Socías Capmany, premio de poesía catalana en el mismo certamen.
- 10.000 ptas. Don Francisco Valle Martínez, primer premio de Poesía del concurso literario Hispanidad, convocado por la Asociación de Estudiantes Nicaragüenses.
- 10.000 ptas. Don Jesús Montejo Iglesias, primer premio de Cuentos en el mismo concurso.
- 10.000 ptas. Don Pedro Marayta, tercer premio del concurso citado.
- 5.000 ptas. Don Manuel Gómez Ortiz, tercer premio de Prensa en el concurso de la Cruzada de Protección Ocular.
- 5.000 ptas. Don Diego López Acosta, tercer premio de Radio en el mismo concurso.
- 5.000 ptas. Don Antonio Serra Camarasa, premio de chistes en el mismo concurso.
- 5.000 ptas. Don Juan Antonio Villacañas, premio de poesía de la Semana Santa Gaditana.
- 5.000 ptas. Doña Pilar Paz Pasamar, segundo premio del mismo concurso.
- 3.000 ptas. Don Alfredo Conde Cid, accésit de poesía gallega en el Certamen Universitario de Poesía.
- 3.000 ptas. Don Arcadio López Casanova, accésit de poesía gallega en el mismo certamen.
- 3.000 ptas. Don Juan Núñez-Cacho Robledo, primer premio de Poesía «Hogar Manchego», en Valencia.
- 1.000 ptas. Don Alberto Alvarez de Cienfuego y Yorres, premio en el mismo concurso.

3.830.000 ptas. Suma y sigue.

### PUEDEN JUGAR

**DIBUJO**  
Total en premios:  
75.000 ptas.  
**SELLO DE GARANTIA**

La Junta Nacional del Grupo Económico de Aguas Minero-medicinales Naturales, encuadrado

en el Sindicato Nacional de Hostelería, convoca un concurso entre dibujantes españoles para la creación del «Sello de garantía» o distinción de calidad que acreditará el manantial de agua mineral.

El tema del dibujo queda a la libre inspiración del artista, pero deberá ser apropiado a la finalidad a que se destina. Asimismo, deberá incluir la siguiente leyenda: «Agua minero-medicinal natural. Garantía de origen». Cada dibujo será presentado con un lema, y la plica correspondiente, hasta el 30 de marzo, en el Sindicato Nacional de Hostelería, calle del Duque de Medinaceli, número 2, Madrid.

Se conceden dos premios, de 50.000 y 25.000 pesetas, y las obras admitidas serán presentadas en una exposición organizada al efecto.

**POESIA**  
Premio: 1.000 ptas.  
**REVISTA ATALAYA**

Al primer premio Atalaya, podrán optar todos los jóvenes menores de veintiún años

de ambos sexos y de cualquier nacionalidad.

Cada autor ha de presentar tres composiciones poéticas, de tema libre, mecanografiadas, en idioma español, por sextuplicado y sin firmar.

Se otorgará al conjunto el premio Atalaya consistente en un recital de poesías originales en un salón de actos de la capital onubense y una visita a los lugares colombinos. Se le entregará al ganador un documento atribuyéndole la posesión del premio y la cantidad de mil pesetas para los gastos de desplazamiento a nuestra capital. Se hospedarán en el Colegio Menor «San Pablo».

Dicho recital será transmitido por Radio Popular y Juventud de Huelva, y TVE gravará un reportaje. Así como serán publicadas las composiciones en la prensa.

Los trabajos han de enviarse por correo o ser entregados, acompañados de sobre aparte donde figure nombre, domicilio y edad del autor, a: Revista Atalaya, avenida Manuel Siurot, INEM, «La Rábida», Huelva. Ambos sobres han de llevar un lema e indicar: Para el primer premio Atalaya.

El plazo de admisión finalizará el 31 de marzo de 1967. En los envíos por correo se tendrá en cuenta la fecha del matasello.

El jurado emitirá su fallo el 8 de abril.

Se otorgarán varios accésit, que consistirán en una invitación para participar en el recital como figura meritoria, pero todos los gastos, que se originen al desplazarse, correrán por cuenta del galardonado.

La redacción de Atalaya publicará

las poesías que crea conveniente y obsequiará a los autores con una suscripción a dicha revista. Las restantes serán devueltas, asegurando la redacción la no publicación de ellas.

**MUSICA**  
Premio:  
25.000 ptas.  
**ANUAL DE ARTE 1967**

La excelentísima Diputación Provincial de Sevilla, a propuesta de su Comisión de Educación,

Deportes y Turismo, convoca concurso para el otorgamiento de un premio a la música, titulado «Premio Anual de Arte, 1967», con sujeción a las siguientes bases:

Podrán optar a la recompensa los músicos nacidos en la provincia de Sevilla, o vecinos de la misma, o los que hubieren cursado sus estudios en el Conservatorio de Música de Sevilla.

El premio consistirá en 25.000 pesetas. Los concursantes deberán presentar una composición musical original para ser interpretada por orquesta sinfónica (plantilla: dos flautas (segundo flautín), dos oboes, dos clarinetes, dos fagots, cuatro trompas, dos trompetas, tres trombones, tuba, percusión, (timbales, xilofón, gong, platos, bombo triángulo); quinteto de cuerdas), en un lapso de tiempo aproximado de ocho a doce minutos.

Los trabajos se presentarán en el Registro General de la Secretaría de la Corporación, antes del día 30 de mayo de 1967, bajo sobre cerrado y lacrado, en el que se escribirá lo siguiente: «Para el concurso del Premio Anual de Arte, 1967», y un lema, que se repetirá en el trabajo y en la plica. Esta encerrará el nombre y domicilio del autor.

**TEATRO EN EUSKERA**  
Premio:  
25.000 ptas.  
**GUIPUZCOA**

Las obras tendrán que ser inéditas, de autores que no hayan estrenado comercialmente.

El premio estará dotado con 25.000 pesetas.

Ahora gestionará la publicación de la obra premiada, y su estreno en San Sebastián dentro del ciclo del Club de Teatro, así como los finalistas que se consideren interesantes.

El jurado podrá declarar desierto el premio en el caso de considerar que no hubiese ninguna obra teatral merecedora del galardón.

Los originales serán enviados a Agora, Víctor Pradera, 10, San Sebastián, por duplicado, hasta el día 30 de abril de 1967, con la indicación «Para el Premio Guipúzcoa de Teatro en Euskera».

Los originales deberán ir con el nombre, apellidos y domicilio del autor.

El fallo del jurado, cuya decisión es inapelable, se hará público en San Sebastián el día 28 de junio de 1967.

La aclaración de cualquier duda en la interpretación de las bases corresponderá a la entidad organizadora.

## CIRO ALEGRIA

LPL: Dolor por Ciro Alegría	4
Luis Hernández Aquino: Ciro en Puerto Rico	4
Arturo del Hoyo: Ciro entre nosotros.	6
Manuel Ríos Ruiz: Queja hispánica por Ciro	7

## MIGUEL HERNANDEZ

P. Jacinto Nicolás Mateos: Miguel Hernández, poetapastor de palabras	8
Manuel Ríos Ruiz: Un Auto Sacramental, que se llamó Miguel	10
Vicente Ramos: Ramón Sijé y Miguel Hernández	12
Miguel Hernández: Elegía para la novia de Ramón	13
Gregorio Prieto: Retrato y texto José María de Cossío: Miguel, en la memoria	14
	15

## NARRATIVA

José María Sanjuán: La patrulla (folletón)	19
Rodrigo Rubio: Días rojos en el calendario	23

## ARTICULOS

U. A.: Cinco cartas stendhalianas	30
-----------------------------------	----

## CORRESPONDENCIAS

Gabriel Celaya: Teoría del plagio	40
J. Marcos de la Fuente: Sobre Jacques Maritain	40
F. Ruiz de la Cuesta: En torno al futuro	39

## TERTULIAS ESTAFETICAS

Concha Alós, Life, Armengol, J. Merino, Nilda, Salvador, Del Hoyo, Rincón, Nicasio, Rogado, J. A. López, C. Salazar	32
---	----

## RESEÑA DE LIBROS

César Tiempo: Sabadomingo.— Miguel Gila: La Jaleo, el Bizco y los Demás. — Manuel Blanco Tobío: Rapsodia americana. — Gabriel Elorriaga: Puntos de vista. — Diego de Torres Villarroel: Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la Corte.—Doménico de Gregorio: Metodología del periodismo.—Cornelius Ryan: La última batalla. — Miguel Fernández: Sagrada materia.— Jaime Ferrán: Tarde de circo. Vincenzo Josía: Poeti sivi-gliani di oggi.—David Valjalo: Trece poemas. — Gastón Baquero: Memorial de un testigo	24
---	----

## CRONICAS

Concursística	2
Teatral	16
Plástica	17
Extranjera	18
Ateneística	32
Social	37
Musical	38

## AZORIN: 5 POSDATAS

José Alfonso: ¿Indigno periodista?	34
José de las Casas Acevedo: Tiempo de siempre	34
Pascual Antonio Beño: En Argamasilla	35
«Ras»: Desde Venezuela	36
José Álvarez Esteban: Don Juan	36

NO POR NADA, SINO POR ALGO, reunimos en este número a dos altos escritores hispánicos: Ciro Alegría y Miguel Hernández. El tiempo es algo; nacieron, meses de diferencia, en 1909 y en 1910. La muerte es algo: el primero en morir, Miguel, seguramente no supo nada de Ciro; y de Ciro no sabemos que supiese nada de Miguel. La vida es algo. De vivir hoy, Miguel y Ciro, con sus cincuenta y siete años cumplidos por cada uno, serían probablemente amigos por sus personas y tal vez rivales por sus seguidores. La literatura es algo: con haber terminado de vivir los dos a tal edad que todavía los cronistas les pueden apellidar de «malogrados», uno y otro dejan escritas tales cosas que se pueden contar entre los logros mejores de la lengua castellana.

Prosa, la de Ciro, que suscita versos como los de la página 7 de este número. Versos, los de Miguel, que despiertan prosas como la de la página 8.

No por nada, tampoco, se parece la última fotografía de Ciro (pág. 6), maduro y todo lleno de homenajes, al retrato de la página 5, con su mirada airada y casi iracunda. No por nada emprendemos las páginas de Miguel con el escudo de los frailes franciscanos de Cartagena.

UN AUTO SACRAMENTAL QUE SE LLAMO MIGUEL es el título dado por la revista (pág. 10) a una de las colaboraciones sobre Miguel Hernández Gilbert. El hecho de que un humildísimo fraile nos recuerde que se cumplen cinco lustros de su muerte nos ha movido a caer en la cuenta de la religiosidad de Miguel y resaltarla. Correspondiendo a la humildad, respetamos todas las aparentes erratas y errores de esas páginas (8 a 14), escritas y dibujadas por amigos nuestros, ilustradas con fotos marchitas. Ni siquiera rectificamos que el P. Jacinto Nicolás nos diga que hace veinticinco lustros de la muerte de Miguel; puede no ser un error de cuentas, sino una cuenta poética y abstraída por la cual ciento veinticinco años se pasan en un suspiro. Ni tampoco rectificamos su dicho de que «treinta y dos años jóvenes bastaron a Miguel Hernández...» ¿No es hermoso que un franciscano se deslice a calificar de jóvenes todos los años de una vida, desde el nacimiento hasta la muerte?

ES SABADO SANTO EL DIA DE LA FECHA de este número. ¿No es algo también esta casualidad? Pues no es casualidad. Traemos a las páginas de cuentos uno donde Rodrigo Rubio, medio paisano de Miguel, trata la Semana Santa en su pueblo. Traemos una carta del irreligioso poeta Gabriel Celaya, a quien no pensamos pagarle en pesetas su colaboración, porque ya va bien servido con que demos a luz, aquí, sus interesantes teorías, que son—en el buen sentido de la palabra—graciosas. Y, por el lado contrario, otra carta sobre el progresismo y Maritain.

EN EL ULTIMO TERCIO DEL PRESENTE NUMERO van algunas posdatas para Azorín. Tuvimos que rechazar multitud de originales porque llegaron a destiempo, pero el interés, para el lector, de las que insertamos, nos ha movido a levantar, de nuevo, muchas gale-radas sobre información de provincias y del extranjero, varias «correspondencias» de gran interés, diferentes relatos que siguen esperando la habitual y querida sección «Principio Quieren Las Cosas»...

Perdona, lector; perdonad, escritores. Nuestro espacio no da para más. Y este agobio, al mismo tiempo que nos abruma, nos anima, por lo tempestuoso de vuestra asistencia.

La Est<sup>a</sup>. Lit<sup>a</sup>.

# Dolor por *Ciro Alegría*

EL día 16 del mes pasado ha muerto en Lima, capital de su país, *Ciro Alegría*. Había nacido en Sartimbamba, Huamachuco, la noche del 4 de noviembre del año 9 de este siglo. En 1926 es redactor de periódicos; los 32 y 33 los pasa en la cárcel, con un interludio de huida, persecución y captura. En el 34 comienza en Chile una vida de exilio, debido a su ardorosa implicación política en la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), de Víctor Raúl Haya de la Torre. 1937 y 1938, hospitalizado por tuberculosis, escribe «Los perros hambrientos» en el sanatorio. 1941 a 49 reside en USA, separándose en el 48 del aprismo. Vive del 49 al 53 en Puerto Rico; del 53 al 56, en La Habana. Para volver en el 57 a Lima. Ultimamente era diputado, dirigente del partido Acción Popular y presidente de la Asociación Nacional de Escritores y Artistas Peruanos.

La inmediata muerte de Azorín, el 2 de marzo, nos forzó a dejar para hoy las páginas que teníamos preparadas sobre *Ciro Alegría Bazán*. Acerca de él escriben aquí:

Luis Hernández Aquino, director de la revista poética «Bayoán», que tantos años se ha publicado en Puerto Rico, y ahora reside en Madrid, Avenida de los Toreros, 12 (v. LA ESTAFETA LITERARIA, núm. 357, pág. 37). Como brevísima muestra de la prosa de *Ciro*, reproducimos su colaboración para el número 3 de «Bayoán» (diciembre 1961-febrero 1962), que contiene homenajes a Puerto Rico de Margot Arce, Santos Chocano, Eduardo Marquina, Salvador Rueda, Samuel Gili y Gaya, Gabriela Mistral, Francisco Villaespesa, Juan Ramón Jiménez y Ricardo Gullón.

Arturo del Hoyo, colector y prologuista de las novelas de *Ciro Alegría* en sus dos ediciones madrileñas, de Aguilar. La segunda (1966), se incorpora el impetuoso escrito «Me llamo *Ciro Alegría*», que no figuraba en la del 59. Arturo del Hoyo es un amigo, muy amigo; un escritor, muy escritor, que escribe muy poco, y cuando lo hace, lo hace a empujones. A empujones nuestros, por ejemplo.

Y, finalmente, Manolo Ríos Ruiz, que con su garganta y lengua nativas de Jerez, con versos mestizos de oda y de soleá, con su calé por dentro, formula un gran planto hispánico, ululante como un quejido perruno, cuando se da a la tierra el cuerpo de *Ciro Alegría*. Manolo Ríos, traído a Madrid, está entrenándose y estrenándose como secretario de Redacción de LA ESTAFETA LITERARIA

Si recibimos a tiempo la colaboración que hemos solicitado a Dora Varona, la publicaremos. Ella es una poetisa importante cuya pista seguimos —pasó por Madrid una docena de años atrás— en los ultramares hispánicos. Acompañamos a Dora, y no solamente a ella, en el dolor por *Ciro*.

LPL

## EN PUERTO RICO

LUIS HERNANDEZ AQUINO

CONOCÍ a *Ciro Alegría* en mi país. Le evoco físicamente: mediana estatura, ojos negros, cejas pobladas, faz rubicunda y seria, con algo de cholo andino y por añadidura un silencio mucho más de indio milenario, que se abría solamente para decir las cosas precisas, con mucha parquedad, a diferencia de cuando el hombre escribía, que se tornaba en maravillosa catarata de palabras y conceptos.

Su primera visita a la isla de Puerto Rico fue en el año 1941, cuando asistió a una conferencia de escritores celebrada en la ciudad de San Juan, a invitación de la profesora Concha Meléndez, especialista en literatura hispanoamericana, y quien se ha ocupado con simpatía de su obra de novelista. Fue breve la participación de *Ciro Alegría* en aquel congreso, en el que trató sobre la novela. Pero la visita a Puerto Rico fue

de gran interés para él, ya que se puso en contacto con un pueblo hispanoamericano que presentaba una problemática distinta a la de los demás países del mismo origen. Se interesó como escritor y novelista en nuestros problemas, y le movió a curiosidad intelectual el movimiento de renovación política y social del recién creado Partido Popular Democrático.

Volvió *Ciro Alegría* a Puerto Rico el año 1948, invitado a presenciar la toma de posesión del gobernador Luis Muñoz Marín, cuyo partido Popular Democrático, vencedor en las elecciones generales con el lema de «pan, tierra y libertad», le había llevado a la curul de jefe ejecutivo del país. Fue entonces cuando *Ciro Alegría* aceptó una invitación de la Universidad de Puerto Rico para dictar una cátedra sobre novela y problemas contemporáneos.

### CATEDRÁTICO PERIPATÉTICO

En el 1949 inicia sus tareas universitarias. Para entonces estaba casado con una inteligente y bella joven puertorriqueña—Lidia Marchand—, quien también ocupó cátedra en nuestra Universidad. A pesar de la agobiante tarea docente tuvo *Ciro Alegría* tiempo para caminar por el país—barrios, poblados, ciudades—pulsando la opinión de las gentes, observando sus vidas, tratando de interpretar el sentir de un pueblo condenado al colonialismo. Sin embargo escribió muy poco, entre lo cual figuraron algunas páginas para la revista literaria *Bayoán*. En una de éstas aludía al símbolo terrígena—presente en su novelística—refiriéndose a Puerto Rico, país con el que llegó a identificarse con sentido profundo. Decía entonces: «Sintiéndome de nuevo en lo mío, tan familiar aquí como allá, me hundo en mis papeles, en mi feliz desdicha de escritor, y me ausento a un mundo que encontré lejos y está ahora en mis sienes, tremando también con voces solas; y es en la tarde que salgo a la tierra que pisan mis pies. La puerta, los árboles, las colinas, las palabras parcas, el si-

## ESCRITO EN PUERTO RICO

FRATERNIDAD

El viejo árbol quiso retoñar. El aire tibio del nuevo tiempo, el sol rotundo, la lluvia que caló la tierra, dieron renovadas hojas a los árboles del parque. Entre las ramas hubo otra vez nidos y, rondando los troncos, voces de niños. Sólo para el viejo árbol no llegó la vida.

Sobrellevaba una agonía lenta que nadie advirtió. Frecuentemente no se advierte el dolor del hombre. Un árbol puede quedar aún más abandonado. Aquel viejo árbol de corteza áspera, cuyas cansadas raíces estaban muriendo, en vano trató de llevar savia a sus ramas, y tener también hojas nuevas, y respirar el viento, y vivir. Un brote leve, una pequeña gema verde, afloró cierto día en la quiebra de un brazo. Pero el viejo árbol no pudo persistir en el empeño. El conjunto escueto de sus ramas, se levantaba hacia el cielo clamando.

Una noche, el cielo hizo vibrar sus estrellas. Era una sinfonía de luces la inmensidad de la creación. Un hombre solitario surgió de la sombra de los otros árboles y se detuvo junto al abatido. A través de los amplios claros de los brazos contorsionados y las ramas escueltas, pudo contemplar las estrellas que andaba buscando. Ciñó con su brazo el tronco rugoso y el viejo árbol que iba a morir y el hombre solo que buscaba estrellas, se hicieron compañía.

Así, cada uno supo lo que es la fraternidad.

*Ciro Alegría*

# Bazán

noche, y que si mal no recuerdo se desarrollaba en el sur de los Estados Unidos de Norteamérica y tenía que ver con el problema del discrimen racial en dicho país. Se quejaba el novelista de las ediciones piratas que habían hecho en México de sus novelas. Para entonces se habían hecho varias ediciones en inglés, francés, checo, ruso y hebreo de su novela *El mundo es ancho y ajeno*, que figuraban bellamente encuadradas en artísticos estantes instalados en la salita de la casa. Para aquellas calendas fue que el escultor español Francisco Vázquez Díaz, conocido como Compostela, hizo la magnífica talla en madera del héroe indígena Rosendo Maqui, uno de los protagonistas de dicha novela, talla que ha servido como ilustración en algunas ediciones de *El mundo es ancho y ajeno*.

Comentando sobre los protagonistas de sus novelas—choles y mestizos mayormente—no tenía empacho Ciro Alegria en revelar que su abuela materna, doña Juana Lynch de Bazán era mestiza, puesto que por sus venas corrían sangre quechua e irlandesa. De esta abuela, que tanto amó el escritor, decía haber recibido grandes influencias que ayudaron a modelar su carácter y acrecentar su fantasía. Alababa su belleza y jovialidad, así como el poder narrativo de leyendas, consejas y cuentos que poseía. Muchas de esas leyendas y consejas las incorporó el autor en sus novelas, como aquella de una sequía que ocurrió en el altiplano y a la cual siguió una desgracia para el mundo indígena.

lencio amigo, me reciben como a un conocido que retorna.»

Solía reunirse Ciro Alegria con algunos amigos universitarios—Margot Arce, Francisco Manrique Cabrera, Héctor Barreras—en su casa de la avenida Ponce de León, cercana o contigua al edificio del Hogar Masónico. Vivía el novelista en la planta alta de una casa pequeña, donde Lidia, su mujer, nos atendía con esmero y finezas. Una noche nos leyó Alegria el fascinante capítulo de una novela que ha permanecido inédita, titulada *El hombre que era amigo de la*



Ríos

Madrid, 25 de marzo de 1967

La vida se fué tornando compleja para el novelista en Puerto Rico andando el tiempo. Querían algunos que escribiera «la novela puertorriqueña», una novela de posible exaltación del ideario político social de las gentes nuevas que habían ocupado el poder político. Se creía superficialmente en unos nuevos tiempos que no eran otra cosa que colonialismo disfrazado. Ciro Alegria, que siempre luchó contra las injusticias y era amante de la libertad en sus más altos valores, no les hizo el juego a quienes tal cosa pretendían.

Durante cuatro años residió el escritor en Puerto Rico ejerciendo de profesor universitario. Separado de Lidia su mujer, quien hizo profesión de fe en una orden religiosa, dedicándose a la vida conventual, marchó Ciro Alegria en 1953 a Cuba, en cuya capital vivió cultivando la literatura y el periodismo. Hacia 1957 regresó a Perú, donde fué acogido con gran entusiasmo y aprecio por las instituciones culturales y el pueblo.

## LA CULTURA HISPANICA

Desafortunadamente no es muy conocido Ciro Alegria en España, a pesar de la edición de su obra por una conocida editorial madrileña y las quince o veinte ediciones hispanoamericanas de las mismas. Todavía no se ha llegado al punto en que nuestros grandes escritores y valores artísticos hispanoamericanos sean conocidos a plenitud en España. Otro tanto pasa con notables escritores y las nuevas promociones artísticas y literarias españolas en América. Alguien aquí y allá debe intervenir sin lirismos ni falsas alharacas en la solución de un problema que atañe tan vivamente a la cultura hispánica.

Sin embargo, es Ciro Alegria una figura universal, con diez o quince traducciones de sus obras a diversos idiomas occidentales, eslavos y orientales. Su obra sobrepasa a la mera ficción novelesca para penetrar profundamente en la vida, los módulos y el carácter de una parcela de la humanidad peruana, la mayor, que son los indios y mestizos que por millones pueblan las cordilleras y estribaciones andinas del Perú. Es su novelística a manera de un *epos* de estas gentes de América que todavía están esperando la hora de su redención social. De ahí la vigencia del escritor y su obra.

Un ligero recorrido por los temas de las tres novelas que integran la obra de Ciro Alegria puede dar al lector una idea de este gran escritor de lengua española que junto a Mariano Azuela, Rómulo Gallegos, José Eustacio Rivera y Miguel Angel Asturias ha sabido penetrar en el sentido telúrico, las costumbres y sicología del hombre de la montaña, la selva y la sabana americanas, esa mirífica tierra que felizmente apellidó el filósofo Keyserling «mundo del tercer día de la creación».

## TRES NOVELAS

*La serpiente de Oro* fué la primera obra novelesca de Ciro Alegria, quien había ejercido el periodismo en su país, escrito algunos cuentos y varios poemas que por su aspecto formal recordaban a su maestro de infancia, César Vallejo. La obra fué escrita en el año 1935, en Chile. Fué primero un cuento sobre la vida de unos balseiros del río Marañón, por lo que llevó el título de *La balsa*. Luego el novelista la desarrolló en una novela corta que llevó el sugestivo nombre de *Marañón*, perfeccionándola, puliéndola y añadiéndole nuevos incidentes más tarde, para someterla a un concurso de la editorial chilena Nacimiento bajo el título de *La serpiente de Oro*. De ahí la fragmentación novelesca de la obra, que ofrece en estampas movidas el desarrollo temático, cobrando un sentido de unidad por lo homogéneo de los personajes, el tono y la atmósfera en que se desenvuelven los sucesos.

Aunque el ambiente de la obra no es chileno, el jurado que entendió en el concurso la seleccionó para el premio «por su belleza, vigor y originalidad». De esta manera se reveló Ciro Alegria, quien concurrió al certamen con seudónimo, como un gran narrador y personalidad literaria de altos quilates artísticos. Con ella inicia también el tema novelesco de la vida peruana, que desarrollará en sus obras siguientes. En *La serpiente de oro* se perfilan asimismo personajes y circunstancias que se revelarán con mayor magnitud en las obras futuras.

En *La serpiente de oro* el río Marañón es el centro novelesco y asimismo personaje mayor que se identifica con los demás personajes, los indígenas y cholos de Calemar, que son a la vera majestuosa del río dramáticos seres que se mueven modelados por el medio hostil que les rodea y el río mismo, donde sirven de balseros.

*Los perros hambrientos*, que personalmente nos comunicó en una ocasión el autor que era su obra más querida, fué escrita en el año 1938. Nació esta novela en raras circunstancias, porque el escritor, casi convaleciente de una enfermedad que le había invalidado el don de la vista y el del habla, recibió órdenes de su médico de escribir. Durante su enfermedad en el sanatorio de San José de Maipó, donde estaba recluso, oía el novelista los aullidos de los perros que servían de conejillos de Indias para los experimentos biológicos. Los perros del hospital le recordaban a los perros que durante su infancia había visto y conocido en el altiplano andino durante una sequía a la que siguieron malos tiempos.

La obra es breve, pero de una gran altura poética con que el novelista describe, con belleza extraordinaria, la sierra andina con su altiplano, acantilados y panojales. El asunto se circunscribe a la descripción de las peripecias de la familia del taita Simón Robles, su hija la pastora Antuca, y el destino de los perros Wanka, Zambo, Mañu, Pellejo y Gueso, cuyas biografías traza el autor identificándolos con sus diversos amos, durante una larga época de hambruna en el altiplano peruano. Esta novela, de gran reciedumbre y suave ternura al mismo tiempo, tiene un aspecto importante en la creación novelística de *Ciro Alegria*, ya que figura en ella el capítulo titulado «Un pequeño lugar en el mundo», que fué núcleo más tarde para la obra mayor del novelista, *El mundo es ancho y ajeno*. Con *Los perros hambrientos* ganó el novelista un premio patrocinado por la editorial chilena «Zigzag».

*El mundo es ancho y ajeno* era el título original de un capítulo de *Los perros hambrientos*, que pasó a ser, por intuición del novelista, *Un pequeño lugar en el mundo*, en el que figura vagamente descrita la destrucción de Huaira, una pequeña comunidad indígena, cuyas peripecias aplazó el novelista para un amplio desarrollo en el futuro. La coyuntura apareció —y cuán extraordinaria!— en ocasión de crear su próxima novela. También algunos episodios de bandidos —el Riero, de *La serpiente de oro*, y

los Celedonios, de *Los Perros hambrientos*—, desembocarán magnificados y transformados en las peripecias del Fiero Vázquez de *El mundo es ancho y ajeno*.

Mucha más fama añadió *Los perros hambrientos* al nombre del novelista, que ganador de dos concursos se presentaba ahora a un concurso de novelas latinoamericanas más importante, patrocinado por la editorial norteamericana Farrar and Reinhart y la Unión Panamericana, con una bolsa de cinco mil dólares para el primer premio, equivalente a unas 300.000 pesetas españolas actuales. Era el año 1941. Algunos amigos del novelista estimaron que debía concurrir. Lo estimularon y al mismo tiempo le ayudaron económicamente para que se dedicara a escribir sin preocupaciones. Así surgió *El mundo es ancho y ajeno*, una de las grandes novelas de América, escrita en cuatro meses y ganadora del primer premio del aludido concurso. La fama de *Ciro Alegria* fué universal.

La base del relato de esta obra la constituye la comunidad feliz de Rumi, integrada por quinientos indios y mestizos, la cual es destruida por motivos de la interpretación *sui generis* que de las leyes hacen los ricos hacendados, jueces y subprefectos venales, en perjuicio del indio. Las interpretaciones dan paso a la violencia, seguida de la dramática dispersión israelita de los habitantes de Rumi, para quienes ahora «el mundo es ancho y ajeno». Entreteje el autor múltiples episodios de estas vidas sombrías, alcanzando un dramatismo homérico, que lleva a su vez un mensaje al lector contra la explotación y la injusticia que sufre el indio peruano de parte de los terratenientes y las autoridades. Por eso la obra, que ofrece una realidad de la vida peruana fué censurada en el propio Perú, al igual que en el Brasil de Getulio Vargas.

Bella y emocionadamente describe *Ciro Alegria* la creación de esta novela en su prólogo. Cerramos con el último párrafo del prólogo aludido este artículo sobre el gran novelista de América: «Su drama no es otro que el de los campesinos oprimidos por el feudalismo y debe terminar un día. La situación actual es antihistórica. Sea que la presión del pueblo peruano llegue a ser tanta que se imponga evolutiva o revolucionariamente por sí mismo, sea que las clases dirigentes terminen por entender que el verdadero adelanto del Perú se conseguirá mediante el aprovechamiento libre y creador de todas sus fuerzas, sea que la influencia creciente de un mundo en transformación haga imposible que determinados países queden como islas de retraso, o que se cambien tales factores, el pueblo indio obtendrá justicia.»

El año pasado, promovido a presidente de la Asociación Nacional de Escritores y Artistas Peruanos, *Ciro* recibe las felicitaciones con una cierta sonrisa (¿premonitoria?).



**C**IRO Alegria no vino nunca a España. Aquí estábamos acostumbrados a ver hacerse, más o menos transeúntes o desterrados, a muchos de los grandes escritores de la América hispana. Desde 1900 a 1936, Madrid fué, en cierto modo, capital y encrucijada de las letras hispanoamericanas. Por aquí pasaron, en breve recuento, Rubén Darío, Amado Nervo, Emilio Gómez Carrillo, Alfonso Reyes, Rufino Blanco Fombona, Francisco A. de Icaza, Carlos Pereyra, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Augusto d'Halmar, Rómulo Gallegos, Miguel Angel Asturias, Jorge Luis Borges, César Vallejo, Pablo Neruda, Jorge Mañac, Lino Novás Calvo... Pero *Ciro Alegria* no vino nunca a España.

*Ciro Alegria*, en 1934, al ser desterrado del Perú, marchó de inmediato a Chile. Dos años después sacudía al mundo la guerra de España. Y durante los tres años de la guerra española y los cinco siguientes de la segunda guerra mundial, España dejó de ser el refugio natural de los desterrados escritores de América. (Europa era sólo hambre y guerra.)

En esos años, precisamente, se hizo escritor universal *Ciro Alegria*. Su obra capital. El mundo es ancho y ajeno, se publicó en 1941, como ganadora del Concurso Latinoamericano de Novela, convocado por la editorial norteamericana Farrar and Rinehart. Estaba comenzando la época avasalladora del dólar. Qué lejos ya los años en que Rómulo Gallegos publicaba en Barcelona las primeras ediciones de Doña Bárbara, Pobre negro, Cantaclaro... Rómulo Gallegos empezó a ser gran novelista entre nosotros. A *Ciro Alegria*, en cambio, tuvimos que «descubrirlo» los españoles después de 1945. En 1959 hube de presentarlo en el prólogo a la edición de sus Novelas completas. Un prólogo apresurado, porque era urgente dar a conocer entre nosotros, al gran público, las novelas de *Ciro Alegria*.

Podría decirse que *Ciro* había llegado a prescindir de España. Se había acostumbrado a ser un escritor continental americano y traducido a lenguas extranjeras. Desde aquí, en cambio, algunos, los que habíamos vivido nuestra adolescencia en el Madrid de la anteguerra y tenido la suerte de ver físicamente a algunos de los grandes escritores de América, su ausencia era una dramática experiencia cultural; otra, de los tiempos que nos habían tocado. Escribí mi prólogo y, para ganar tiempo, lo terminé bruscamente con estas palabras: «Acaso lo que hasta aquí va dicho sea lo primero que sobre *Ciro Alegria* se escribe en España. Deuda y agradecimiento a quien, desde América, es continuador, en nuestra lengua común, de una gran tradición hispánica.» Estas palabras no eran un cumplido. Estaban cargadas de intención. Trataré de explicarme ahora.

La América hispana, casi en su totalidad, figura hoy entre los pueblos industrialmente subdesarrollados. Y parte de su literatura, la llamada novela indigenista, es testimonio de la parte menos desarrollada, desde el punto de vista socioeconómico, de la población americana. La atención hacia esa literatura y su mundo tiene poco que ver, algunas veces, con la literatura misma y con el hombre mismo. Pues, pese a su acento progresista, el indigenismo tiene un matiz discriminatorio y, a mi juicio, antiprogresista. La visión del indígena en cuanto tal implica una discriminación, en la que han caído incluso los que han combatido, con las armas y con las letras, por la mejora del

# SOTROS

ARTURO DEL HOYO

aborigen americano. *Ciro Alegría* advirtió claramente cuál era mi posición ante la calificación indigenista de sus novelas. Al devolverme los folios de mi prólogo, con algunas correcciones de detalle, me escribió: «Como usted verá, con la parte crítica de su bello prólogo no me he metido, ni debía hacerlo, así existan algunas discrepancias. Yo soy muy respetuoso del punto de vista que cada crítico tome en cuanto a mi obra. El autor debe dejar que los demás lo juzguen.» En cierto modo, *Ciro Alegría* no se creyó a hacerlo, porque, a través de mis juicios, veía otra dimensión hasta entonces no señalada en su obra: el intento de sacarle de una clasificación, casi entomológica, como novelista indigenista. «Y, por lo demás—me decía también entonces—, le agradezco mucho sus palabras. Sobre *El mundo es ancho y ajeno* me ha conmovido grandemente leer: "Ciro Alegría construyó una novela que tiene un alcance épico y un tamaño humano no igualados hasta ahora en las letras hispánicas, de aquí y de allí." Entre mil elogios, nunca se ha dicho eso acerca de mi libro. Sus palabras son como un reto a una crítica medio cegata. Le agradezco de veras.»

Donde los demás veían indios, yo veía hombres. Lo que los demás tenían por novela indigenista simplemente, lo consideraba yo una novela de ámbito mayor, el reflejo en una pequeña comunidad india de la lucha constante en la historia por el derecho a la vida plena y a la dignidad. Rosendo Maqui, el protagonista de *El mundo es ancho y ajeno*, es, ciertamente, un indio peruano, pero también, y simplemente, por su actitud ante la adversidad y la injusticia, una encarnación de los más nobles valores de la conducta humana.

Pero es que, además, veía yo en Rosendo Maqui—un indio—rasgos españoles, que me lo hacían más entrañable aún y significativo. Y no sólo a mí me ocurría eso. No es casualidad que un artista español, el exiliado Compostela, sintiera la necesidad de tallar en madera un hermoso relieve, en que retrata a Rosendo Maqui en su ambiente serrano. Su noble figura, y la de los suyos, suscitan la misma clase de emoción—salvando todas las distancias que existen—que nuestro Cid, cuando, con dignidad humana, acompañado también de los suyos, sale desterrado de Castilla. El sabor español está derramado por todas las páginas de *El mundo es ancho y ajeno*. Para un español, resulta difícil volver al terreno estrictamente peruano de la novela, porque, sin quererlo, se viene a su ambiente propio y al mundo de sus valores. A esta españolidad de *El mundo es ancho y ajeno* contribuye, en gran medida, la magia del idioma común y el estilo narrativo de *Ciro Alegría*. Nuestra gran literatura, al menos la del pasado, es literatura fundamentalmente oral. Los poemas narrativos medievales, como el Poema del Cid, el romancero, nuestro teatro clásico, las «relaciones» escuchadas en los cortijos andaluces hasta finales del siglo XIX, la canción tradicional y la poesía del propio García Lorca poseen una eficacia oral. Y el predicador y el orador político han tenido entre nosotros durante mucho tiempo esa misma resonancia. El estilo de *Ciro Alegría*, con sus corroboraciones y recordaciones, con sus recursos orales, es, más que el de un novelista, en el sentido que hoy damos a la palabra, el de un juglar: un juglar hispánico que, una vez más, exalta la grandeza moral de un héroe y de un pueblo.

## QUEJA HISPANICA POR CIRO ALEGRIA

MANUEL RIOS RUIZ

IMATAQ KAY VIDAY  
—¡Qué es, pues, esta vida!  
MAYTATAQ RIPUSAQ  
¿a dónde he de ir?  
PUNA WAYTA HINA  
como la flor de la puna  
LLANTULLAYÑAS KASIAN.  
ya no tengo sino mi sombra.

(Cancionero huayno.)

NO tengo, ¡acau!, quena afin para cantarte,  
taita tamaño.  
Velay al-andalus, sin la guitarra templada tan siquiera.  
Sin el jipío telúrico. Sin el jondismo hacia los labios.  
Perdido el duende y el escalofrío.

(Lejos del aljibe y la atalaya.)

Soy de otra ayllu. ¿Escuchas?:

Voy como si fuera preso:  
detrás camina mi sombra,  
delante mi pensamiento.

Escúchame. Aparecí de otros montes—el agua los separa—  
y tu oroya—como Pablo, Rubén, César o Borges—  
fueme horizonte alcanzado, voz y eco, américa a la vista,  
para este acorde—soleá o trueno—que me araña el alma.  
(Porque al saberte cadáver, ichu ya de gusanos, laja encima,  
cantaría la siguiriya que cantan mis gitanos, ¡cantariala!)

Ahora, como un tuco reparo tus palabras. Sí,  
remiro tus pongos  
con sus bolas de coca y sus callanas. Y ya nuestás. Ya eres,  
de alba a alba y de ande a ande, caminante de la nada. Y digo:  
¡Oh antara que no tengo! ¡Oh chicha derramada! ¡Oh cirio!  
El grito que fuiste,

¡Alegría!,

repercute y clama.  
¿La cholada, los que bailan el huayno te supieron juerte,  
onde el montal, onde la mala, onde la parva...?  
Maldeciste el foete, denunciaste el real, quiño  
contra la pirca, en defensa del caisha.

¡Alalalu!

En guando te tendrán, en guando siempre, pichusha de su sol,  
guarapo de sus sangres, mucho gallo...

Oh *Ciro*, oh pata de perro, taita tamaño, pare grande,  
yaravi tu verbo sea, para siempre, sobre la barbacoa.

Y desde aquí, desde mi bética de marismas y olivares,  
onde la vid, onde la fragua, onde Giralda y cueva,

¡yayay!,

te va mi cante de alante:

PENO MEN DUCAS GUIYABANDO,  
—Digo mis penas cantando,  
SOS GUIYABER SIN OROBAR.  
porque cantar es llorar.

(Aforismo calé.)



COLEGIO LA INMACULADA  
PADRES FRANCISCANOS  
CARTAGENA

# MIGUEL HERNANDEZ

## Poetapastor de Palabras

p. jacinto nicolás mateos

DESDE que recibimos el ejemplar recordatorio que van ustedes a leer, hace casi dos meses, teníamos pensado anteponerle unas palabras acerca de la humildad. O sea, de la Religión. Hoy es Sábado Santo. Domingo de Resurrección mañana. Y, tras pasado ese día, se cumple un lustro del fallecimiento de Miguel Hernández. Un franciscano, dueño o pastor del siguiente artículo, es el autor de la correspondencia humilde que reproducimos. Se llama de una manera que parece no tener apellidos, sino tres nombres de persona: Jacinto Nicolás Mateos. Recuerda aquello del catecismo: «Decid, niños, cómo os llamáis.—Pedro, Juan, Francisco, etc.» Nos mendiga lugar a sus ovejas, digo a sus vocablos: «¿Si sobrase algún huequecito para colocarlo?... ¿Dispondrá de un minuto para leerlo?» Y el buen hermano o padre fraile francisco jacinto nicolás mateos nos escribe a las señas que la estafeta (hermano linotipista, no pongas mayúsculas donde no queremos ponerlas) tenía hace un montoncillo de años, y luego se disculpa. Y el humilde cartero nos busca y nos encuentra y nos da la carta sin decirnos nada, sin lucirse.

Cuando pastoreamos palabras los escritores, ¡qué bien que lo hiciéramos franciscanamente! Pero los escritores somos gente soberbia, engreída, creída de sí misma, convencido cada uno de que no es gente. Para lección de humildad, vamos a imprimir el escrito de jacinto nicolás mateos con unos tipos de letra de los que no disfrutaban nuestros colaboradores más ilustres.

Miguel Hernández, el pobre Miguel Hernández, fué muy amigo de Sijé, el pobre Ramón Sijé, que se le murió antes. Amigo de la novia que quedó sin casar, porque Sijé se murió primero. Miguel Hernández, en su más honda hondura, e incluso en su presencia corporal y en su tempranamente acabada residencia en la tierra, es el Hombre Religioso, un hombre religioso por humilde, por entregado, por inspirado en un espíritu sin el cual no somos nadie: el Espíritu Santo.

lpl

«**Q**UE no se pierda esta voz, este acento, este aliento joven de España», exclamó Juan R. Jiménez al leer los primeros poemas de Miguel Hernández. No se ha perdido esta voz, no. Hace ahora justamente veinticinco lustros que se ha callado solo, que ha caído redonda y estremecedora como un fruto maduro. Pero sigue ahí, como las buenas, alentando, enseñando, marcando las palabras a los hombres de las nuevas generaciones.

Treinta y dos años jóvenes bastaron a Miguel Hernández, a este «ruiseñor enlutado» del Sureste, para colocarse en la cima de la mejor poesía española de su tiempo. Su voz empieza, junto a la luz y el agua, en Orihuela, una ciudad tan transida de poesía que hasta el paisaje se hace verso libre y estirado en la verdísima palmera. Aquí viene a la vida el hombre y el poeta un 30 de octubre de 1910.

Hasta los once años, Miguel es un niño tímido y balbuciente, casi mudo, dedicado a la prosa de cada día, a conducir el ganado por los pastos de su tierra. Apenas sabe leer y escribir. Pero en este me-

nester silencioso y sosegado que le ocupa, su verbo empieza a desbordarse, a salirse hacia las cosas al contacto directo con la naturaleza: piedras extrañas que ruedan desde el monte, pájaros que no pueden tomarse de la mano, ovejas que se detienen asustadas ante el eco de su voz... Y nace el poeta asombrado, con su poesía primitiva, ingenua, pura. Empieza ahora el difícil pastoreo de la palabra. El poeta-pastor ha empuñado báculo y cayado para conducirlos. Primero, ordenada y pacientemente, hacia el verso ceñido del soneto. Después, más sueltas, más ruidosas de metáforas, hacia el verso largo y generoso. Así obtiene esa madurez y dominio, esa fuerza y verdad doliente que caracterizará toda su obra.

La poesía de Miguel Hernández está hecha de hombría, tras pasada de un dolor existencial, casi negro. Su corriente se cruza y se detiene en temas tan universales como el amor, la muerte, la raza y la difícil esperanza. Como el toro, como el rayo que no cesa, quedará el también definitivamente marcado para el dolor y la muerte. Diecisiete años de

creación, apenas, diecisiete años edificando, diecisiete años empujando esa poesía inmensa, universal, casi cósmica, ha gastado el poeta en su obra. ¡Pozo ingenuo y hombre terrible este Miguel!

En su primera obra, Perito en lunas, escrita hacia 1933, se convoca el relampagueo y brillo de la metáfora gongorina. Viene luego Quien te ha visto y quien te vió, un auto sacramental con resonancias calderonianas. En El silbo vulnerado, tema de corte y aldea, es Quevedo quien anda metido en hondura y barroquismo. Toda esta trilogía podría definirse como la obra construida a golpes de amor. A Miguel se le asoma a cada instante el niño que ha intentado ser, que ha bebido en los clásicos el agua más limpia llevada en la más cuidada forma de su verso.

Pero el oriholano tropezará un día con el verso existencialista y sangrante de Neruda, que dejará en él una huella indeleble y marcará su voz hacia otros horizontes más turbulentos y sospechosos. Ha ganado el escritor en valor expresivo, pero ha perdido, sin duda, el poeta. Porque la poesía está tan por en-

cima de las intencionalidades, es tan frágil en su voluntad de dañar, que, al colocarla al servicio de cualquier partido acaba por quebrarla un poco. Quizá sea esta la acusación más seria que pueda formularse contra una segunda poesía de Miguel Hernández. Esta segunda poesía se abre, además, en una fecha decisiva para la historia española, 1936. Aparece entonces El rayo que no cesa, cuya temática es el dolor y la muerte. Sus poemas se retuercen aquí con el empuje vigoroso y bravío del toro acorralado, el deseo de vivir, por una parte, frente al destino estremecedor de la

muerte. Seguirá a esta obra El labrador de más aire, que empalmaría con ciertos dramas pasionales y de aldea de Lorca. Y más tarde, en plena efervescencia bélica, Viento del pueblo y El hombre acecha, títulos que por sí solos definen su contenido. Hay aún una última serie poética, escrita desde la prisión, Cancionero y romancero de ausencias. Miguel recoge toda la ternura derramada a través de esa curva sinuosa que va de la mujer amada y lejana al hijo suyo doblemente perdido. Y acaba riéndose —Últimas canciones— sólo, ahuecado y

sin palabras ya, «con la alegre tristeza del olivo».

He citado intencionadamente este verso, casi finalista de su poesía. Porque en él se resumen plenamente todo el sentir hernandiano. El hombre maduro, el pensador, en este tronco adusto y rugoso del olivo. Y la emotividad, la ternura, que es su complemento, en la alegre tristeza. Ahí queda, si no, su obra. Y ese elogio sincero, compartido hoy por la gran mayoría, que Vicente Aleixandre dedicó ante la tumba de Miguel Hernández, en el cementerio de Alicante: «Tú, el puro y verdadero, tú, el más real de todos, tú, el no desaparecido.»



Miguel Hernández, el joven poeta que compone sus versos mientras apacienta las cabras.  
(Foto Llompart.)

1 de febrero de 1967

Sr. Director de LA ESTAFETA LITERARIA  
Montesquinza, 2  
MADRID

Mi estimado señor:

El 28 del próximo mes de marzo se cumplen justamente los veinticinco años de la muerte de ese gran lírico español que fué Miguel Hernández. Este es el motivo de que yo acuda a esa revista especializada con un pequeño trabajo en homenaje al poeta. Lo hago—ya ve usted—con la esperanza y el temor de siempre. ¿Si sobrase algún huequecito para colocarlo? En cualquier caso, puede disponer de él para lo que quiera.

Me permito señalarle—sólo como frágil garantía—que vengo colaborando en periódicos regionales y también en ABC. Pero usted tiene la palabra. ¿Dispondrá de un minuto para leerlo?

En la confianza de que será así, me es grato quedar de usted atento s. s.

P. JACINTO NICOLAS

Madrid, 10 de febrero de 1967

Rvdo. P. Jacinto Nicolás  
Colegio «La Inmaculada»  
PP. Franciscanos  
CARTAGENA

Querido amigo:

Muchas gracias por el original sobre Miguel Hernández que me envía con su carta del 1 de febrero (entre paréntesis: la he recibido con retraso porque me la dirige a la calle de Montesquinza, donde residía LA ESTAFETA hace veinte años; es de elogiar el celo de los carteros que me la han traído aquí), y que publicaré en la revista.

Su original me ha gustado mucho. Su carta, también; por lo cual le pido permiso para publicar igualmente el texto de su carta.

Nos encanta que sea un franciscano el primero que nos escribe acordándose de Miguel Hernández. En este sentido comentaré su artículo, su carta y su humildad. Ya ve usted que «he dispuesto de un minuto para leerlo».

En el número 356 de LA ESTAFETA LITERARIA, fecha 5 de noviembre del año pasado, publicábamos una entrevista y unas fotografías con la viuda de Miguel y con su hijo. ¿Lo ha visto usted?

Muy cordialmente amigo, le saluda

LUIS PONCE DE LEON

12 de febrero de 1967

Sr. D. Luis Ponce de León  
Director de LA ESTAFETA LITERARIA  
Calle del Prado, 21  
MADRID

Mi estimado y buen amigo:

Recibo su carta, toda ella saturada de esa difícil comprensión que valora a los buenos maestros. Gracias por su ponderado aliento que procuraré seguir. Puede usted—desde luego—disponer de la carta que introducía mi trabajo sobre Miguel Hernández.

En mis años de estudiante, tuve la oportunidad de leer bastantes números de «Estafeta Literaria». Me gustó mucho y tomé entonces bu-

na nota de su dirección, por si alguna vez me atrevía a escribir en tan altas esferas. Esta es la causa de que yo haya enviado ahora el original a esa dirección de hace veinte años. (No he tenido, claro, la oportunidad de leer esa entrevista con la viuda de M. Hernández, publicada por usted.)

Soy, por otra parte, muy aficionado—al menos a mí me lo parece—a la literatura. Se lo digo porque si usted ve alguna posibilidad, me gustaría colaborar más veces en esa revista. Le hago estas pequeñas confidencias apoyado en la alta calidad de sinceridad que me ha demostrado en su carta. ¿Podrá enviarme el número de «Estafeta» en que aparece mi artículo?

Disponga usted, además, de mí para lo que guste.

Su buen amigo,

P. JACINTO NICOLAS



En la huerta oriolana, a la sombra de las barracas, el poeta, rodeado de su rebaño, sueña «caminos de la tarde».

# UN AUTO SACRAMENTAL que se llamó MIGUEL

MANUEL RIOS RUIZ

No existe un espíritu que esté de acuerdo consigo mismo, pues entonces dejaría de ser espíritu.

VALÉRY

EL próximo día 28 de marzo cumple veinticinco primaveras de muerto Miguel Hernández. Treinta y dos años había vivido cuando escribió sus últimos versos: ¡Adiós, hermanos, camaradas, amigos! despedíame del sol y de los trigos! Desde este breve y postrimero poema, su poesía se ha estudiado detenidamente. Juan Guerrero Zamora, Vicente Gaos, Manuel Molina, Juan Cano Ballesta, Vicente Ramos, María de Gracia Ifach, José Luis Cano, Elvio Romero, Concha Zardoya, Dámaso Alonso, Carlos Bousoño, Guillermo de Torre, José Albi, cuantos se ocuparon de la poética hernandiana, se han preocupado de analizarla y cualificarla justificando toda su proyección, valorando cuanto tiene de humana y verdadera. No obstante esta clasificación casi total y profunda de la poesía Miguel Hernández, que ha llegado al máximo desmenuzamiento en todos los órdenes, vamos a detenernos hoy en uno de sus aspectos: el religioso, auténtica problemática en la vida del poeta, con el ánimo de desempolvar circunstancias vitales y extremas que influyeron en su expresión al respecto.

## LA PRIMERA IDEA DE DIOS

Junto al parecer catolicismo practicante de sus padres y familia, Miguel Hernández crece y pasa su infancia dentro de un ambiente rural y pastoril que le descubre crudamente todos los secretos de la Naturaleza: desde la hermosura del rayo hasta el acto fisiológico del parto de una cabra. La Naturaleza desnuda se erige ante él en visión cotidiana. Y, niño inquieto y soñador, ha de concebir a Dios a la vista de todo ello, y, por tanto, de manera más complicada, pero también más grandiosa, que aquellos otros niños a los que Dios se les presenta y explica sencillamente, siguiendo las directrices simples del catecismo.

Para el niño que fué, la idea de la divinidad hubo de ser personalísima y, desde luego, difícilmente adivinable, aunque es fácil creer que viera a Dios en todo, si tenemos en cuenta su privilegiada intuición. ¿Lo vería en la hierba creciendo, en la lluvia y en la nube, en la solemnidad del árbol, en

el vuelo de un ave y en el trigo, como después simbolizara en sus versos, con más precisión que en estampas de colores y en libros de misa? Su fugaz paso por el colegio de jesuitas tan vez le sirviera al niño cabrero para asimilar una explicación literaria, imposible la teológica, de la divinidad de Dios. Y en su adolescencia, la amistad con los hermanos Sijé, los Fenoll y otros jóvenes escritores oriolanos católicos y con el entonces canónigo don Luis Almarcha Hernández, su fe intuitiva tomó contextura y se empezó a exteriorizar en sus primeros poemas, en su poesía todavía balbuciente e indefinida, como lo prueban *Plegarias* y *El Nazareno*, aparecidos en el semanario *El Pueblo*, de Orihuela—7-IX-1930—y en la revista *Voluntad*, también oriolana, en abril del mismo año, respectivamente.

## LOS POEMAS DE «EL GALLO CRISIS» Y LA INFLUENCIA DE NERUDA

Hemos de transcribir lo dicho por Juan Cano Ballesta: «El espíritu de Miguel Hernández, abierto y maleable, ya consciente de su valía, pero sabedor también de lo mucho que todavía puede aprender de todos, se halla en Madrid expuesto a mil influencias.» Así, cuando publica en *El Gallo Crisis*, revista de su tierra natal, dirigida por su compañero del alma Ramón Sijé, sus poemas religiosos más significativos, recibe, en contrapartida, la influencia anticlerical de Neruda: «... siento decirte que no me gusta *El Gallo Crisis*. Le hallo demasiado olor a iglesia, ahogado en incienso.» Hernández se encuentra en una enrucijada intrincadísima y dolorosa, se resiste a traicionar sus propias convicciones, sus más íntimos y entrañables afectos, «acuérdate de tu nombre. Te debes y no a nadie»—le escribe Sijé—. Y el hombre a quien admira, porque es un clamor oceánico que no se puede limitar, le dice: «Celebro que no te hayas peleado con *El Gallo Crisis*, pero esto te sobrevendrá a la larga. Tú eres demasiado sano para soportar ese tufo sotánico-satánico.»

En su obra *La poesía de Miguel Hernández*, editada por Gredos, Cano Ballesta razona el alejamiento religioso del poeta, «más bien movido por causas externas, por su reacción espontánea contra la frecuentemente exagerada religiosidad pueblerina y contra cierto rigor farisaico de costumbres... En el ambiente desequilibrado, revuelto y anticlerical de la República, identifica Iglesia y religión con capital y explotación del obrero. Pero se detiene en una actitud anticlerical sin avanzar a lo antirreligioso.» Pero detengámonos en algunos de los poemas hernandianos publicados en *El Gallo Crisis*, de los que Arturo del Hoyo ha escrito al estudiarlos: «... no despreciemos tampoco esos contados poemas en que manifiesta un católico y hasta ascético concepto de la carne, pendiente siempre sobre su poesía posterior, incluso en la de sus últimos años.» Verbigracia:

*Discurre el pensamiento a todas horas  
lo que a ti se te ocurre,  
carne llena de infamias amorosas,  
déjame que me escuche.*

*La desgracia del mundo, mi desgracia  
entre los dedos tengo,  
oh, carne de orinar, activa y mala,  
que haciéndome estás bueno.*

Estrofas de *Primera lamentación de la carne*, verdadero conflicto de mi cuerpo enamorado que el poeta canta para reflejar en toda su magnitud su lucha contra el pecado, su afán de castidad, su ansia de pureza. Y es en *Alabanza del árbol* donde se pone de relieve su posible primitiva idea de la divinidad:

*Corpulencia de Dios, sobre alegría,  
ocupas de verdor la geografía,  
robusteces el viento,  
y a su corriente muda  
imprimes voz, acento,  
palabra de los cielos.*

*Naces con voluntad, no con ayuda;  
vienes de Dios y a El surten tus anhelos.*

Así, en *Eclipse celestial*, canto eucarístico con la esencia y la presencia de la Naturaleza al fondo:

Una nube, redondo y puro obstáculo  
para mirarte, encuentro:  
sin errores de gallos,  
eclipse de los cielos.  
Tu luz en una umbría de blancura:  
los que ven, no te vemos;  
¡mucho mejor! a oscuras,  
—¡la fe!— te ven los ciegos.  
Tú, con naturaleza de semilla  
reducido a la mano,  
transformado en harina,  
traspuesto, trasplantado.  
En tan escaso medio tu abundancia,  
en tan mezquino círculo:  
en su materia blanca,  
haces deforme el trigo.  
Noche de Ti, con mengua de tu bulto:  
¡victoria de lo plano!  
Dios, para nuestro uso,  
por el polvo ilustrado.  
Cereal geometría de la tierra,  
la celeste sustancia,  
oculta su presencia,  
con una sombra blanca.  
¿Cómo tienes, bajeza de la espiga,  
mi No Sé qué en tu sitio?  
Enigma, enigma: ¡enigma!  
descubierto, escondido.  
—¡Oh, sacerdote: danos, puro, Aquello,  
favor de sí otorgado!  
¿Guardas, fiel, el Secreto  
que mantienen tus manos?

¿Es necesario hacer mayor hincapié en el fervor religioso de Miguel Hernández? Digamos que su devoción mariana de aquel tiempo, su aceptación plena de los dogmas, está totalmente incorporada en su tríptico *A María Santísima*, y que de él se desprende toda la poesía mariana que posteriormente se ha escrito:

Hecho de palma, soledad de huerta  
afirmada por tapia y cerradura,  
amaneció la Flor de la criatura  
¡qué mucho virginal!, ¡qué nada tuerta!

Ventana para el Sol ¡qué solo! abierta:  
sin alterar la vidriera pura,  
la Luz pasó el umbral de la clausura  
y no forzó ni el sello ni la puerta.

Justo anillo su vientre de lo Justo,  
quedó, como antes, virgen retrainiento,  
abultándole Dios seno y ombligo.

No se abrió para abrirse: dió en un susto  
(nueve meses sustento del Sustento)  
honor al barro y a la paja trigo.

Cantado *El Misterio de la Encarnación*, en el de la Asunción platónicamente alaba y glorifica:

¡Tú!, que eras ya subida soberana,  
de subir acabaste, Ave sin pío  
nacida para el vuelo y luz, ya río,  
ya nube, ya palmera, ya campana.

La pureza del lirio sintió frío;  
y aquel preliminar de la mañana  
aire, tan encelado, en tu ventana,  
sin tu aliento ni olor quedó vacío.

¡Todo te echa de menos! ¡Qué azucena  
no ve su soledad sin tu compañía,  
ve su comparación sin Ti en el huerto?...

Quedó la nieve, sin candor, con pena,  
mustiándole el perfil a la montaña;  
subiste más, y viste el cielo abierto.

Y el marianismo hernandiano se ensancha y se intensifica clamorosamente, jubilosamente, en el soneto titulado *En toda su hermosura*, al que no hallamos par en su temática:

¡Oh, elegida por Dios antes que nada;  
Reina del Ala, Propia del zafiro,  
nieta de Adán, creada en el retiro  
de la virginidad siempre increada!

Tienes el ojo tierno de preñada;  
y ante el sabroso origen del suspiro  
donde la leche mana miera, miro  
tu cintura, de no parir, delgada.

Trillo es tu pie de la serpiente lista,  
tu parva el mundo, el ángel tu siguiente,  
Gloria del Greco y del cristal orgullo.

Privilegió Judea con tu vista  
Dios, y eligió la brisa y el ambiente  
en que debía abrirse tu capullo.

La morada amarilla—canto a la tierra castellana—y *Mar y Dios* son otros poemas muestras de la fe y de la religiosidad, si no mística, sí rotunda y cierta de Miguel Hernández, más que impuesta por el movimiento neocatólico oriolano de *El Gallo Crisis*, sentida y vivida, expresada por propia convicción.

## EL TEATRO HERNANDIANO: TRADICIONAL, RELIGIOSO Y REALISTA

El primer auto sacramental de Miguel Hernández, publicado en la revista *Cruz y Raya*, números correspondientes a julio, agosto y septiembre de 1934, titulado *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras*, está en la línea tradicional del clásico y católico teatro español, en un esfuerzo de restauración literaria propio de la época, con el añadido de un matiz real infundido en los personajes. «Desarrolla las vicisitudes del hombre desde el natural estado de gracia—Estado de las Ino-



El 14 de abril de 1936, Orihuela dedica una plaza a Ramón Sijé. Miguel Hernández habla del genial escritor



ciencias—hasta sucumbir en el incendio provocado por el Deseo y los Sentidos», lo define Del Hoyo en el prólogo del volumen *Obra Escogida* de la Editorial Aguilar. Intuimos por nuestra parte que su argumento está tomado por Hernández de su propio poema *Primera lamentación de la carne*, del que hemos transcrito algunos versos, aparte, naturalmente, de la reconocida influencia calderoniana y gongorina, que todos los estudiosos de su obra han sabido encontrar y justificar. En este teatro religioso del poeta de Orihuela continúa patente su primera, y quizá única, idea de lo divino, forjada por su vivencia en el campo abierto, bajo el sol, las estrellas, la luna, la lluvia, las nubes, en soledad con animales y plantas. Como asegura Cano Ballesta: «Al encarnarse las ideas y sentimientos religiosos en objetos de la vida campestre oriolana se humaniza considerablemente la metáfora, adquiriendo un acento estremecedor.» En verdad, es sumamente estremecedor leer: «... y Dios me da mucho miedo...» Y oír la voz de Dios—el Pastor—decir: «... yéndose, amargo, sin el Hombre»:

A la montaña me voy.  
Por si acaso te rindiera  
el cansancio, arriba estoy:  
ayer, mañana y hoy,  
arriba estoy y a tu vera.

El igualmente la convicción de lo que cuesta comprender lo inabarcable también emociona:

¡Ay, Dios! ¡Qué difícil es  
llegar hasta tus estados!

No debemos olvidar que Miguel Hernández se autodefinió: *yo empuño el alma cuando canto*. Luego su religiosidad fue verdadera, su fe cierta.

## DISTANCIAMIENTO DE LO RELIGIOSO: CAUSAS CIRCUNSTANCIALES

Sus amigos de Orihuela leyeron con pesar los versos hernandianos publicados en la nerudiana revista *Caballo verde para la Poesía*:

Prefiero que me coman los lobos y los perros,  
que mis huesos actúen como estacas  
para atar cerdos o picar espartos.

Y aquellos otros del poema *Sonreídme*:

Me libré de los templos, sonreídme,  
donde me consumía con tristeza de lámpara  
encerrado en el poco aire de los sagrarios;

y uno de ellos, el más amigo, Ramón Sijé, le escribe, condolido: «Quien sufre mucho eres tú, Miguel. Algún día echaré a alguien la culpa de tus sufrimientos humano-poéticos actuales. Transformación terrible y cruel. Me dice todo esto la lectura de tu poema *Mi sangre es un camino*. Efectivamente, camino de caballos melancólicos. Mas no camino de hombre, camino de dignidad de persona humana. Nerudismo (¡qué horror, Pablo y selva, ritual narcisista e infrahumano de entrepiernas, de vello de partes prohibidas y de prohibidos caballos!), aleixandrismo, albertismo. Una sola imagen verdadera: la prolongación eterna de los padres. Lo demás, lo menos tuyo.» Patética carta—¿la última que le escribiera Sijé?—que recoge Concha Zardoya en su *Vida y obra de Miguel Hernández*, publicada en 1955 por la Columbia University de Nueva York. Y en una carta del poeta a Juan Guerrero, sin fechar, mas indiscutiblemente de 1934, puede leerse: «Ha pasado algún tiempo desde la publicación de esta obra y ni pienso ni siento muchas cosas de las que digo allí (en el auto), ni tengo nada que ver con la política católica y dañina de *Cruz y Raya*, ni mucho menos con la exacerbada y triste revista de nuestro amigo Sijé... estaba mintiendo a mi voz y a mi naturaleza terrenas hasta más no poder; estaba traicionándome y suicidándome tristemente.»

Se impone un gran interrogante: ¿Cómo pudo ocurrir, repentinamente, un cambio tan radical, para ser auténtico, en los sentimientos y en la sensibilidad del poeta? La pregunta no tiene fácil respuesta, pero sí resulta significativo que a lo largo de toda la obra de Hernández no hallemos ninguna negativa de la fe que pueda ser tomada como corroboración de cuanto escribe a Guerrero, lo que nos hace sospechar que se debió a una postura momentánea, tomada sin meditar, o quién sabe si obligado por circunstancias políticas y profesionales, pues al final de su vida, recién acabada la guerra, antes de ser prendido en Orihuela el 29 de septiembre de 1939, le confesó a su amigo el canónigo: «Don Luis: nos habrá podido separar la política; pero la religión, no.»

# Ramón SIJE y Miguel HERNANDEZ, Tándem de Amistad y Poesía

VICENTE RAMOS

**E**S indudable la influencia del medio geográfico en la formación de la personalidad humana. Tal factor hay que tenerlo en cuenta necesariamente para la cabal comprensión de la literatura alicantina, cuya estética presenta caracteres tan peculiares como singular es el ser que la determina, es decir, el ente de la alicantinidad. Mas si el hontanar es uno, varios son sus cauces, habida cuenta de que la morada alicantina nos ofrece tres zonas con muy significativas particularidades: la Marina, al Norte; la central y la Vega Baja, al Sur.

Nuestra atención se va a detener en la tercera, regada por el Segura, y cuya capitalidad es Orihuela. La fecundidad de su tierra y la densa historia de su pueblo configuran el espíritu y alimentan la palabra de sus hijos. Orihuela «es ciudad síntesis», nos dijo un escritor de esta comarca, Antonio Sequeros. Y añadió: «Parece hecha de los más complejos contrastes para ser emporio de la huerta.»

Fijémonos en su luz. Miguel Hernández la calificó de «exaltada»; en cambio, la que se derrama sobre los campos de la Marina es «tierna y madura», al decir de Gabriel Miró. Aquella exaltación es armónica con una estallante naturaleza que, durante siglos, ha mantenido vic-

CON LA LUZ DE MIRO,  
ORIHUELA ES OLEZA

La forma se hizo verbo, palabra, y se llamó Gabriel Miró. La prosa de Nuestro Padre San Daniel y El obispo leproso trastornó el largo tiempo dormido de Orihuela. Al despertar, con el nuevo bautismo, se nombró Oleza. Así lo proclamó, jubiloso, Ramón Sijé al afirmar que con la luz de Miró «comienza la nueva historia, el certero modo de ver la vida estilizada y clara, el hervor de la sangre fecunda, el destilamiento de una personalidad, el moderno Testamento». Miró dividió en dos radicales partes la historia orcelitana: «La consigna —sigue diciendo Ramón Sijé— de mi viejo abuelo don Amancio era: el amado cabildeo, las consultas en la capital, las presiones al Gobierno, los minuciosos «alertas» en «El Clamor de la Verdad». Aquel adolescente colegial, cuando fuera hombre, pelearía elegantemente batallas de luz y combates de plumas con esta divisa que llegaría hasta sus ojos de mayo muerto: la diafanidad. Amó la tarde clara, la injuria sincera, las visiones diáfanas.» Ramón Sijé nace a la luz de este nuevo Testamento: «Que me perdone Alba Longa la renuncia de mi herencia, la que él formó con sus ocupaciones y tareas académicas... Yo le digo a nuestro Gabriel arcángel (sangre manda): Ven a mí, porque me hiciste tuyo, admirable, resplandeciente, luminoso Gabriel. Sea en mí tu palabra, flor, rosa. ¡Mirame a mis ojos, morenamente grandes: ojos de verdad, ojos de amor, ojos anunciados por tí, ojos escondidos de palmera en aljibe! Las viejas palabras beatas son en mí dulces palabras estéticas.»

He aquí el rotundo giro copernicano, creador de la Escuela de Orihuela: lo ético se transfigura en estético; el tiempo, en eternidad.

Y surgió el estilo, el sello del arte oriolano dentro del concierto de la estética alicantina. Amaneció un día esplendoroso y velocísimo: jamás observó Orihuela una transmutación tan rápida de sus valores. Las cosas se movieron más leves en ámbito de espacio más ancho. La luz, si exaltada, vistió galas más suaves, más redondas, más sinceras en la búsqueda de los infinitos. El barroco es el estilo de la iniciada era olecese. La ciudad, inmovilizada en un «barroco temporal», anhela, con palabras de Sijé, descansar en un «barroco eterno». Tal fué la misión profunda, sustantiva, de Gabriel Miró: otorgar estilo; mejor, alumbrar el que yacía bajo los siglos. «Llegó él —escuchemos a Sijé— con su vida en potencia a dar sangre en gloriosa trans fusión a la ciudad; con su estética, a darle tradición e historia, longitud y latitud, Norte y Sur, cara y cruz; con su formidable temperamento literario, a dar jerarquía de universalidad a lo minúsculo, a lo particularista, a la definida geografía. La ciudad, tras su labor anunciadora, se llamaría Oleza.»

El barroco, auroral hacia 1930, significó, en Orihuela, la actualización de una potencia singularísima. Como expresión psicológica es ostensible en la vida cotidiana de los oriolanos. También, estímulo del investigador de raíz, signo del ensayista y fuego del poeta. Aludimos a las adelantadas meditaciones gongorinas —en torno al Polifemo— de Justo García Soriano; al famoso, aunque inédito, estudio de Ramón Sijé sobre la naturaleza del romanticismo español, titulado La decadencia de la flauta y el reinado de los fantasmas, y a Perito en lunas, primer libro de Miguel Hernández, escrito con versos a «la gala de luz, a lo cohete».

Sin ese fondo activo de luz exaltada, de naturaleza en júbilo y fuerte aliento barroco no es

posible penetrar en los maravillosos mundos de aquellos asombrosos «adolescentes de Orihuela», como los bautizó para siempre Carmen Conde.

RAMON SIJE

El primer adolescente que sintió arder su palabra en la aurora que abrió Miró fué José Ramón Marín Gutiérrez, Ramón Sijé, quien, dirigiéndose al arcángel-maestro, en 1932, le dijo: «Escúchame —desde el confín arcangélico de tu inmortalidad—, escúchame el mito de las palomas, óyeme la revelación de tu misterio anunciatorio: Uno vió cruzar una bandada inocente de palomas. Se vió vestido de blanco. Llovian palomas. La ciudad era una blanca paloma. Uno mismo habíase convertido en apacible palomita de inmenso palomar.»

Cuando así hablaba, Ramón Sijé era un joven de diecinueve años de edad —nació en 1913—, cuyo retrato, según lo describe José María Ballesteros, era como sigue: «Corto de talla, delgado de cuerpo, su cara casi un carbón. Ojos grandes, brillantes y negros, manifiestan los destellos de una inteligencia clara y sumamente viva. Bengala le llaman; pero no por ser luz ligera y momentánea sino por el brillo y resplandor de la luz de su intelecto.» Otro oriolano, José Pina, lo dibuja «muchacho menudo y vivaz, de tez morena y ojos de árabe y de imaginación de árabe, nervioso como un egeo, intelectual y estilista». Y Miguel Hernández, su hermano —de tal modo íntimo se consideraban y trataban—, lo recuerda con estas palabras: «Febrilmente moreno, doradamente oscuro, con un relámpago en cada ojo negro y una frente ilimitada... Andaba entre los romeros con prisa de pájaro, hablaba con atropello y su voz iluminaba más que los limones del limonero, a cuya sombra y azahar platicábamos... Conoci su corazón y me dió espanto la precipitación dolorosa de su sangre.»

LA TAHONA TERTULIAR  
Y «EL GALLO CRISIS»

Pepito Marín y Miguel Hernández empezaron su amistad alrededor de 1931 en la tahona de Fenoll, establecida en la calle de Arriba. Uno de los hijos del panadero, Carlos, era poeta, y Josefina, su hermana, era novia de Pepito Marín, estudiante de Derecho. Reuníanse en la citada panadería con Carlos Fenoll y José Ramón Marín, el hermano de éste, Justino («Gabriel Sijés»), Miguel Hernández, Jesús Poveda, José María Bascuñana y Manuel Molina, quien, al evocar aquellos días, destaca la sabiduría de Ramón Sijé, cuyas enseñanzas fecundaron el alma de Miguel. Dice Molina: «Miguel, el mejor dotado, saca gran partido de estos conocimientos, a la vez que se convierte en su mejor amigo...»

(No olvidemos tampoco que, al tiempo que se ejercía el magisterio de Ramón Sijé, Miguel Hernández frecuentaba cuanto podía la Biblioteca Pública de la ciudad y la privada que le ofreció don Luis Almarcha, hoy obispo de León.)

Ramón Sijé fué, sin duda alguna y con palabras de Hernández, un «genial escritor». Su primer ensayo —España, la de las gestas heroicas—, escrito en marzo de 1926 —testimonio de don José Martínez Arenas—, aparece en la revista madrileña «Héroes», cuando su autor sólo contaba doce años de edad. En 1928 inicia sus colaboraciones en «Actualidad», de Orihuela; en 1931, en el «Diario de Alicante», de la capital



Ramón Sijé

toriosa lucha contra el espíritu, hasta que éste encontró su verbo exacto. Tal circunstancia ha estructurado una modalidad socio-psicológica tan extraña que, al criterio de Sequeros, «es imposible para quien pretenda definirla en su compleja y misteriosa entidad». Ante el insalvable obstáculo, el escritor intenta el descubrimiento por la vía poética. Y dice que Orihuela «es una metáfora que el Segura soñó para arrullar a la huerta».

Sobre esta materia compleja y exaltada, ardorosa y veloz como el rayo —no olvidemos que todo, aquí, se precipita—, alumbró la forma reveladora.

luentina, y en 1933 en «Cruz y Raya», de la capital de España, en cuyas páginas da a conocer sus ensayos San Juan de la Cruz y El golpe de pecho o de cómo no es lícito derribar al tirano.

En 1934, Sijé dirige en su ciudad nativa la revista «El Gallo Crisis», con la colaboración de Fray Buenaventura Puzol, de los abogados Tomás López Galindo, Juan Bello Salmerón y José María Quiles Sanz, los profesores de enseñanza media Juan Colón y Jesús Alda Tesán y su hermano Miguel Hernández. En el primer número publica éste los poemas Eclipse celestial y Profecía sobre el campesino; de Sijé son los estudios España en la selva de aventuras del cristianismo y Voluntad de Cristo y voluptuosidad de Satanás. «El Gallo Crisis» era una revista neocatólica «que hizo arrugar el entrecejo —comenta Martínez Arenas— de algún que otro teólogo recalcitrante y de la que decía Pablo Neruda que no le gustaba, porque le hallaba demasiado olor a iglesia, ahogada en incienso». Aquella publicación que «nada tiene, sino fe», conoció seis aventuras, finalizando su vida en la Pascua de Pentecostés de 1935, pero su voz sembró «una conciencia espiritual colectiva y sentido agónico del tiempo que corre».

La existencia de Ramón Sijé, al igual que la luz de los cielos que contemplaba, fué exaltada y fugacísima. Ardiente como el rayo. Aquel fulgido lampo de vida intensísima únicamente ardió veintidós años. En tiempo tan breve acumuló un saber tan copioso, sin merma de la agudeza de su sensibilidad, que bien pudo afirmar Miguel Hernández que, «con una luz sobrenatural en el corazón y en el entendimiento, lo veía todo, lo sentía todo, lo sufría, lo angustiaba y lo hacía vivir muriendo todo: desde el sentimiento del amor hasta el pensamiento de la muerte. Fué un héroe y resistió mientras pudo a pie firme las violentas tempestades que se organizaron y chocaron de continuo entre su corazón y su cerebro. Pocos hombres han vivido una vida interior tan intensa y sangrientamente volcánica como Ramón Sijé.»

Como escritor, glosa Sequeros, estaba «henchido de genio, saturado de erudición, de unamuniano estilo, ardiendo en llamaradas de misticismo y con escolástica dialéctica, discurriendo por rutas de Quevedo y con mucho de Griacian».

## BARROQUISMO, CONCEPTISMO

Su palabra se alzaba límpida, estallante, luminosa. En su vuelo, se recreaba en la paradoja, en la metáfora y en el hondo juego de las ideas. Gozaba con las ondulaciones de lo barroco, fenómeno que estudió y analizó con la pasmosa brillantez que le caracterizaba. Léase, a este respecto, su trabajo La novela del Belén, en el segundo número de «El Gallo Crisis», donde, contrariamente a Eugenio d'Ors, estima que «lo barroco no lo engendra formalmente lo Nuevo, lo Oceánico..., sino el sufrimiento personal de las eternas formas».

Hagamos notar en este punto cómo este concepto de lo barroco se manifiesta no sólo en la ideología de Ramón Sijé, sino también en toda la poesía de Miguel Hernández, entrañada y trascendida por la «pena», que, a manera de «carnívoro cuchillo» o de «rayo que no cesa», nutre profunda y trágicamente tanto su obra como su vida. En general, los escritores oriolanos —hagamos memoria de Juan Sansano, de Carlos Fenoll, de Gabriel Sijé o de Manuel Molina— participan todos en mayor o menor grado de esta concepción trágica de la existencia, propia de los espíritus en cuya raíz arde la ansiedad de lo eterno. También, a causa de cuanto decimos, no le placía a Ramón Sijé la fácil sensualidad de Salzillo, cuyas imágenes proclaman, según nuestro escritor, «la pérdida del sentimiento trágico de la escultura». Por contra, todo arte o filosofía «de palpitación metafísica es arte barroco, ciencia barroca», esencialidad que consiste en «acercarse a Dios por la interpretación tenebrosa».

En definitiva, para Ramón Sijé el barroquismo es «la forma plástica del conceptismo, y el conceptismo, fruto último de una madurez escolástica, de un predominio absoluto de la razón...» Dicho de otro modo, el barroquismo es un método de pensar a lo cristiano. La relación entre conceptismo y barroquismo, según Sijé, «es la misma que de modo invisible une a Quevedo y Góngora, a quevedismo y gongorismo: Quevedo es un Góngora desnudo, y Góngora, un Quevedo plástico».

Al penetrar en el orbe de lo religioso, Ramón Sijé adopta una clara posición unamuniana, visible en su agónica confesión de fe: «Uno —en cambio— vive un catolicismo sangriento: un catolicismo por el solo catolicismo: la religión por la religión sin pensar en el premio. Cuando se nos habla —aunque el predicador sea Granada— del galardón de ultratumba con un utilitarismo metafísico, nuestro catolicismo en la paz del pago se entristece. Acaso, el catolicismo puro sólo piensa en la inmortalidad de la religión personal...»

Califica a Miguel de Unamuno «carcelero selvático del cristianismo» y exhorta a la Iglesia a que se lance decididamente a la «vida civil».

Sin duda, el pensamiento de Ramón Sijé se alimenta de unos jugos eminentemente cristianos. Considera a la persona humana como «creación de Dios y redención de Cristo», cuya plenitud sólo es factible con el retorno a una dimensión existencial clásica, o mejor, paulina, evitando en todo momento las tentaciones del «laberinto selvático del romanticismo».

## VIRGILIO DE MIGUEL

En orden a la naturaleza de lo poético, la concepción de Sijé muestra un curioso talante vitalista y hasta existencial. Traigamos aquellas sus palabras: «Cuando el miedo metafísico del poeta contagia inmediatamente al que se acerca es

# ELEGIA

En Orihuela, su pueblo y el mío,  
se ha quedado novia por casar la  
panadera de pan más trabajado y  
fino, que le han muerto la pareja  
del ya imposible esposo.

**T**ENGO ya el alma ronca y tengo ronco  
el gemido de música traidora...  
Arrímate a llorar conmigo a un  
[tronco:

retírate conmigo al campo y llora  
en la sangrienta sombra de un granado  
desgarrado de amor como tú ahora.

Caen desde un cielo gris desconsolado,  
caen ángeles cernidos para el trigo  
sobre el invierno gris desocupado.

Arrímate, retírate conmigo:  
vamos a celebrar nuestros dolores  
junto al árbol del campo que te digo.

Panadera de espigas y de flores,  
panadera liliada de piel de era,  
panadera de panes y de amores.

No tienes ya en el mundo quien te quiera,  
y ya tus desventuras y las mías  
no tienen compañero, compañera.

Tórtola compañera de sus días,  
que le dabas tus dedos cereales  
y en su voz tu silencio entretenías.

Buscando abejas va por los panales  
el silencio que ha muerto de repente  
en su lengua de abejas torrenciales.

No esperes ver tu párpado caliente  
ni tu cara dulcísima y morena  
bajo los dos solsticios de tu frente.

El moribundo rostro de tu pena  
se hiela y desendulza grado a grado  
sin su labor de sol y de colmena.

Como una buena fiebre iba a tu lado,  
como un rayo dispuesto a ser herida,  
como un lirio de olor precipitado.

Y sólo queda ya de tanta vida  
un cadáver de cera desmayada  
y un silencio de abeja detenida.

¿Dónde tienes en esto la mirada  
si no es descarriada por el suelo,  
si no es por la mejilla trastornada?

Novia sin novio, novia sin consuelo,  
te advierto entre barrancos y huracanes  
tan extensa y tan sola como el cielo.

Corazón de relámpagos y afanes,  
paginaba los libros de tus rosas,  
apacentaba el hato de tus panes.

Ibas a ser la flor de las esposas,  
y a pasos de relámpago tu esposo  
se te va de las manos harinosas.

Echale, harina, un toro clamoroso  
negro hasta cierto punto a tu menudo  
vellón de lana blanco y silencioso.

A echar copos de harina yo te ayudo  
y a sufrir por lo bajo, compañera,  
viuda de cuerpo y de alma yo viudo.

La implacable muerte nos espera  
como un agua incesante y malparida  
a la vuelta de cada vidriera

¡Cuántos amargos tragos es la vida!  
Bebió él la muerte y tú la saboreas  
y yo no saboreo otra bebida.

Retírate conmigo hasta que veas  
con nuestro llanto de las piedras grama,  
abandonando el pan que pastoreas.

Levántate: te esperan tus zapatos  
junto a los suyos muertos en tu cama,  
y la lluviosa pena en sus retratos  
desde cuyos presidios te reclama.

MIGUEL HERNANDEZ

La muerte de Ramón Sijé, en la Nochebuena de 1935, a los veintidós años y «como del rayo», produjo honda consternación en su amigo Miguel Hernández, de la que es testimonio la Elegía antológica y tan divulgada: Yo quiero ser llorando el hortelano...

Menos conocido es el canto elegíaco aquí reproducido, dedicado a Josefina Fenoll, hermana del poeta-panadero Carlos Fenoll, cuya tahona fué domicilio tertuliar de la generación lírica oriolana de los años 30. Allí la conoció Ramón Sijé, enamorándose de ella. Ahora está casada con Jesús Poveda, otro de los asiduos concurrentes a las tertulias poéticas.

que el alma vive un aprieto y un drama.» De aquí la interesantísima crítica que hizo de la poesía de Rafael Alberti, nacida, según él, de «una tradición católica de cólera», mas ignorada por el gran poeta. Y añade el finísimo ensayista oriolano: «Yo —que acabo de vivir con él seis años de poesía, desesperación esperanzada y muerte— le espero en la capilla más solitaria de mi Cristo: porque la espina que Alberti lleva clavada en el corazón y en la mano, habrá de atravesar trágicamente su cabeza y su alma: porque hay que comenzar en Federico Nietzsche (ya vosotros sabéis el principio humano de la poesía de Alberti) y descansar en Cristo: comenzar en la exaltación absoluta y terminar en la cólera absoluta: en la resignación.»

Insistiendo en sus asombrosas intuiciones psicológicas y críticas, Ramón Sijé es el verdadero revelador de la gigantesca personalidad poética de Miguel Hernández, y no sólo descubridor, sino —como ya hemos apuntado— su guía, su Virgilio, su hermano espiritual.

En los primeros días de diciembre de 1931, Miguel Hernández emprende su primera y fracasada aventura madrileña. Sale de Alicante. En la estación del ferrocarril le despiden unos cuantos amigos. Horas después escribía Ramón Sijé: «Aquí, en este pueblo de Levante, junto a una palmera, un poeta; en el sagrado momento del crepúsculo, una pena de poeta: Será un latido verde bien pronto la semilla, ha profetizado en ansia de vida jocunda este poeta, que ayer nació en el Este y hoy marcha a la Meseta. Que sea un latido azul —aún nos acordamos de Hugo— la semilla que lleva dentro Miguel Hernández. Así se llama —nombre de huertano honrado de huerta adentro— este poeta. En Levante, junto a una bella palmera, una fresca delicia de poeta, recién nacido en la eterna mañana estética. Será un latido azul la semilla del poeta... Ahora venimos de darle el abrazo de despedida, de la estación triste, solitaria... Un acto histórico, éste, en la vida de ese poeta que lloraba en las noches de luna, en el dolor de una vieja calle de su barrio... Y toda su poesía es vida cruenta en descripción y giro...»

Ciertamente, no era la primera vez que se proclamaba la grandeza de Miguel Hernández. Antes que Sijé lo anunciaron casi a la par José María Ballesteros en «Voluntad», de Orihuela (15 de junio de 1930), y Juan Sansano en «El Día», de Alicante (julio de 1930). Si Ballesteros escribió que los versos de Hernández «fluyen de su imaginación viva como la leche al ordeñarla», Sansano, en reunión de poetas, gozó participando a todos la buena nueva de la aparición del gran escritor de Orihuela: «¿Sabéis quién es el cabrero? ¡Un nuevo poeta! Un recio y magnífico poeta... ¿Quién le enseñó a hacer versos? Nadie... El cantor poeta de las llanuras del sur alicantino es hoy una promesa..., con su túnica de resplandores ha hecho su aparición un nuevo poeta. Se llama Miguel. Tiene nombre de ángel. Saludémosle con alborozo.»

#### «COMPAÑERO DEL ALMA...»

En la Nochebuena de 1935 fallece en su Oleza José Ramón Gutiérrez, Ramón Sijé. Es testigo el novelista José María Ballesteros: «Me encuentro en la cabecera de su cama —escribió—. A mi derecha está un virtuoso sacerdote. El enfermo me mira suplicante, con sus ojos más grandes que nunca, que van perdiendo el brillo y la expresión; me mira con fijeza y me dice: «¿Pero don José María —así me llamaba siempre—, es que me va a dejar morir?» Yo no puedo contestarle, y el sacerdote, que a mi diestra estaba, cogiendo un pequeño crucifijo lo acerca a los labios del moribundo, pronunciando, al mismo tiempo, estas palabras: «No te aflijas, Jesús está contigo.» Los labios de Sijé, ya pálidos, se mueven lentamente, muy despacio, para besar. A poco, el tránsito estaba hecho.»

Miguel Hernández, en Madrid, llora de desesperación. Escribe a los padres de Ramón Sijé: «Mi dolor es tan grande como el vuestro. No sé qué decir para consolaros, porque no encuentro palabras. Podéis creer que vuestro hijo está conmigo y lo tenéis en mí para desmentir a la amarga vida..., pienso ir a Orihuela para hacer lo que como hermano debo.» Y, mientras tanto, escribe una elegía de estrofas inmortales.



#### MIGUEL HERNANDEZ, RETRATADO POR GREGORIO PRIETO

No podía faltar entre los retratos de los universales poetas de mi colección, el de Miguel Hernández, ya que es uno de los mejores, entre los más importantes de los españoles, y a decir verdad, si cuando se lo hice, había leído poco de él, éste poco y la admiración que despertaba, entre sus compañeros, Aleixandre, Alberti, Lorca, y Altolaguirre, fue en realidad lo que me impulsó en mi sentido del deber el hacerlo, y ahora que realmente veo en él un poeta de cuerpo entero, estoy contentísimo, de haber podido lograrlo, pues lo considero uno de los más fuertes de Europa, ya que tanto armonizan en él la ferocidad del toro, unida a una delicadeza de flor silvestre.

Le vi y traté unas cinco ó seis veces, y no recuerdo exactamente donde le conocí. Se me quedó grabada de su figura el drama de su cara rojiza de subido color, como un puchero de Alcorcón, piel vasta, orejas grandes, ojos inquisidores a la vez que claros é inocentes. Parecía un chico recién venido del pueblo, salido de alguna era, ó riscos de las montañas, que se sentía un tanto perdido en la Capital.

Estuve dibujando con él, dos sesiones, y posaba un tanto azorado, sin punto fijo donde detener la mirada, ó fijándola intensamente por instantes en una ensoñación, propia, de un mundo peculiar, que nace á una grandiosa poesía, ageno quizás, a éste desarrollo poético, que se fué formando, entre poetas maravillosos de su generación, en la capital de España, y entre animales, yuntas de bueyes, cabras, perros, toros y vacas, y así, entre civilizado y salvaje, se entremezcló, una audacísima poesía, llena de un descaro tan natural y sano, como místico y santo,

Quizá sea el poeta, entre todos los españoles, que cante con más sana intención y pureza el goce animal, lleno de salud y frescura, que como bendecido de Dios, llega al hijo creador, sin mezclas de refinamientos pecaminosos.

Y así, al hacerle éste dibujo, procuré unir lo puro vasto y salvaje, con ese algo interior que tan cautamente llevaba escondido, para defenderlo, como un sabrosísimo fruto alimenticio, envuelto entre unas burdas alforjas.

Y no olvidemos, que Miguel, se llama Miguel, y que nació y vivió en plenos campos de Dios y que muchas noches, cubiertas de estrellas celestiales, que tanto le hicieron soñar en mundos poéticos, se dormía, entre campanilleos de corderillos, mecido por el aire de la poesía que lo envenenaba de esperanzas mágicas y maravillosas,

GREGORIO PRIETO

# MIGUEL, EN LA MEMORIA

Sr. D. Luis Ponce de León  
Director de LA ESTAFETA LITERARIA  
MADRID

Mi querido amigo:

Te agradezco tu petición, porque yo hubiera solicitado de todos modos la inclusión de mi nombre en las páginas que dedique LA ESTAFETA LITERARIA a Miguel Hernández, porque su historia literaria está tan entrañada en mi recuerdo que en cualquier acto escrito dedicado a su memoria sería yo el que solicitara ser personaje participante. Hasta tal punto es entrañable mi admiración por el poeta y mi recuerdo por el amigo y compañero inolvidable.

Cuando Miguel Hernández llega a Madrid, entra en la órbita de los que entonces representaban el anhelo más juvenil de poesía y de arte. Su *Auto Sacramental*: «Quien te ha visto y quien te vió y sombra de lo que fuiste», publicado en *Cruz y Raya*, nos le dió a conocer. Supimos entonces de su primera actividad literaria en su natal Orihuela y de sus colaboraciones en la revista *Gallo Crisis*, así como la publicación de su primer libro de versos, *Perito en lunas*, escrito ya con una personalidad que había de madurar en los pocos años que pudo dedicar a la vida literaria, hasta convertirle en uno de los poetas-clave del movimiento poético español de su tiempo. Tuve la fortuna de tenerle a mi lado en la editorial Espasa-Calpe, y en mi libro *Los toros*, especialmente en el tomo de biografías de toreros, colabora asiduamente, y yo sabría señalar muy bien las biografías de alguna importancia que él escribió. Ciertamente que ello no añadiría ningún rayo esplendoroso a su gloria, pero sí me serviría a mí de recordatorio de la evolución de sus gustos y de su sensibilidad que había de reflejarse mejor en su poesía. Por entonces remata su libro *El rayo que no cesa*, del que fué primer proyecto y borrador el que tituló *El silbo vulnerado* y que póstumamente yo publiqué, unidos los dos, en la Colección Austral, incorporando el primitivo a su labor poética, pues es lo más probable que no hubieran aparecido después de su muerte copias de él.

Yo no puedo olvidar la inspiración taurina de algunos de aquellos admirables sonetos escritos a mi vista en el despacho donde yo trabajaba en la composición de *Los toros*. Nunca perdí mi contacto con él, ni aun después de acabada la guerra. Yo le recuerdo perfectamente en aquellos días bajo el peso de acusaciones que sólo el conocerle era suficiente para destruir, y de todas las vicisitudes pasadas hasta su muerte. Por todo ello, siempre que se presente una ocasión para proclamar mi admiración por el poeta y mi afecto entrañable por el amigo ejemplar me parece oportuna, y lo es muy buena ésta de decirlo en voz alta desde esa revista que diriges. Fué Miguel Hernández uno de los poetas de mayor personalidad y genialidad de quien he tenido noticia. Su genio poético puede adivinarse desde sus primeras composiciones en *Gallo Crisis*, y en el contacto con la espléndida generación poética de anteguerra supo acendrar y tener una personalidad propia entre los poetas jóvenes de una generación inolvidable que se llamaron: Salinas, Guillén, Alberti, García Lorca y Gerardo Diego. El, en los días de anteguerra, colaboró en todas las revistas que tienen por cabecera de sus colaboraciones los nombres que he transcrito. No puede decirse que correspondiera a esta generación y sería más propiamente decir que perteneció a una siguiente en la que habiendo nombres hoy notorios y dignos de recuerdo, no creo que lleguen a la talla de los poetas mencionados, absolutamente fundamentales en una historia de la poesía contemporánea por estricta que sea. De esta generación, pues, que es propiamente la de nuestra guerra, creo que es el que verdaderamente tiene todos los derechos para salvarse del olvido.

No está en mi ánimo ni en mi tiempo hacer una semblanza, ni mucho menos una crítica

de su labor, pero he de agradecer la ocasión que me proporcionas de proclamar mi admiración, mi entusiasmo y mi cariño por uno de los poetas más extraordinariamente dotados de todas las épocas de la poesía castellana y de un amigo entrañable, recordado siempre a través de tantas vicisitudes y que inevitablemente proyecta su sombra en una época de confusión social y política como no ha conocido España en la época contemporánea. La generación cuyos nombres más representativos he dado, recaba, si no con rigor cronoló-

gico, con toda justicia el recuerdo de Miguel Hernández, que con ella convivió siendo más joven en edad pero no menos alto en ambición y logros poéticos.

Se ha escrito mucho, y casi todo discreto, sobre la poesía de Miguel Hernández. Mucha dedicación, mucho cariño y mucho estudio espera todavía su obra, que le sitúa en la vanguardia de los mejores poetas de su tiempo.

Un abrazo de tu buen amigo,

JOSE MARIA DE COSSIO

Arcángel Pastoral,  
Miguel, Hernández,  
vence al mundo, demonio y carne  
con inocente entrañable  
Animal P.OESIA.

Alanza de equilibrio,  
butsel AMOR de celestial Estrella,  
Venus, las Cabrillas  
y el Lucero Reluciente,  
se entrelazan en entregas,  
integrales amorosas  
de carnal P.OESIA,  
que hacen que este MIGUEL  
Poeta, ARCÁNGEL  
el más valiente, artista sea  
en pureza arrollada  
del sexo de la GRAN Poesía



## DE LO PSEUDOPOETICO A LO PSEUDOPOLITICO



Enrique Diosdado, Ana Carvajal y Amelia de la Torre

**ALBERT HUSSON:** *El sistema Fabrizzi*. Traducción: Vicente Balart, Teatro Arlequín. Dirección: Enrique Diosdado. Compañía: Amelia de la Torre-Enrique Diosdado. Otros intérpretes: Ana Carvajal, Ricardo Alpuente, José Vivó, Alberto Bové y Salvador Soler Mari. Fecha de estreno: 2 de marzo de 1967.

Iba esperanzado al estreno del Arlequín, con optimismo doblemente avalado por la garantía que en lo artístico supone siempre una compañía encabezada por intérpretes de tan probadas cualidades como Amelia de la Torre y Enrique Diosdado, y por el grato recuerdo que dejó la anterior comedia de Albert Husson —*Tres ángeles en la cocina*, creo que era su título— representada en España, con traducciones al castellano y al catalán.

Poco duró la esperanza, al menos en la parte que a la comedia respecta. *El sistema Fabrizzi* es una pieza confusa, de endeble basamento y zigzagueante desarrollo: un frustrado intento de trascendentalizar lo intrascendente. Husson pisa de nuevo la comarca creadora en la que se funden y confunden realidad y ensueño, picaresca y poesía, lógica y mágica. La comedia, que bien pudiera haber supuesto un hallazgo de incontestables calidades poéticas, se queda en trama pseudopoética, muy poco convincente, pese a la buena labor interpretativa del conjunto y a los enriquecedores matices que dió a su episódico personaje Amelia de la Torre, conocedora del secreto que permite testimoniar su cávida personalidad histriónica sin detrimento de las peculiaridades que requiere la corporeización de personajes diversos.

Sé bien que, en el teatro, son muy frecuentemente falibles los diagnósticos basados en la lectura del texto, y a tal causa atribuyo las razones por las que Balart resolviese la traducción del texto de Husson y que la formación encabezada por el matrimonio Diosdado haya podido elegirla para su estreno en el Arlequín. Porque la pieza resulta frustrada en el quizá noble propósito de su autor de mostrarnos la faz poética y desinteresada del personaje central, con su inicial apariencia de redomado pillo: el señor Fabrizzi, residente en una población próxima a Roma, otorga créditos con sólo un 3 por 100 de interés, y abona el 30 por 100, de los caudales que se le entregan en depósito. ¿Cómo es posible tal desproporción en su disfavor? ¿Se trata de un filántropo con faltriguera suficiente para soportar semejante pérdida, o de un pícaro que, buen psicólogo, juega con la inclinación humana ante negocios demasiado positivos? En buena lógica, siempre serán más quienes le hagan depositario de un dinero que ha de verse incrementado con tan elevados intereses, que los pobretones soli-

citantes de préstamos a muy parco rédito, con lo que las entregas recibidas dejaban sobrado margen para sus derramas.

El fenómeno llega a oídos de las jerarquías policiales y eclesiásticas... y no lo ven tan claro como los interesados. Con harta razón, presumen que en el toma y daca del señor Fabrizzi hay gato encerrado, aunque no logran sacar nada en limpio, según se advierte en las contradictorias versiones que del «caso Fabrizzi» obtienen el Obispo, el Comisario y el Inspector de Hacienda. Por otro lado, la comedia se minimiza con la solución al único apuro en que se encuentra el protagonista, contingente y artificiosa por demás.

Algunas referencias—insertadas con tino de buen dramaturgo—a la ilícita competencia que a las entidades bancarias hace Frabizzi y el acierto con que son perfilados los personajes secundarios de la trama—como esa inefable señora Sartotori—constituyen los únicos factores positivos en esta comedia de trivial enredo.

**FEDERICO GARCIA LORCA:** *Mariana Pineda*. Teatro Marquina. Dirección: Alfredo Mañas. Protagonista: María Dolores Pradera. Otros intérpretes: Pastora Peña, Juan Sala, Ricardo Merino, Estanis González y Manuel Arbó. Decorados y figurines: Concha F. Montesinos. Reposición: 10 de marzo de 1967.

*Mariana Pineda* se estrenó durante la Dictadura del general Primo de Rivera. ¿Qué finalidad tiene su reposición ahora? Para el director de escena, Alfredo Mañas, la de dar a conocer al público actual una «tragedia política» de García Lorca. Para los espectadores, la de contemplar escenificado un romance popular—como tal denominó a su obra el propio autor—, mucho más cerca del folclore y de las románticas tonalidades que cercan a la patética protagonista que del compromiso político.

No sin cierto sonrojo, porque la totalidad de los tratadistas del teatro lorquiano han catalogado a esta pieza y a *La zapatera prodigiosa* entre sus obras menores y prematuras, y a no pocos de tales teatrólogos los tengo por maestros, he de confesar que, en lo que a mí respecta, concedo más autenticidad y mayor vigencia a las tildadas «obras menores» que a todo el posterior teatro lorquiano. Por eso, de nada ha servido que Mañas concibiera este romance popular como una «tragedia política»..., porque de la reposición del Marquina se desprende

que *Mariana Pineda* es, en Lorca, la simple y un tanto ingenua exaltación de una desventurada mujer que por amor—y sólo por amor—se encontró en una encrucijada política. La verdad histórica es distinta, claro, pero ahora no se trata de juzgar acontecimientos del revuelto XIX hispano, sino una obra escrita en 1925. Y si Lorca deformó deliberadamente la verdad de los hechos, parece absurdo enmendarle la plana al autor.

Un autor que no tuvo reparo para incrustar en la acción de su trama romances tan antipódicos como lo son el de la descripción de la corrida en Ronda y el del fusilamiento de Torrijos.

Más que la lucha entre realistas y liberales, entre fernandinos y republicanos, importaba al autor resaltar el patetismo de una mujer apasionada que hace suya la ideología del amado y borda claudesimamente la bandera de la facción a la que él pertenece, al tiempo que se defiende de las asechanzas eróticas del juez Pedrosa. Claro, que si éste despertara en ella sentimientos amorosos, Marianita hubiese bordado con pareja abnegación una bandera de signo opuesto.

A fuer de sincero y de consecuente, debo proclamar que este Lorca popular e ingenuista de sus primeras obras me parece más veraz que el de *Yerma*, *Bodas de sangre* y *La casa de Bernarda Alba*.

Seguramente no hay otra actriz en España capaz de corporeizar tan delicada y penetrantemente la protagonista de la obra como María Dolores Pradera, perfecta de dicción y asombrosamente expresiva de los diversos estados de ánimo vividos, desde las inquietudes iniciales hasta el creciente delirio de la estampa final, pasando por la contagiada exaltación conjurante del segundo acto. En su única escena, Manuel Arbó da con el tono ingenuista y sencillo que personaje y situación requerían.

Acertada la dirección de Alfredo Mañas y lógica la supresión del decorado preliminar, bien suplida la escena de la plaza Bibarrambla por las voces infantiles que al paño entonan el romance de la muerte de Marianita.

De los tres decorados concebidos por Concha F. Montesinos—y muy bien realizados por Manuel López—, todos buenos y primorosamente ambientados, quizá sea el último el más conseguido.



MP



MDP

ACTORES DE ESCUELA

Se ha celebrado el día 11 de marzo el concurso para la adjudicación de los premios extraordinarios de interpretación «Lucrecia Arana» y «Matilde Rodríguez» que, a la finalización de los estudios en la Escuela Superior de Arte Dramático, otorga dicho Centro.

Sólo dos alumnos habían superado todas las pruebas de selección, por lo que el interés del examen final radicaba exclusivamente en la comprobación de las cualidades artísticas de ambos examinandos y una cierta curiosidad por saber a cuál de los dos iba a concedérsele el premio «Lucrecia Arana», que, de los dos, es el que goza de más brillante historial.

María Amparo Pamplona—de diecisiete años—y José Enrique Camacho—unos veinticinco—habían llegado a esta finalísima. Representaron frag-

mentos de obras clásicas y actuales, cuya interpretación requería una sensibilidad artística de muy varios registros y una capacitación expresiva nada común. El jurado, compuesto por el director de la Escuela, Fernando Fernández de Córdoba, y Joaquín Calvo Sotelo, José Bódalo, García Pavón y Comba, otorgó el premio «Lucrecia Arana» a María Amparo Pamplona—espléndida figura y muy dúctil y sensitiva actriz—y el «Matilde Rodríguez» a José Camacho—temperamento apasionado, bien contenido por el sentido de la medida que le ha dado su formación en la Escuela.

Dos intérpretes más para nuestra escena profesional. Dos actores natos, de cuyas condiciones ha logrado sacar el máximo partido posible su profesora, Amparo Reyes, junto a los restantes docentes de la Escuela Superior de Arte Dramático.

TEATRO INFANTIL Y JUVENIL

Del 17 al 19 de este mes ha tenido efecto en Barcelona el primer Congreso Nacional de Teatro para la Infancia y la Juventud. Tanto las sesiones matutinas de estudio como las representaciones de espectáculos propios del citado Congreso tuvieron lugar en el Palacio de las Naciones. Se presentaron al mismo tres ponencias: El teatro infantil y juvenil en relación con los instrumentos de comunicación social, por el P. Jesús María Vázquez, O. P.; Momento actual del teatro infantil y juvenil de España, presentada por Juan Argemí Fontanet, presidente de «La Farándula», de Sabadell, y El teatro infantil y juvenil en el mundo, a través de tres congresos, tema suscitado por María Nieves Sunyer Roig, directora del Congreso y presidente de la Asociación de Teatro para la Infancia y la Juventud, entidad miembro de la

«International Association of Theatre for Children and young People».

Según informó la delegada provincial de la Sección Femenina y concejal del Ayuntamiento barcelonés, Montserrat Tey, en rueda de prensa celebrada el día 16, las discusiones del Congreso habrán servido a la vez de toma de contacto entre las diversas agrupaciones dedicadas al fomento de actividades artísticas para niños.

El teatro «Arlequín, de Murcia, dió dos representaciones de la obra El amor de las tres naranjas, de F. Chevreau, en tanto que el teatro «Los Títeres», de Madrid, puso en escena El cocherito leré, de López Aranda, y El pequeño príncipe, de Saint Exupery. El Congreso ha finalizado en «La Farándula», de Sabadell, entidad que funciona desde hace muchos años en la ciudad vallesana, dedicada preferentemente al teatro para niños.

ANTONIO F. REDONDO

*Es difícil que alguien se olvide del todo de una orientación inicial, sobre todo si esta orientación pertenece al terreno de la ciencia pura.*

*Redondo descubrió la pintura mientras estudiaba Ciencias Químicas y aunque se pasó con armas y bagajes al enemigo, se llevó consigo, no podía dejarla, esa virtud estricta del investigador que le impulsa a intentar siempre nuevos caminos.*

*A Redondo le interesa el ámbito informal y ahora tiente todas sus posibilidades desde dentro. Y sus pinturas, como hechos aislados, como investigación personal, se tienen en pie.*

*No tengo ninguna confianza con Redondo, pero le digo: Tiene que quemar etapas para llegar en seguida a la forma que más le convenga. Es indudable que hay un talante de pintor.*

YRIZARRY

Dice Hauser que las obras de arte son provocaciones y su afirmación es completamente cierta.

Desde su trabada estructura, desde sus espacios cuidadosamente heridos, los grabados que Yrizarri deja ver en la Galería Seiquer nos obligan a desenterrar el hacha de guerra.

De inmediato, se establece una lucha entre la huella de la plancha y nosotros, entre este universo pequeño que se mueve sobre el papel y nuestro universo personal.

No hay entrega por nuestra parte. Nos detenemos en cada espacio para tomar aliento, pero al instante hay que seguir, atravesar este mapa candente.

Es verdad que la lucha es hermosa, que vista desde fuera la batalla tiene belleza, pero de cerca muchos movimientos carecen de sentido.

YRAOLA

*Yraola tiene un secreto cogido de la mano. Y este secreto es la levedad, la gracia de iluminar líricamente una materia.*

*Su exposición de la Galería Kreisler está llena de sentido del humor con un punto de ironía.*

*Desde el «Plano imaginario de la fortaleza de Mahón», pasando por «El libro de horas del muy importante señor» hasta la «Vista de Manhattan» bailando de azules, Yraola juega, conjuga con versatilidad su capacidad de inspiración y su inventiva.*

*Es grato pasearse por este panorama donde el color es color de vacaciones. Lo malo es que quizá no volvamos a él cuando llegue el próximo verano.*

HANS HINTERREITER

Nunca la frialdad puede a la geometría. La limpieza de la línea lleva dentro de su breve perfil un latido y muchas cosas más que la pueblan de significados.

Esto lo ha entendido bien Hans Hinterreiter, lo ha entendido bien y juega con las cartas descubiertas.

Su exposición de la Sala de Santa Catalina del Ateneo de Madrid es una educada lección de claridad y equilibrio.

Hinterreiter nos muestra, con toda sencillez, cómo parte de un esquema geométrico, procedente de formas concretas, y cómo este esquema se transforma en volúmenes y cómo estos volúmenes se conciertan por medio del color, que entona y colma el espacio para él reservado.

Trasponiendo una conocida frase, Hinterreiter nos demuestra, con el instrumento de su pintura óptica, que todo es hermoso.

GLORIA MERINO

*Gloria Merino es fiel a las citas y ella tiene siempre una concertada con la Galería Quixote.*

*Gloria Merino no se aparta de la figuración, pero por obra y gracia de sus manos esta figuración se expresiviza y se convierte en una figuración personal e intransferible.*

*Gloria Merino trata el paisaje con voz anaranjada, amarilla, verde. Marca el límite de los cultivos y las alturas y bajuras del terreno con un acento cubista muy bien evolucionado.*

*Gloria Merino acaricia la corteza amable de los seres y resalta el contenido humano de su forma. Gloria Merino vive sobre la tierra, gusta de la tierra, no se escapa de la tierra.*

*Gloria Merino pinta y sabe que lo hace bien.*

otras exposiciones

● Estampa Popular de Barcelona, Córdoba, Madrid, Tarrasa y Valencia ha ofrecido en el Club Pueblo una muestra de su común quehacer. Me gusta la actitud limpia y positiva que todos y cada uno de sus componentes ofrecen. Con un acento nuevo, muy del momento, hacen la crónica de nuestro hoy enfocando algunas de sus facetas con actitud polémica. Entre otros nombres, destacamos a Anna Peters, Artigau, Montero, Todó, Esther Boix y el equipo Crónica.

● Myriam Domínguez Rojas, chilena, ha expuesto en Ebusus una colección de serigrafías de cuidada calidad. Con la sola temática floral crea un mundo lleno de sugerencia y misterio poético, cuya dicción se apoya en la intensidad del color o en su evaporación deliberada.

● La I Bienal Internacional del Deporte en las Bellas Artes acaba de ser clausurada en Barcelona. Los premios han recaído en los artistas Jaime Muxart, José María Aragonés, Francisco Vila Rufas, Cesc, Venancio Blanco, Rafael Durán, Manuel Capdevila, Carlota Geyr y José Ramón Sánchez Sanz, de quien, con ocasión de la exposición de trofeos que hizo a finales del año pasado, hablamos elogiosamente.



ADOLFO CASTAÑO

JULIAN MARTIN DE VIDALES

Es una lástima no poder ver el proceso que sigue Julián Martín de Vidales para trabajar el cuero, soporte y protagonista de los objetos plásticos, pinturas en definitiva, que este artista exhibe en la Sala Nebli.

Tengo entendido que es necesario estar en posesión de una gran paciencia para llegar al final de la aventura, pues las maceraciones y tratamientos que debe sufrir esta materia viva para ser dominada, para que acepte en ella las marcas que la voluntad del artista quiere dejar en su superficie, son interminables.

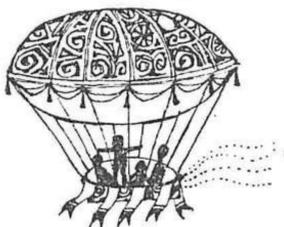
Este hándicap inicial supone, por parte del creador, un muy perfilado diseño previo en el que se dé a la improvisación muy pequeño margen, pues pues yo creo que se interrumpiría el proceso.

Martín de Vidales, es evidente, tiene indudable pericia en lo que se refiere a diseño, organización e intuición.

El resultado: perfecto equilibrio tradición-novedad, espontaneidad-exquisitez, tirando un poco hacia esta última.

Martín de Vidales dora o platea los espacios repujados y luego los entinta. Así consigue que en la superficie se den varias vibraciones simultáneas, que al ser heridas por la luz brillan con una teoría rica y personal.

Creo que este pintor ha encontrado para siempre, y de una vez por todas, su continente plástico, su material. Dentro de él caben la abstracción y cualquier otra forma de expresión con idéntica carta de naturaleza.



# vueltecilla al mundo en 14 días

RODOLFO AREVALO

## «CINESTUD 67»

Acaba de terminar en Amsterdam el Festival Cinematográfico «Cinestud 67», al que se presentan películas realizadas exclusivamente por estudiantes. Por parte de España, Juan Carlos Olaria, de Barcelona, presentó *Hormiga y Paseo por la Prehistoria*, realizadas en ocho milímetros, circunstancia esta que les impidieron participar en el concurso de premios. La primera estudia algunos aspectos de la vida de las hormigas: del transporte de alimentos y de las luchas entre ellas, así como su cooperación en algunas actividades. La película ha sido rodada al aire libre y del natural. La segunda trata la Prehistoria en forma lírica y simbólica, y fué presentada anteriormente al Concurso Nacional de Barcelona de 1966, al Festival de Benidorm del mismo año, a la VI Rassegna Inale Cineamatore y al Festival Cala d'Or-Palma de Mallorca en el año 1965.

Los dos primeros premios fueron concedidos a sendas películas polacas, y los dos siguientes, a una holandesa y otra norteamericana.

Este festival, cuya finalidad es dar a conocer, en una semana, a través de estas manifestaciones audiovisuales, las ideas y los sentimientos de centenares de estudiantes de todo el mundo, cobra cada vez mayor importancia. Si en el primer festival se presentaron 62 películas de 14 países y en el siguiente 81 de 12, este año se han presentado 150 de 27 países diferentes. La aportación más importante ha sido la de Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Bélgica, República Federal Alemana, junto con las de Australia, Austria, Bulgaria, Canadá, Ceilán, Checoslovaquia, Dinamarca, República Democrática Alemana, Grecia, Hungría, India, Israel, Italia, Japón, Noruega, Polonia, Unión Soviética, Suecia, Suiza y Yugoslavia, aparte, como es natural, del país organizador: Holanda.

## entreletras

### CINE

Los franceses y los españoles residentes en el vecino país, tuvieron ocasión de asistir a la proyección de *La guerra ha terminado*, realizada por Jorge Semprún, expulsado del Partido Comunista de España, en unión de Fernando Claudín, hace un par de años por discrepancias ideológicas y personales con Santiago Carrillo y otros miembros del Comité Central, y en su obra cinematográfica se refleja con notable precisión el punto de vista disidente respecto a la política general del Partido.

Los miembros más cultos del exilio comunista español en Francia han advertido perfectamente el pesimismo que proyecta la película sobre las posibilidades de llevar a cabo cualquier misión del Partido Comunista en España. Aparece con claridad la tesis de que el protagonista arriesga su libertad por una causa ilusoria, y que los dirigentes que desde el extranjero le han encomendado cierta actividad política desconocen la verdadera realidad española y mantienen la consigna de huelga general en contra de toda posibilidad razonable.

La preocupación de los dirigentes comunistas ante el desviacionismo de intelectuales como Semprún se ha puesto de manifiesto al intervenir personalmente la propia Dolores Ibarruri ante las autoridades checoslovacas para que la película no se proyectara en el Festival de Carlovy-Vari. No se descarta la posibilidad de que cualquier día los habituales abajofirmantes suscriban un manifiesto para solicitar que sea proyectada en España una película que, como *La guerra ha terminado*, está siendo boicoteada por la propia autocensura comunista...

La importancia del certamen hace que cada año la selección sea más rigurosa, lo cual redundará en beneficio de la calidad de las películas.

Los temas presentados por los diversos países abarcan prácticamente todos los aspectos de la vida, especialmente el sociológico, el psicológico y el puramente científico.

## FUNDACION EUROPEA DE LA CULTURA

Acaba de publicarse el informe anual de la Fundación Europea de la Cultura, de la cual nos interesa resaltar sobre todo, más que lo ya realizado, los planes del futuro quinquenio. En este plan quinquenal figuran los siguientes proyectos:

- 1.º Reforma de la educación y de la enseñanza.
- 2.º Aplicación de las ciencias sociales al desarrollo industrial.
- 3.º Urbanización y crecimiento demográfico.
- 4.º Adaptación de la juventud rural a la sociedad de mañana.
- 5.º Conservación de Venecia.

El primer proyecto tratará de recoger documentación sobre los siguientes problemas:

- a) Reforma de la enseñanza primaria y secundaria.
- b) Formación de profesorado y relaciones entre maestros y alumnos.
- c) Relación entre la enseñanza universitaria y la enseñanza continuada.
- d) Relación entre la enseñanza y la investigación.
- e) Especialización y enseñanza general.
- f) Relación entre las distintas materias de enseñanza.
- g) Estructura de las futuras universidades.

El segundo proyecto tratará de estudiar los siguientes problemas:

- a) Consecuencias sociales de la introducción de la automatización en la industria.
- b) El problema de la fuerza laboral emigrante y de la asimilación de trabajadores de otros países.
- c) Normas y procedimientos de interés internacional europeo aplicables a los ambientes socio-culturales de los países en los que se establezcan filiales de empresas.
- d) Adaptación de las organizaciones empresariales en función de las prácticas de los países en los cuales se establezcan nuevas empresas.
- e) Establecimientos de una red de institutos de investigación y establecimiento de un consejo coordinador científico social como centro informador y orientador.
- f) Fomento de los estudios de psicología social en los países donde aún no se enseña esta materia y aumento del número de especialistas.

El proyecto número 3 estudiará intensivamente los problemas de la organización, planificación urbanística y crecimiento demográfico, presentando sus informes a un congreso que los examinará y los someterá a los gobiernos interesados. Estos estudios tratarán comparativamente las distintas concepciones respecto al esquema futuro de urbanización.

El proyecto número 4, entre otros, llevará a cabo los siguientes estudios:

- a) Contribución de los programas de la juventud rural al desarrollo económico y social de la agricultura.
- b) Nuevas necesidades a las que deben adaptarse los programas.
- c) Posibilidades de intercambio y estancias de estudios en el extranjero.
- d) Forma en que deben ser preparados los líderes de la juventud rural.
- e) Aplicación de nuevos métodos al trabajo de la juventud rural.

El quinto proyecto estudiará las distintas formas de salvar a Venecia del hundimiento.

Entre los donativos concedidos por la Fundación Europea de la Cultura figuran los siguientes, dedicados a organismos españoles: 9.000 florines, a Mú-

sica en Compostela; 4.800, a la misma entidad, y 15.000, a la Delegación Nacional de Juventudes para la reunión europea de Gerona.

## ARQUITECTURA CONTEMPORANEA ESPAÑOLA

La revista *Zodiac 15* se dedica íntegramente a estudiar la arquitectura española contemporánea en un magnífico volumen de 229 páginas, con traducción al italiano de todos los artículos contenidos en la misma, escritos en castellano, y que tratan de los siguientes temas:

Sobre la situación actual de la arquitectura en España. Panorama histórico de la arquitectura moderna española. Obras de los arquitectos Alemany, Bofill, Bohigas, Bonet, Cabrera, Carvajal, Coderch, Corrales Gutiérrez, Correa, Crespi, Donato, Espinosa, Fargas Falp, Fernández Alba, Giráldez Davile, Higuera, Iñiguez de Onoño, López Iñigo, Mackay, Martorell, Masieu, Mendizábal, Milá, Miró, Mitjans, Peña, Perpiñá, Puig Torné, Rivas Casas, Sáez de Oiza, Sierra Nava, Subías Fagés, Tous Carbó, Vázquez de Castro, Vázquez Molezún y Weber. Situación actual y problemas culturales del arquitecto. Estructura profesional. La prensa y la crítica. La planificación urbanística de España. La situación de la vivienda en España. La enseñanza de la arquitectura en España.

La historia de la evolución de la arquitectura española está estudiada en función de las circunstancias políticas, lo que permite a los redactores y colaboradores presentar sus posturas políticas personales. A pesar de ello, la documentación gráfica, los problemas tratados y la importancia de la revista hacen que esta publicación sea de fundamental importancia para dar a conocer en el mundo las grandes realizaciones de la arquitectura española.

## OTRAS NOTICIAS

La revista *Política Estera*, en el número de enero, ha publicado un artículo del barón Di Giura sobre el autor de *Don Quijote* y su concepto de la hidalguía. Este artículo, así como el titulado «Mostra di Cervantes», debido al mismo autor y publicado en la *Rivista Araldica*, son consecuencia del éxito conseguido por la Exposición Cervantina celebrada en la Sociedad «Dante Alighieri», en colaboración con la Embajada de España en Roma, que envió una serie de libros importantes prestados por la Biblioteca Nacional, así como una colección de *Quijotes* de todo tipo, enviados por la Dirección General de Relaciones Culturales para dicha exposición. || Ramón Solís, secretario general del Ateneo de Madrid, y Antonio Iglesias Laguna han visitado recientemente El Cairo, pronunciando diversas conferencias, en especial sobre literatura española. || La hispanista austriaca Aimée Carola von Kutschera publica en la revista *Österreichische Musikzeitschrift* un artículo sobre Montserrat y la «Salve montserratina», y en el *Volksblatt Wochenende*, otro sobre costumbrismo navideño tradicional español. || El profesor Ernesto Lunardi, hispanista y amigo de España, viene dirigiendo la revista trimestral *Terra America*, que publica la Asociación Italiana de Estudios Americanistas sobre temas fundamentalmente etnológicos y arqueológicos. || Con motivo del centenario de Ganivet, la revista *Synthèses* publicó un artículo de Jacqueline van Praag-Chantraine, titulado «Sur les pas d'Angel Ganivet», en el que trata de Ganivet y sus contemporáneos, Ganivet abre la marcha de los escritores universitarios y breve introducción a la vida y a la obra de Angel Ganivet. || El embajador de España en Manila, señor Pérez del Arco, repetirá en inglés el ciclo de conferencias culturales sobre España que acaba de terminar, en lengua española, en Manila.

—Como tardemos mucho tiempo en salir de aquí, acabamos reventados. ¡Por todos los Cristos!

Matías contempló al Cojo, sentado junto a él, espatarrado y las manos cruzadas en el pecho.

—Esperaremos al amanecer. Esta gente tiene que cansarse.

—Se marcharán seguramente —terció Goñi—. Pero no esperemos a que se vayan ahora mismo.

—Esta gente no se atreve con la noche. Mañana, quizá...

—En cuanto venga mi hermano podremos organizar mejor la huida.

El Cojo se mordió los labios.

—¡Si hubiera forma e avisar a los míos!

—Arreglarían la cosa —observó Pablo Goñi—. Caer ahora sobre el pueblo nos salvaría...

Matías Baigorri hizo más sereno su tono de voz.

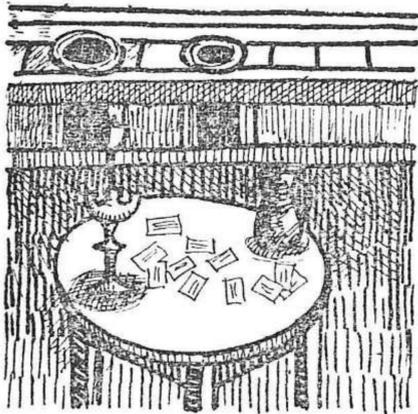
—Estos están arriba, mirad, y el pueblo no anda dormido. Si tienen seguridad de que no andamos lejos habrán puesto gente en todos los sitios. ¡Mala cosa caer sobre el pueblo!

—Se podría intentar.

—¿Cómo? Anda, dime de qué forma.

Callaron los tres hombres.

—Hasta el amanecer no se largan de aquí. Son gente cagada...



En la cocina, el barullo había ido disminuyendo. Las cartas estaban desperdigadas sobre la mesa, Legazpia se había dormido junto al quicio de la ventana, Ferreiras canturreaba por lo bajo una canción melancólica, Berbinzana observaba al teniente sentado en una silla, hundido en mil vagos pensamientos.

De pronto, Ferreiras dejó de cantar. Se levantó enérgico y tomó la jarra.

—¡Nos hace falta vino!

—¡Siéntate! —bramó el teniente.

El Asturiano se desperezó ruidosamente.

—El vino siempre viene bien...

El oficial había vuelto a sus pensamientos, a sus secretos diálogos, ensimismado con vagos planes de ataque y sorpresa. Sí, era difícil eso de meterse en un pueblo y de buscar a unos hombres, pensaba para sí. Tenía razón Fermíncho. El campo, la lucha frente a frente siempre reportaba alguna ganancia.

—Buscaré vino —exclamó Ferreiras.

Nadie le hizo caso. Fermíncho abrió los ojos, tanteó sus bolsillos y sacó la petaca. Dió un cigarro y ofreció a los demás.

—Buen tabaco...

—Para estar en guerra.

—¿En guerra? —preguntó irónico el Asturiano.

—¡Hombre!

—Ni guerra ni nada —se acercó al oído de Fermín—. Estamos haciendo el tonto...

Tanteó en la oscuridad, andando con cuidado. Llegó hasta el fondo del corredor y pisó la trampilla. Se puso en cuclillas y forzó tres, cuatro veces. Luego observó y notó a tientas las escalerillas y la bodega al fondo.

## CAPITULO V

Los ruidos del carromato fueron acercándose lentamente. Producía un estrépito de maderas rotas y desvencijadas que parecía se iban a doblar y a partir a cada tirón de las caballerías. Sesma, en medio de un grupo, exclamó:

—Debe ser Lorenzo que vuelve.

Los otros asintieron con la cabeza. Y esperaron, con las miradas fijas en la callejuela del rincón, a que la diligencia doblara por fin y entrase en la plaza.

—No son buenos tiempos para andar por ahí a estas horas.

—¡Peores los hubo!

—Este Lorenzo sabe lo que se trae entre manos. Es un buen chico.

Lorenzo, sentado en el pescante tiró de las riendas. Los caballos, sacudidos por el tirón frenaron casi en seco. Bajó de un salto, se restregó los ojos con las manos y avanzó hacia el grupo.

—¿Qué pasa? —interrogó dando un vistazo a la gente.

—Nada. ¡La guerra! —sentenció un hombre maduro, recio y fuerte.

—Están los carlistas en el pueblo. Una partida de cinco, andan buscando a unos cristianos —aclaró Sesma.

—¡Me río yo del asunto! —dijo Lorenzo terminando la frase con un profundo bostezo.

—No tiene gracia.

—Para mí, sí. Eso de andarse persiguiendo tiene su gracia, hombre.

—Tú es que no eres patriota —le recriminó un tipo de tez rojiza y ademanes decididos.

—Yo soy patrio a mi manera.

Lorenzo ofreció su petaca al grupo. Sesma y el hombre maduro y recio aceptaron. Mientras lo liaba, Lorenzo dijo:

—Hay cosas que me revientan, ¿sabéis? Y eso de andarse con zarandajas de Patria, Rey, Constitución y tal me huele a muerte.

Le miraron fijamente. Lorenzo chupó largo el cigarro.

—Eso, ¿os enteráis?, no hace más que sangrar al pueblo. Eso, sangrarlo y nada más.

Seguían mirándole, con ojos extraños, acusadores.

—Yo soy un hombre que no me meto con nadie, que trabaja todos los días y que suda su pan. A mí me sobran vuestras palabras, me saben a muerto...

Hablaba serenamente, sin atropellarse, con una mesura que no levantaba ni indignación ni aplausos.

—Si no te conociéramos, Lorenzo, diríamos que eres un traidor.

—Podéis decir lo que queráis. Cada uno con su manta...

Callaron todos. Arriba había nubes largas y delgadas, finas como algodones y transparentes. Detrás, la luna lucía su disco amarillo, ancho y hermoso. Sesma chupó el cigarro, echó el humo al aire y preguntó:

—¿Qué noticias hay por Estella?

—Normalidad, Máximo, normalidad. No hay acontecimientos —contestó Lorenzo con una sonrisa maliciosa en los labios.

—Esa normalidad se acabará pronto —sentenció un viejo que estaba recostado sobre la fuente.

Lorenzo elevó los hombros.

—No sé. A lo mejor sí.

Dudó unos instantes entre seguir hablando o marcharse. Optó por lo segundo.

—Bueno, me voy a dormir. Si queréis alguna cosa... a las seis me levanto todos los días...

Y se fué, con el paso lento, un poco encorvado, un paquete en la mano y la chaqueta sobre los hombros.

Habían apagado el velón, tirándolo lejos, de tal forma que el recién llegado no pudiese ver los rastros de la llama y del fuego. Los tres hombres quedaron pegados contra el muro, cubiertos por los odres.

Ferreiras tanteó con las manos hasta convencerse que pisaba tierra firme. Avanzó un par de pasos hasta que se dió de narices contra un pellejo.

—¡Aquí está! —exclamó.

Palpó el cuerpo hinchado, lleno de vino, y le entraron ganas, unas ganas enormes de abrazarse a él, de morderle, de chupar todo su contenido. Sentía ansias, unas ansias febriles de placer, de goce. Notaba sobre su cabeza todo un mundo lustroso, ancho y profundo. Aquella oscuridad, el olor, la humedad.

El Cojo se deslizó calladamente, se sintió próximo al portugués, levantó el pistolón y lo dejó caer violentamente sobre su cabeza. Ferreiras notó un súbito mareo, sintió dolor y la presión de las tinieblas apretándole fuertemente toda la cabeza, sujetándole todo su cuerpo indefenso y pequeño. Se desplomó sin soltar un quejido.

Matías Baigorri se encaró con el Cojo.

—No debiste hacerlo. Podía haberse marchado sin notar nuestra presencia.

—Estaba harto, muy harto.

Es preciso tomar una decisión —sugirió Goñi.

Allí no se veía nada. Llegaba muy débilmente la luz de la cocina, un hilo de mala claridad que dejaba sentir los cuerpos cerca o lejos pero de una manera vaga.

—Has estropeado la cosa, Cojo.

—Te he dicho que los necesitaba, como necesito cargarme a los de arriba.

—Me temo que vas a tener la oportunidad —le contestó Baigorri.

Estaban allí, clavados al suelo, con la víctima a sus pies, indefensa y solitaria.

—Hay que marcharse. Intentarlo por lo menos.

—No podríamos.

—Es preciso.

El Cojo se adelantó. Matías lo sujetó de un brazo.

—Estate quieto ahora; no vayas a estropearlo otra vez...

Pasó delante. Hizo ademán de que le siguieran. Comenzaron a subir las escaleras. Se detuvieron al segundo escalón.

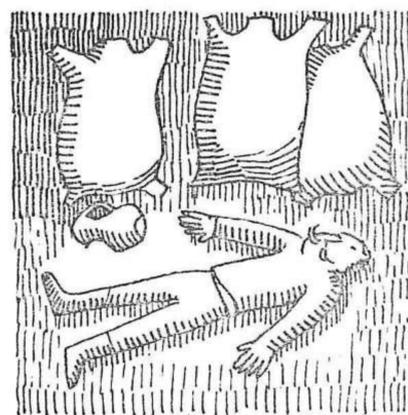
—Hay que alcanzar la puerta con rapidez. Es cosa ya de vida o muerte. Se convenció Baigorri.

—¡Vamos allá! —le contestó Goñi.

Siguieron subiendo. De pronto notaron cerca el ruido de las pisadas y unas voces que llegaban de la cocina. Retrocedieron violentamente.

—Es imposible —dijo Goñi.

—Entonces hay que hacerse fuertes —afirmó con voz recia y segura Matías.



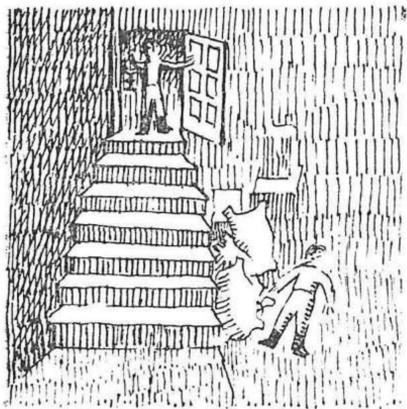
—Les daremos duro—dijo el Cojo.

—No se trata de eso precisamente, sino de ser hábiles, ¿comprendes?

—Tardamos demasiado, ¡me cago en...!

No pudo terminar la frase. Miraron hacia arriba y notaron ya cerca la llama que despedía el velón. Retrocedieron sigilosamente hasta dar con la pared. Se pusieron en cuclillas detrás de unas cajas de madera. Arriba en el hueco, con el velón en la mano apareció el Asturiano:

—¡Ferreiras! —gritó.



El grito se aplastó contra el suelo de la bodega. Nadie contestó.

Bajó un par de escalones lentamente, con prevención, casi con presentimiento. Extendió la mano hacia fuera y el velón iluminó parte de la cueva. En el centro, hecho un ovillo estaba el cuerpo dormido del portugués. El Asturiano se irguió con rapidez, atrajo hacia sí el velón y lanzó un grito:

— ¡Hijos de madre puta!

Se oyó el disparo del Cojo y casi al instante la carrera de los demás hombres. El Asturiano se echó hacia atrás salvando así el blanco del

pistoleto, pero el velón había ido escaleras abajo.

El teniente se puso en guardia.

—¡Rápido, otro candil! ¡Los tenemos ya!

Era eso, como un presentimiento, como algo que acaba de encontrarse después de muchas horas, de muchos días en busca. El teniente miró a los demás hombres.

—No hay tiempo que perder, ¡cercad el hueco!

Casi al mismo tiempo, salieron del fondo de la bodega un par de disparos. Los de arriba se echaron para atrás.

—¡Cubrirse! —ordenó el teniente.

Se retiraron prudentemente.

—Ahora, cargad las armas.

Hicieron la operación con rapidez. Mientras, el teniente se había asomado con cuidado al hueco. Y otra vez, el Cojo y Matías y luego Goñi volvieron a disparar.

—¡Cristianos de mierda! —gritó el Asturiano.

—¡Los asaremos! —exclamó Legazpia.

—¡Disparad ya! —ordenó el oficial.

Sonó la descarga y un ruido de estropicio, de cajas rotas se oyó al fondo, en el interior de la cueva.

—¡Fuego! —tornó a gritar el teniente, rojo de ira, fuera de sí.

Se intercambiaron los disparos por algunos minutos. Los tres hombres se miraron entre sí.

—¡Aguantaremos! —gritó el Cojo.

—Nos haremos fuertes hasta el límite. Más, no —y volvió Matías a poner serenidad y reposo, gravedad y orden a sus palabras.

El Asturiano, Fermincho, Berbinzana y Legazpia fueron blaqueando el hueco.

—¡Ahora! —gritó el Cojo.

Matías disparó, y la bala pasó cerca, rozando casi la cabeza de Berbinzana.

—¡Facciosos del demonio! —gritó con coraje Pablo Goñi.

Los carlistas se echaron de nuevo hacia atrás. El teniente tomó personalmente el mando de aquel asalto un poco ridículo y otro poco absurdo. Se agazapó y disparó al vacío. Fermincho y Legazpia le imitaron. Se oyó el grito ahogado de un hombre y el ruido al caer contra suelo. El Cojo y Baigorri dejaron de tirar y miraron a su alrededor. Pablo Goñi estaba doblado, con la cabeza destrozada y el rostro cubierto de sangre. Dudaron unos segundos. El herido respiró con dificultad, soltó un par de estertores, luego dobló la cabeza, con los ojos muy abiertos pegados en el techo.

Arriba, también habían dejado de disparar. Se hizo un silencio profundo y cruel. El teniente se volvió a los suyos.

—¡Echaros para atrás! ¡Les haré rendirse!

No hacía falta. Los dos hombres avanzaron hasta el pie de las escaleras, se irguieron dignos, corajudos, con los semblantes teñidos de ira y tristeza. Miraron hacia arriba y subieron las escaleras.

—¡Las armas!, ¡primero las armas! —gritó el teniente.

Fué entonces cuando Matías Baigorri sintió herido su honor, su entrega, y comenzó a latirle más fuertemente el corazón y una nube de sangre caliente le invadió los ojos y la frente.

Los tiraron lejos, y se quedaron pegados en las escaleras.

—¡Fuera! —bramó el teniente.

Subieron hasta el piso y miraron en rededor. Fermincho, Legazpia y el Asturiano les apuntaban amenazadoramente con las bayonetas.

El teniente gritó:

—¡Sacad a Ferreiras!

Baigorri le miró con furor, con rabia. El oficial completó la orden.

—¡Que saquen también al otro!

Avanzaron todos hasta la mitad del pasillo. Berbinzana llevaba

en la mano un velón que iluminaba todo el corredor. El teniente los hizo detenerse.

—¡Subidlos al desván! Allí estarán bien, lo he visitado hace un rato.

Miró fijamente a Matías Baigorri y notó su mirada serena, dura,

—¡Subidlos!, he dicho —volvió a gritar el oficial.

Le vendaron la cabeza al portugués, que seguía inconsciente, con los ojos cerrados y unos hilos de sangre coagulada pegados en las aletas de la nariz.

—Sería mejor llevarlo a una casa particular.

—¡No es nada! —exclamó el teniente—. No somos mujeres...

Paseaba nervioso y no podía explicarse esa actitud suya, ahora que todo estaba ya resuelto y conseguido. Notaba un peso dentro de sí mismo y se sentía diferente a unos minutos antes, diferente a su vida pasada, antes de entrar en combate, antes de salir de la compañía en busca de aquellos hombres. Se detuvo y exclamó:

—¡Berbinzana!, vete a la plaza y diles que se vayan a dormir. Esto ha terminado.

El otro obedeció sin decir palabra. Salió diligente y se encaminó hacia la plazuela.

Ferreiras comenzaba a reanimarse.

—¿Qué ocurre?, ¿dónde estoy?... ¡eh!...

—¡Calla y duerme! —le gritó el teniente.

Y al notar cerca el rostro del oficial volvió a cerrar los ojos y a respirar con dificultad.

Fermincho se acercó al teniente.

—¿Qué piensa usted hacer?

El otro lo miró fijamente.

—No lo sé. Vosotros podéis dormir un rato.

Se acercó a la ventana y prosiguió:

—¡Pronto amanecerá!

—Todavía falta —le contestó Legazpia.

—Es igual. Podéis dormir.

Martín se acercó a un rincón y se tumbó en el suelo. Fermincho se volvió hacia el Asturiano:

—Deja, lo cuidaré yo. Túmbate tú.

El oficial los miró por unos momentos.

—Y tú puedes dormir también. No necesito a nadie.

—¿Y usted no va a descansar?

—No —fué la respuesta seca y rápida del oficial.

Fermincho elevó los hombros y se dejó caer pesadamente en el banco.

—¡Malditos liberales!

—¡Nos la habian jugado!

—Mira que estar allí escondidos.

—Matamos a uno —explicó Berbinzana—. El teniente lo dejó seco casi en el acto.

—¡Mira con el crio ese!

—¡Cualquiera lo iba a decir!

Se miraron entre sí con satisfacción, con orgullo, como si ellos hubiesen sido parte decisiva en la captura.

—¡Bueno!, será cosa de quitar a la gente. Es tarde ya... —exclamó Sesma.

Se dirigió al grupo:

—Tú, Echarri, y tú Santi, id a los puestos y traeros a la gente.

Se detuvo y respiró hondo.

—Yo iré a ver al teniente.

Estaba avanzada y quieta la noche. Más quieta y más calma que antes. Parecía que algo extraño había sacudido la tierra, las casas y el aire. Y una paz infinita se había apoderado de los hombres y de la vida. En el cielo ni una nube, ni un ligero rastro de sombras manchaba su piel larga y profunda.

El teniente abrió la puerta del desván y se quedó allí parado frente a los dos hombres. Matías Baigorri y el Cojo estaban en el centro del cuarto, con las cabezas altas, el rostro sombrío, la mirada fija y dura.

El teniente cerró la puerta tras de sí. Y se quedó en aquella posición, clavado al suelo de madera, escrutando a los dos hombres que se levantaban ante él, prisioneros ya, dominados por completo.

El silencio era denso y espeso.

—¿Conocíais a Pedro Ardanaz? —preguntó con voz dura y fuerte.

Los otros no contestaron. Siguieron mirándole sin alterarse.

—¡Era mi hermano! —se contestó el teniente.

Luego bajó la vista y volvió a exclamar:

—¡Lo matásteis a traición!

Fué entonces cuando Matías se adelantó un paso y dijo:

—Nosotros no matamos así.

El oficial no contestó. Se limitó a mirar en rededor y comenzó un

corto paseo con su postura característica, las manos en la espalda, la cabeza baja. Salió de sus cavilaciones. Se volvió a los dos hombres:

—Matías Baigorri, el Cojo, Pablo Goñi... ¡buena gente!...

Los miró con furia, con rabia.

—Me han estado engañando como a un crío, jugando al escondite. ¡Pero les aseguro que de mí no se rie nadie!, ¿entienden?, nadie.

Se detuvo unos segundos. Luego volvió a hablar:

—Mataron a mi hermano, nos han hecho perder un día... uno de mis hombres está herido... ¡buena gente!

El Cojo comenzó a sentir calor. Le subían oleadas de calor y de rabia hasta la cabeza. Sentía el corazón latirle fuertemente.

—¡Luchamos igual que ustedes! —le gritó a boca de jarro.

—¡Igual, no! ¡Ustedes matan a traición!, se esconden, tiran por la espalda.

Baigorri se encaró serenamente con el oficial.

—Acabamos de perder a un amigo, a un hombre de los nuestros... ¡Y usted lo sabe!

Estuvo a punto de decirle: Es la guerra, eso es la guerra. Pero se contuvo. Sentía próximas las palabras de aquel viejo de Cirauqui. Quiso olvidarlas, echarlas por la ventana, enterrarlas para siempre. No; no podía decir eso.

—Pero ustedes están perdidos... el rey entrará muy pronto en España...

El Cojo no se pudo contener. El corazón estaba a punto de estallarle:

—A ese rey se lo meten en el culo... ¿eh? ¡Ya lo ha oído!

—¡O te callas o te cuelgo aquí mismo!

—¡A mí no me calla nadie!, ¿eh?...

El oficial se dió media vuelta, abrió el portón y se dispuso a marcharse. Desde el umbral dijo, dirigiéndose a los dos hombres:

—¡Al amanecer saldremos! ¡Ya lo saben!...

Quería decir lo que sentía dentro, sus más íntimos deseos, quería hacerles ver su rabia, su coraje. Se acordó de su hermano, de la búsqueda, de los registros, de la guerra, del rey. Sólo supo decirles:

—¡En nuestro bando no matamos a traición! ¡Todavía hay jueces y un tribunal honrado!

Cerró con fuerza y bajó las escaleras.

Una vez en la cocina mandó a Legazpia que hiciera guardia junto al desván.

—No hay peligro, pero estate atento. Te relevarán dentro de un rato.

## CAPITULO VI

Se tumbaron sobre el heno. La hierba estaba un poco húmeda, pero allí había algo de comodidad por los menos. El Cojo tenía un poco de tabaco. Lo liaron despacio y miraron el techo del desván todo cubierto de pequeñas estrellas que se veían claras a través del ventanuco.

Se oyeron pasos. Era Legazpia que entraba con un velón. Miró a los dos hombres y lo colgó junto a una viga.

—Así podréis veros las caras...

No hicieron caso de la burla del guipuzcoano. Y continuaron mirando el cielo, la noche, el disco grande y hermoso de la luna.

De pronto, el Cojo se volvió hacia su compañero:

—Tendríamos que ver la forma de escapar... esto está feo...

—Es difícil.

—¡Si pudiera avisar a la partida! No puede andar lejos...

Baigorri no le contestó. Miraba fijamente la belleza de la noche, aquel pedazo de cielo.

—Podríamos llamar al centinela con cualquier excusa... ¡Luego...!

—Es aventurado; cualquier cosa que hagamos ha de ser con probabilidades de éxito —le contestó Baigorri.

Por un momento se quedaron callados, mirando al vacío, al velón que iluminaba vagamente la habitación.

—¡Pobre Pablo!

—Le abrieron la cabeza. Cuando lo miré la tenía partida casi en dos. ¡Cochinos facciosos!

El Cojo se incorporó. Se acercó al candil y prendió el cigarro; luego se puso a pasear lentamente en el desván.

—No hay otra solución, Matías. ¡Hay que intentarlo!

—Lo sé; pero si nos cazan estaremos definitivamente perdidos... tendrían una excusa.

—¿Y si no? —preguntó el Cojo.

—Ya viste lo que dijo.

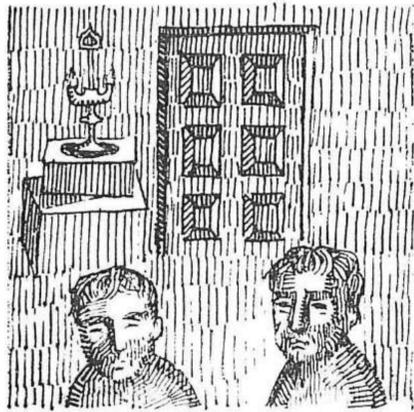
—¿Y te fias de esos facciosos de mierda?

—¡Psché!, en algo hay que confiar.

—De creer en algo, en los míos, en la partida que no andará lejos, de la huida...

—No se puede jugar a ciegas, Cojo.

Callaron y se pusieron a escuchar al otro lado de la puerta. Legazpia se había tumbado todo lo largo que era, con el fusil entre las piernas y la mirada vagando a su alrededor.



—El centinela... —observó el Cojo.

—No podemos, sería jugarlo todo...

—Nos quedan pocas cartas ya...

El Cojo elevó los hombros.

—Si las perdemos ya no tendríamos salida —siguió diciendo Baigorri.

Había en la casa, en el desván, en su pequeño mundo un silencio inmenso. De vez en cuando crujía una madera, se oían unos pasos mansos y cortos. Luego, otra vez volvía a envolverlo todo aquel silencio.

En la cocina nadie hablaba. Ferreiras seguía medio inconsciente, tumbado contra la pared, la cabeza hinchada, envuelta en vendas. El Asturiano cubierto con un capote se revolvió bruscamente y quedó nuevamente dormido, hecho un ovillo. Berbinzana bostezó un par de veces, miró a su alrededor y cerró los ojos.

Fermincho se acercó al teniente.

—Podría dormir un poco, teniente.

—No me hace falta. Al amanecer saldremos...

Se acercó a la ventana y miró al cielo.

—¡Son largas las noches!

—No tardará mucho en aclarar.

—Con las primeras luces nos iremos. Hay que llegar pronto.

Hizo una pausa, volvió a su lugar y se sentó pesadamente.

—No hay que fiarse ya. Las líneas avanzan y retroceden a cada instante. Y no podemos perder mucho tiempo.

Fermincho lo miró fijamente. Quiso preguntarle algo, pero no pudo. Se echó la mano a la petaca y comenzó a liar un cigarro. A la mitad volvió otra vez a mirar al oficial. Preguntó:

—¿Qué haremos con ellos?

—El capitán decidirá. ¡No sé! Los juzgarán...

—¿Son gente fuerte?

—Cabecillas. Y en una guerra como esta, ya sabemos lo que eso quiere decir.

Fermincho terminó de liar el cigarro.

—¿Los conoce usted?

—Sabía algo de ellos. El capitán me habló.

—¿Mala gente? —volvió a preguntar Fermín.

El teniente lo miró con cierto recelo.

—El alto se llama Matías Baigorri. Es veterinario, de Cirauqui. Ya sabes lo que eso quiere decir, constitución progreso... ¡historias! El otro es peor pájaro. Lo llaman el Cojo, pero su nombre es Dionisio Azqueta, jefe de una partida...

—¿Como el cura de Santa Cruz?

El oficial no supo qué contestarle. Se quedó mirando al vacío y le pidió tabaco. Fermincho le ofreció la mugrienta petaca y lió un pitillo.

—Si quiere que le sea franco, añoro un poco a los otros —dijo Fermincho.

—¿Y quiénes son los otros?

—Los que ahora andarán pegando tiros por el campo... Yo no los conozco, ni son de mi pueblo tal vez, pero los envidio. Sí, tengo envidia de ellos. ¡Y mucha!

Creyó que había ido demasiado lejos. Miró al oficial y exclamó:

—Con usted me iría al fin del mundo, pero...

Había en sus palabras un tono de disculpa, de impotencia, de sangre vigorosa, de sangre dispuesta a tomar un fusil y arremeter contra una compañía entera de liberales.

—Esto es como estar encerrado, como meterse en un cajón y estar así diez días sin moverse... ¡No es lo mío!

Hizo una pausa. El teniente le dejó hablar. Lo miraba de frente, cara a cara.

—Sí; les tengo envidia, quisiera estar como ellos, al aire libre, preparando la ofensiva al amanecer... ¡No sé!

Callaron. Berbinzana se revolvió, abrió los ojos y el destello del velón le cegó durante unos instantes. El Asturiano comenzó a roncar brusca, fuertemente.

—Ya ve; esos hombres luchan igual que nosotros, luchan casi por lo mismo. ¡Es cosa mala eso de matarse los unos a los otros por el mismo pan, y las mismas ideas!

—¡Las mismas, no, Fermín!

Fermincho se calló. Le molestaba tener que hablar así, tener que explicar cosas que no acababa de entender, que no sabía decir bien, como las sentía dentro, en el corazón.

—Las guerras civiles nunca han sido mejores —le dijo el oficial.

El otro elevó los hombros. Dijo en tono de disculpa:

—Tengo sueño... debe ser el sueño, ¡maldita noche, rediez!

Se levantó; fué hasta el grupo de hombres que dormían contra el suelo. Los miró uno a uno y se detuvo contemplando al portugués.

—Se le está poniendo una cabeza como un melón.

—¡Así aprenderá, estúpido!

Fermincho miró al oficial y sonrió:

—Gracias a él lo cazamos...

Se observaron los dos. El oficial hizo un gesto vago, una mueca indefinida.

—Puedes marcharte; es posible que los encuentres...

—Es una oportunidad, Matias.

—Ya te lo he dicho. Quizá los encuentres, quizá puedas escapar; pero si te cogen...

Se miró los puños el Cojo y gritó:

—¡Cabritos facciosos!

Miró el ventanuco que estaba sobre su cabeza. Pareció medirlo mentalmente. Luego echó un vistazo al cuarto. Cogió una mesa y la puso debajo de la ventana.

—¡Ayúdame!

Matias se levantó. Se acercó hasta él y le dijo:

—Ahora escucha: si puedes llegar a Estella dile a mi hermano lo que ocurre...

Se detuvo. Un silencio agobiante les envolvía.

—... si no, mala suerte. ¡Queda poco tiempo!

—El justo.

Se miraron en silencio los dos hombres.

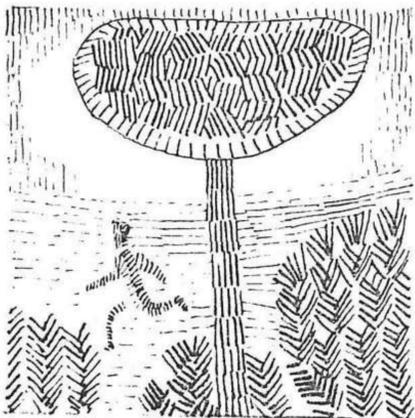
—Prometí a mi mujer morir matando... ¡Si te salvas, díselo!

El Cojo lo observó.

—Podemos escapar los dos...

—Uno de los dos tiene que quedarse. Lo notarian en seguida...

—Te arrepentirás...



—Todavía creo en algunas cosas, Cojo. En la palabra de ese hombre también...

—Tú verás.

Subió a la mesa con sigilo. Luego se encaramó a una viga y tanteó el ventanuco. Matias preguntó:

—¿Pasas?

—De sobra.

Lo empujó suavemente, mientras el otro forzaba por asirse al marco de la ventana. La abrió despacio y sacó la cabeza. Un aire frío le bañó el rostro. Miró fuera y contempló por unos segundos la noche quieta y el mundo completamente muerto y silencioso. Dió

un impulso y salió al exterior. Luego se oyeron suavemente las pisadas vacilantes del hombre.

Matias apartó la mesa y la llevó al rincón. Al cabo de unos instantes se escuchó el golpe seco del Cojo al llegar al suelo. Y ya todo se hundió en un profundo y ancho silencio.

Se encontró al prisionero de pie, solo, en medio del desván. Miró rápidamente a su alrededor. Le brillaron los ojos y llamó a Martín.

—¡Eres un estúpido! —exclamó

El otro pareció no comprender.

—¡Se nos ha escapado uno de ellos!, ¡eres un estúpido!

Bajó precipitadamente las escaleras y despertó a sus hombres.

—¡Buscadlo!, no puede andar lejos...

Se dirigió a Berbinzana que estaba tumbado, insensible a los bramidos del oficial.

—Llama a la gente, ¡que den una batida en seguida!

Miró despacio a Martín:

—Dormías, ¿no?

—No, mi teniente —se le cortaba la voz al hablar.

—¡Entonces es que esta gente no hace ruido, es que son espíritus!, ¡estúpido!

Entró en el desván y contempló a Matias brevemente.

—¿Por qué no se escapó usted también?

—Yo creo en la palabra dada.

—Tenía la oportunidad —y al decir esto miró con furor el ventanuco y una sonrisa amarga le llegó hasta los labios—. ¡Mis hombres son estúpidos!

—Cualquiera lo hubiera sido en su lugar.

—Mato a uno, se me escapa otro —se detuvo—. Queda usted. Pudo haberse escapado también.

—Ya se lo he dicho. Creo en su palabra.

—¿La palabra de honor en la guerra?

—¿Por qué no? —contestó Baigorri.

Se le crisparon las manos al teniente. Se sintió molesto ante aquel hombre que le miraba serenamente a los ojos. «¿La palabra de honor en la guerra?» Jamás podría haber hablado de aquella manera. El creía en esa palabra, él hubiese obrado igual que aquel hombre. Y sin embargo, ante las circunstancias aquellas parecía reírse y burlarse del honor; le llegaba a parecer ridícula la contestación del otro. «Creo en su palabra.» Le vino a la memoria aquella figura encorvada, de cabellos blancos. Apartó la visión. Se sentó en una silla, frente por frente de Baigorri, a la espalda del velón.

—Yo no prometo nada, ya lo sabe.

—De acuerdo.

—Lo llevaré a las líneas carlistas. Ellos juzgarán...

—No le pido tampoco misericordia.

—Es posible que tampoco se la diera.

Se miraron brevemente en silencio.

—A mi padre lo mataron los cristianos, a mi hermano también...

—Cada bando tira al de enfrente. A mí no me han matado a nadie de los míos, pero quizá un día un hijo mío llegue a hablar como usted lo está haciendo...

—¿Y qué le diría usted? —preguntó el oficial.

—Lo mismo que le contesto a usted.

—Es un hijo quien lo pregunta.

—Para el caso es lo mismo. La guerra no tiene distinciones de esta clase. En la guerra hay dos bandos, nada más. Y por encima un montón de ideas, por las que luchamos.

—No le parece triste todo esto —dijo el teniente.

—No mucho. Si la guerra dejara de ser como es, ya no sería guerra.

El oficial lo miró detenidamente.

—Usted lo justifica todo.

—No; si lo justificase todo me hubiera marchado con el otro; no hubiese podido creer en su palabra...

—¿Y sigue creyendo en ella?

—Por eso estoy aquí.

—A lo mejor luego hubiese sido peor... mis gentes están buscando fuera.

—Para el caso es lo mismo. No tengo que reprocharme, teniente.

—¿Usted en mi lugar qué haría?

—Usted es el vencedor y yo el vencido; no puede haber comparaciones...

El oficial quedó sorprendido ante la contestación tajante de Matias. Se levantó de la silla y se puso a pasear por el desván.

—Esto no es nada divertido, puede creerlo.

—Lo creo.

—Pero yo cumplo con mi deber.

—Sigo diciéndole lo mismo. Creo en su palabra.

Se volvió para mirarle:

—¡Nosotros no matamos a traición!, ya se lo he dicho...

Se dió media vuelta y abrió la puerta del desván. La cerró dando un golpe seco.

Fuera comenzaba a clarear. Una luz débil, ligeramente azulada, se dibujó en el horizonte.

Llegó Sesma seguido de Berbinzana.

—He mandado a unos cuantos a batir las afueras.

—No puede haber ido muy lejos.

—Con el alba será más fácil cogerlo.

El teniente pareció dudar:

—En el mejor de los casos sólo me queda uno.

Máximo Sesma se aventuró:

—¿No se le escapará?

—No hay peligro.

—Esta gente es lista. Quizá tengan un plan.

—¡No se escapará!

Las palabras del teniente eran firmes. Había en el tono de su voz una credulidad cierta. Confiaba en aquel hombre que le había hablado frente a frente, sin inmutarse, con seguridad en sí mismo.

—Usted verá...

—Puede irse. Dentro de poco nos marcharemos todos.

Miraron hacia la ventana.

—Está amaneciendo.

Se marcharon dejando solo al teniente y al portugués, que seguía en su posición, pegado contra el muro. Pareció despabilarse lentamente. Abrió los ojos y lanzó un breve quejido.

—¿Duele?

Ferreiras abrió más los ojos. Miró al oficial e intentó sonreír

—Poco. ¡Va mejor! —suspiró.

—Para que aprendas.

—Pero...

—Calla. No tardaremos en marchar. ¿Podrás?

—Claro que sí.

Ferreiras trató de incorporarse.

—¿Se hicieron fuertes?

—Un poco.

—Laboriosa captura, ¿eh?

El oficial elevó los hombros. Lo contempló un instante. Luego trató de sonreír.

—Buen vino el de esta tierra.

—Mejor el de la mía, teniente.

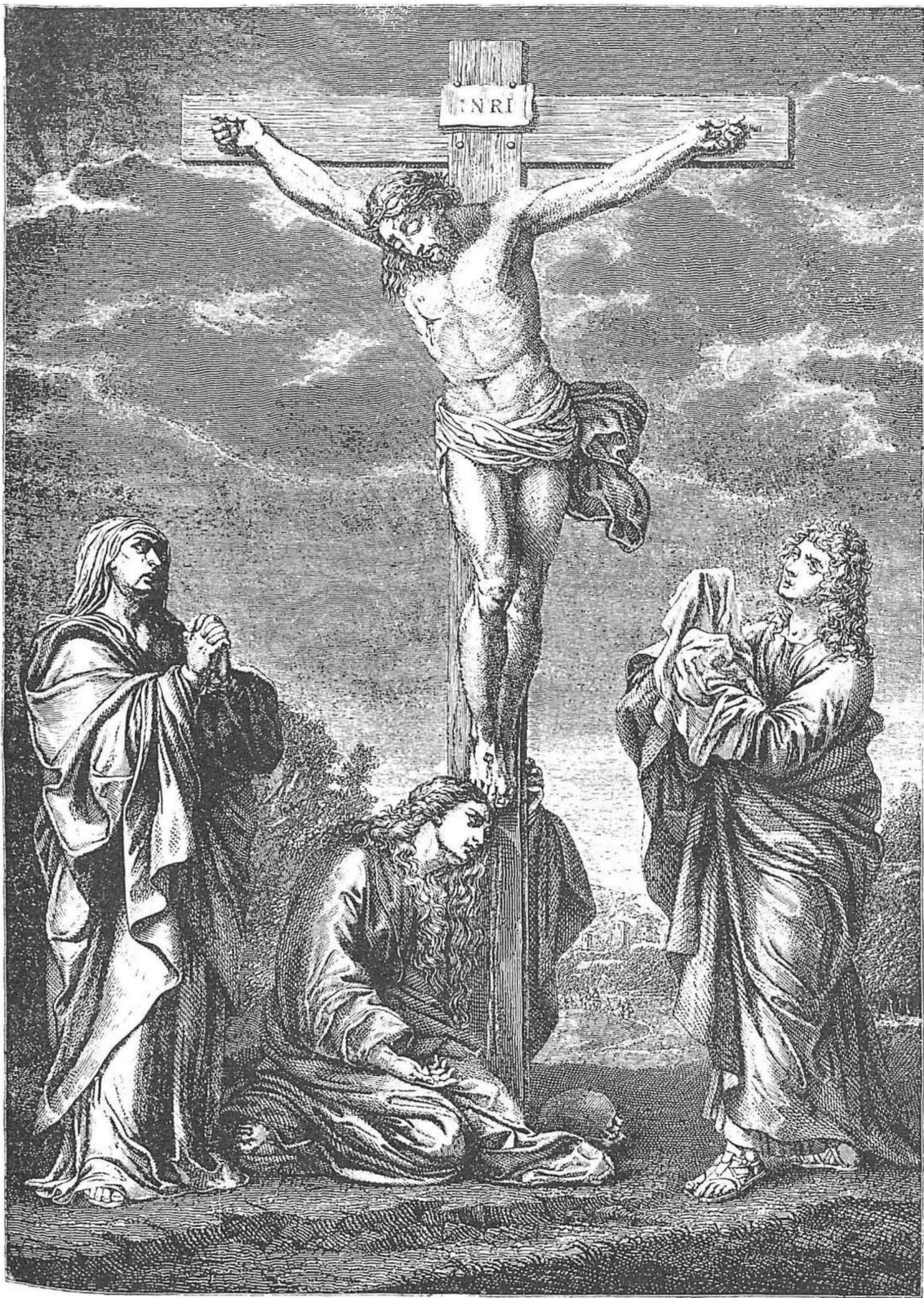
—¡Bah!

—Cuando termine la guerra he de llevarle a Oporto. ¡Ay...!

Con el amanecer un viento frío comenzó a levantarse sobre el campo. Arriba, el alba iba comiéndose poco a poco las últimas sombras, y una claridad incipiente y hermosa fué bañando lentamente todos los rincones.

# Días ROJOS en el CALENDARIO

RODRIGO RUBIO



**E**SENCIALMENTE todo es lo mismo. Las cosas que cambian no pueden poner sombra sobre la verdad de los acontecimientos que se celebran. Pero algunos cambios nos empujan a recordar tiempos idos. O quizá no se deba solamente a eso. El recordar otro tiempo no es, en ocasiones, sino el querer escapar hacia días que dejaron en ti hermoso recuerdo.

El hombre de la ciudad a lo mejor no ha tenido ocasión de vivir las pequeñas cosas de los

pueblos pequeños. En todo hay algo auténtico; nada se deforma. Cualquier acontecimiento está lleno de humanidad. Por eso, casi siempre, esas cosas pequeñas suelen ser grandes, sobre todo cuando al paso de los años se nos quedan grabadas, como una marca dejada por otra vida, en la estela del recuerdo.

No podía ser como en otros pueblos, como en donde las iglesias estaban llenas de ricas imágenes, de valiosos «pasos»; las procesiones no serían nunca ni una pequeña sombra de cómo

eran en otros sitios. Pero no importaba. Nosotros esperábamos con recogimiento los días de Semana Santa. El Carnaval nos había cansado un poco. La Cuaresma nos traía ecos de una vida religiosa, de austeridad y penitencia. Los padres, en las sanochadas, cuando después de cenar nos sentábamos al lado de la lumbre (ya mortecina), nos hablaban de otras Cuaresmas, de lejanas Semanas Santas, de vigiliadas y ayunos, de alegre procesión en la amanecida del domingo de Pascua (el Encuentro).

El abuelo aún tenía en su boca temblona historias más antiguas. Para los pequeños, la voz de los mayores se hacía documento vivo al lado del fuego que se consumía. Madre iba de un lado para otro, como si aún tuviera que hacer algo, como si nunca fuese a terminar sus trajines. Había salido al patio, al fregadero. Padre había dicho: «Pero no puedes sentarte ya, ¿o qué?». Y ella: «¿Queréis que me sienta con todas las cosas en medio?». Mi hermana tenía siempre una canciocilla a punto, como asomándole a los labios. En el patio ladraba el perro. Por la calle pasaba algún carro que vendría del campo o de un pueblo vecino. Por la tarde, es decir, al anochecer, las calles se habían llenado de traqueteos, de rumor de voces, del andar acompañado de las caballerías. Los chiquillos habíamos estado jugando en la plaza. También por las corraladas. Regresábamos a casa sudorosos cuando ya las yuntas levantaban nubecillas de polvo por los caminos. «Ahora quedaos ahí en el patio, que como cojáis una pulmonía...», decía madre. Luego vendrían padre, José María y el abuelo. Entraban el carro en el porche y llevaban los mulos a la cuadra. Oía ya el guiso de la cocina.

Los miércoles y viernes, madre salía a la calle apenas oír la voz del pescadero que pregonaba sus sardinas y la fresca pescadilla. Salía con una amplia fuente de porcelana, y nosotros, los pequeños, nos acercábamos al hombre de la bicicleta, que pasaba sin dejar de hablar, incluso pregonando la mercancía, deteniéndose sólo para decir el importe de una venta. Las mujeres hablaban de sus trajines. Luego, unas y otras, con la compra realizada, se iban para sus casas.

Madre no permitía que comiéramos carne los miércoles y viernes. Ella decía: «Acordaos de Nuestro Señor», y nosotros, los pequeños, nos íbamos a la escuela después de habernos comido un bocadillo de atún en aceite.

A veces, la Semana Santa caía en fechas muy avanzadas, y los días de abril eran tibios y podíamos oír el gorjeo de las golondrinas en el porche y el piar de los gorriones en el tejado. También, de buena mañana, oíamos el canto de la abubilla. Los viejos, al oírlas por primera vez, habían dicho: «Ea, si para el primero de abril la abubilla no ha venido, se ha muerto, la han matado o no la han dejado salir», lo que hacía que les mirásemos como a sabios, como a hombres que de todo entendían, que nada ignoraban.

El maestro nos hablaba de Cristo. Dábamos lecciones de aritmética, ciencias y geografía; pero luego, en esos días, terminaba hablándonos de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor. Después, nosotros reunidos tres o cuatro —los más amigos— hacíamos un ejercicio de redacción. Y solíamos irnos a un corral. Se estaba bien bajo un árbol con hojas nuevas, con flores recién abiertas. También nos íbamos a las eras. El campo tenía ecos de mundo que trabaja, lejos, todavía, el fantasma que se llevó y mató a tantos hombres: la guerra. Cuando regresábamos, las madres ya habían apartado el puchero de la lumbre. Luego, sentados a la mesa, teníamos que oír a padre y al abuelo que hablaban de la viña, de los olivares, de la siembra que crecía hermosa después del surqueo.

Apenas si ocurría algo importante, pero este tiempo vive siempre en nosotros, y más aún cuando por negros acontecimientos y por el paso de los años se fué haciendo recuerdo.

Llegaba la Semana Santa. A veces venían misioneros, y entonces todo el pueblo andaba como revuelto. Oíamos sermones y rezábamos

el rosario todos los días en la iglesia. Los Via-Crucis se hacían en la calle, alrededor del templo.

Madre se quedaba en casa. Para ella, la oración se hacía grande con el trabajo. Había dicho: «Hoy tenemos que ayunar» y yo no hacía sino pensar en la comida de mediodía. Los mayores se habían ido al campo, porque siempre había algo urgente que hacer. Y nosotros, sin escuela, nos acercábamos, como tantas veces, hasta donde las yuntas araban. Los hombres, a la hora del almuerzo, detenían las caballerías, les echaban las mantas por encima y les ponían la sarrieta con el pienso. Ellos no comían nada. Era la hora a la que otros días se sentaban en un linde, se echaban la chaqueta o la blusa por los hombros, tomaban las alforjas e iban sacando los grandes panes y las fiambreras con recias tortillas y olorosas tajadas de pernil. El olor de esos almuerzos parecía venir ahora, como si un vientecillo, atraído por el apetito, lo arrancara del mismo campo, siempre en silencio, pero siempre como si hablara, como si de alguna parte—de la misma hierba, quizá—se escapase un sonoro y continuado rumor.

Los hombres se entretenían cogiendo un puñado de hierba o unos tallos de grama, que luego echarían en el corral para que mordieran los conejos y picoteasen las gallinas. Los hombres parecían más serios y no hablaban de su apetito, aunque lo tuviesen. No nombraban a Dios, pero sabían que un Hombre, Hijo del Hombre, había ayunado durante cuarenta días, cuando ya la muerte se había hecho sombra junto a su carne inmortal. Ellos irían por la tarde «a las funciones de iglesia», pero ahora fumaban casi en silencio o hablaban del campo y sus labores. Luego, cuando ya los mulos habían apurado el pienso, empuñaban de nuevo la esteva y seguían trazando surcos, serios, pero no disconformes, como si la voz misma de Dios les fuese hablando de una limpia y eterna esperanza.

Nosotros, con los estómagos inquietos, casi en continua protesta por el ayuno, les habíamos visto trabajar, y luego regresar a la casa, donde ya las mujeres ponían la mesa. Era un momento grande este. La comida despedía sus ricos olores. Madre había guisado mejor que ningún otro día. El puchero tenía rellenos de pescado. Luego, tendríamos de esos mismos rellenos, en dulce, para el postre. Había hecho una recia tortilla. Comíamos uvas, que se guardaban colgadas en ristras de los revoltones. Los hombres sonreían y madre los miraba, animándolos para que siguieran comiendo más, porque ella no sabía si en los días de ayuno ha de ingerirse solamente una determinada cantidad de alimentos. Ella, a lo mejor, le dolía que no hubieran tomado nada en toda la mañana, tan larga y haciendo un trabajo duro.

Nosotros, los pequeños, reíamos ahora, y sólo las miradas de madre nos recordaban que después teníamos que ir a la procesión y a cantar con el cura o los misioneros.

Así pasábamos aquellos días rojos del calendario, los días grandes de la Semana Santa. Las gentes sabían que Dios iba a morir, y la muerte de Dios se hacía presente en los ojos agachados de las mujeres, en las palabras sombrías de los hombres, en las canciones muertas de las muchachas.

Pero el sábado repicarían las campanas. Y entonces saldrían hombres con escopetas para lanzar salvas, y las mujeres reirían como si acabasen de ver al hijo que torna de la guerra: reirían con ojos brillantes, con ojos donde, por la ingenua felicidad, también suele asomar el llanto.

Después...

Las cosas no serían así ya. Vendría el tiempo oscuro, y nosotros no podríamos sino recordar, encerrados, los días viejos, los días grandes de otro tiempo, cuando esos días, al caminar de la vida, volvieron de nuevo al calendario, con otros ecos ya sin aquellas pequeñas y limpias cosas que los años, con una guerra por medio, desfiguraban para siempre.

## LAS GAFAS SIN CRISTAL

# LA PROSA

*más allá de las portadas —*

## COMPLICACIONES, CONTRADICCIONES

No teniendo a mano la edición de 1938, se ignora qué pueda ser lo que César Tiempo ha aumentado y corregido en la edición presente. Pero hay un soneto que, de seguro y si el título no se equivoca (ojalá no se equivoque), no pudo estar en la impresión anterior. Luego volveré sobre él.

CÉSAR TIEMPO: *Sabadomingo*. Cedral, Buenos Aires, 1966. 71 págs. Ø10,5 x 18Ø.

Nuestros lectores conocen mucho la prosa de César Tiempo, que a cada paso escribe en estas páginas. Les habrá llamado la atención la vivacidad irónica y escéptica de su estilo mental, siempre al cabo de la calle y al principio; mirando desde las ventanas César Tiempo a César Tiempo que dobla las esquinas; prosa de 100.000 espejos, de 700.000 rebrillos, cimbel de siete brazos. La oscuridad fulgurante de estas palabras que acabo de escribir no es nada en comparación con las cartas de César Tiempo. Creador de vocablos implacable, incontentable, de su correspondencia particular podría formarse todo un diccionario de términos que él ha inventado y que sólo él conoce. Corresponderle es agotarse. Nuestro epistolario podría constituir una edición en bibliófilo donde quedarían registradas las fintas de uno de los más estupendos jugadores, prestidigitadores, funámbulos, trapeceistas, hechiceros, músicos, payasos, equilibristas y eruditos que hacen con la lengua castellana lo que quieren. Ningún Di Stéfano ha llevado el balón, ningún Cassius Clay los guantes de boxeo, ningún Casanova las mujeres, ningún Mesmer el ámbar, con tanta desventoladura como César Tiempo lleva y trae las raíces idiomáticas.

Por supuesto, el título del librito que tenemos a la vista es tan invención suya como el nombre del autor. Se llama él, en realidad (a saber si las realidades son los nombres o los seudónimos) Israel Zeitlin; nació (parece ser que nació) en Ekaterinoslav, Ucrania, el día (quizá aquel día) 3 de marzo de 1906; lo conozco (o así lo creo) de haber estado un cuarto de hora en este despacho del director de LA ESTAFETA.

*Sabadomingo* es una colección de poemas judíos, como su nombre indica. Un fin de semana que, al fundirse, se dilata hacia el viernes y el lunes, a más acá y más allá.

*La vida viva, viva, viva  
sin unidad y sin distingo,  
todos arriba, arriba, arriba  
Dios, viernes, sábado y domingo.*

El principio de contradicción es uno de los más flagrantes sofismas que conocemos. Me permito afirmar que cada cosa es verdad, siempre que también lo sea su contraria. Si no, no. El silogismo cartesiano perfecto—*cogito, ergo sum*—adolece tan sólo de que le apremisa, la consecuencia y el nexos son gratuitos y arbitrario. Otro aforismo venerable, *natura non facit saltum*, puede admitirse con tal de tener en cuenta (invento y reivindicó, como marca registrada, lo que digo) que verdaderamente la naturaleza hace lo contrario: *Natura non facit nisi saltum*. Y así sucesivamente. Así ininterrumpidamente. Así contrariamente.

(Quizá con estas negativas afirmaciones estoy defendiéndome de que César-Israel me llama *episójico* en la dedicatoria de su libelo poético. *Sofía* es hembra que nunca se nos entrega, porque pertenece a Dios. Cuanto más enamorados y fieles a ella—*filósofos*—más resultamos ser acariciadores superficiales—*episofos*—del cutis de la hembra divina.)

Pues, como iba diciendo, o como no iba diciendo, los versos de *Sabadomingo* son tremendamente racistas, y por sus renglones canta y gime el hebraísmo del autor. Mucho amor y mucho odio fluyen indiferentemente en los poemas. Mucha biblia ren-

VISTO  
EN  
LIBRERIAS

NARRACION

GIOVANNI PAPINI

bufonadas



Giovanni Papini  
BUFONADAS  
DIMA • BARCELONA, 1967  
186 PÁGS. Ø18,5 x 22Ø. 230 PTAS.

Carmen Nonell  
LA PERRONA  
EDITORIA NACIONAL  
MADRID, 1967  
151 PÁGS. Ø14 x 21,5Ø. 150 PTAS.

Rubén Darío  
POESIAS COMPLETAS  
AGUILAR • MADRID, 1967  
1.310 PÁGS. Ø13 x 18,5Ø. 450 PTAS.

Louis Bromfield  
OBRAS COMPLETAS (IV)  
AGUILAR • MADRID, 1967

corosa y mucho modernismo inocente. Mucho Jeremías, mucho Rubén Darío y algo de Carlos Gardel.

El que suscribe, César Tiempo le asesta expresamente un poema, con el pecado imperdonable del vulgarismo «español universal». Aparte lo manido y corrompido de la expresión, nadie que es de ser universal. César lo es, pero el lastre racial debería evitarlo. Los hebreos son creadores del racismo y del antirracismo, que es otro racismo. Si me entusiasma que un hebreo nacido en Ucrania escriba un español tan castizo, no es por casticismo. Es por admirarme y amar la universalidad de captación, de generalización, de cruce y mestizaje de los españoles, mezcla feliz de tantas razas, potencia verdadera que contra nadie va, pues va para arriba, según los cuatro versos que antes copié.

Y ahora copio el soneto que mencionaba al principio. Es, para mí lo más hermoso, precisamente porque supera la raza, las naciones, el planeta. Última que no pase de la luna, pero todo se andará.

Mi amigo Israel-César se lo dice a su hijo Víctor César, que en el año 2000 tendrá sesenta años. O sea, que ha nacido después de la primera edición de *Sabado Domingo*. Prestad atención.

Tú verás, trasponiendo el siglo veinte,  
mares de pie lloviendo sus espauas.  
Y a las montañas ciclotronizadas  
rodar de continente en continente.

En su vértigo de oro transparente  
cruzar trenes las calles empedradas  
del cielo y a sus trépidas majadas  
huir a la tierra desaladamente.

Tú verás los ejércitos de aviones  
bombardear desde el aire sus canciones,  
a mansalva, de radio y de paladio.

Tuya será la luna, la de enfrente,  
la que quise alcanzar inútilmente  
y en la que tú entrarás como a un estadio.

## CELEMINES DE LA VIDA

Un *Celemín de Vida* es una colección que se muestra desde su número 1 muy promisorio, ya que Miguel Gila la encabeza con su libro *La Jaleo, el Bizco y los Demás*, que trae por epílogo una veintena de ilustraciones dibujísticas del mismo autor, y por cabecera una foto del mismo Gila, honestamente vestido, pero con los pies desnudos encima de la máquina de escribir.

MIGUEL GILA: *La Jaleo, el Bizco y los Demás*. Ed. Dima. Barcelona, 1966. 129 páginas. Ø18,5x22Ø. 140 ptas.

Este mundo nuestro en el tiempo y ajeno en el espacio está necesitado de naturalidad, de humor, de humores circulantes, de buen humor. Llamo la atención de los lectores hacia el libro de Gila, porque es una muestra de humanidad con todas sus consecuencias. La humanidad no consiste solamente en escribir «puñetas» o «coño», palabras que tantas veces se pronuncian en el vivir cotidiano; consiste también, y por encima, en sentir la presencia de Dios. Si el retrete donde cagamos nos fuera más próximo que la divina providencia, aviados estaríamos: seríamos gallinas.



Más de una vez, cuando me empleo en la crítica de libros, pienso que lo mejor es dar un fragmento del libro, para que el lector mire sin trampantojos de qué se trata. Elegir un párrafo de un libro, para dar idea de él, es mucho más difícil que manifestar opiniones solemnes.

Solemnemente digo que el libro de Gila es, en el buen sentido de la palabra, humano. Y, acabando aquí la solemnidad, mando copiar unos párrafos en que Gila se acuerda de su abuelo y un par de caricaturas en que Gila retrata nuestro mundo:

«Antonio Gila.—Mi abuelo se llamaba Antonio y era carpintero. Mi abuelo trabajaba por cuenta propia. Tenía su taller instalado en la cocina; junto al puchero del cocido estaba el bote de la cola. A mi abuelo le importaban un rábano las leyes laborales y me hacía trabajar con él después que yo salía del colegio. Tenía sus clientes fijos: don Antonio, un abogado que vivía por el paseo de Recoletos; don Alfredo, que vivía en la calle de Barceló, y otros que vivían por otros sitios. Los sillones que rompían las visitas de don Alfredo entraban en mi casa con los muelles asomando. Mi abuelo les metía los muelles dentro y los cosía: algo así como hacían con los caballos de los picadores en las plazas de toros. Luego los tapizaba con telas de

colores tristes y los remataba con una greca dorada llena de pelotitas colgando. Las visitas de don Alfredo volvían a sentarse, hasta que los muelles de los sillones volvían a salirse. Cuando mi abuelo me colocaba un sillón encima de la cabeza para que se lo llevara a don Alfredo, me advertía que no me sentara encima del sillón durante el trayecto. A los veinte minutos de andar con el sillón encima de la cabeza, se me empezaba a poner cara de chino. Descansaba un rato sentado en el bordillo de la acera y cuando el pescuezo recobraba su longitud normal, me ponía de nuevo el sillón sobre la cabeza, ayudado por un transeúnte caritativo, y llegaba a casa de don Alfredo donde su señora me daba una peseta y otro sillón con los muelles asomando a falta de algunas pelotillas que había arrancado el gato. Mi abuelo me mandaba al almacén de maderas a por tableros y a llevar sillas con un carrito, y a por cola, y a por clavos. Mi abuelo me hacía bastante la puñeta; pero yo le quería mucho, porque mi abuelo era muy bueno, porque me quería mucho, y porque quería a mi abuela a quien yo quería con locura.»

## POESIA Y MERLUZA

Las dos reseñas anteriores han terminado copiando sendos fragmentos de los libros en cuestión. Hace unos párrafos he explicado el motivo de esto que pudiéramos llamar táctica crítica: dar un retal de muestra de un libro, como los tenderos dan un cachitín de tela a la presunta compradora para que elija más despacio el género, puede ser críticamente más honrado que emplear muchas palabras en proclamar más o menos ingeniosamente las calidades de la pieza.

MANUEL BLANCO TOBIO: *Rapsodia americana*. Ed. Planeta. Barcelona, 1967; 292 págs. Ø13x19Ø, 140 ptas.

Así me sucede, de una manera más marcada todavía, con la *Rapsodia americana*, de Manuel Blanco Tobio, Manuel Blanco está imprimiendo ahora, reunidas en libro, muchas crónicas que escribía durante su fecunda estancia en los USA. Parte de estos escritos se publicaron ejerciendo él de corresponsal de prensa; parte estaban inéditos. Manuel Blanco es, en gran parte, amigo de los yanquis. Allí se han criado sus hijos. En otra gran parte, Blanco Tobio conoce y reconoce las deficiencias e insuficiencias de aquel inmenso pueblo. No se deja arrebatar por simpatías ni antipatías. Es paisano de Francisco Franco, de Manuel Fraga y de otros muchos que sería prolijo enumerar, como suele decirse. Con inteligentísimos ojos de gallego, aparentemente apagados algunas veces (porque las viejas razas nobles son escépticas aunque den chispas), contempla las dichas y desdichas, las contradicciones de nuestro tiempo.

Tengo para mí que el mundo nunca ha sido tan contradictorio, encontrado e irregular como hoy mismo. *Rapsodia*, que significa hilván, cosido o zurcido de canciones, es un título muy profundo para este libro. ¿Cuánto de admiración y cuánto de desprecio sentimos por los yanquis? ¿Cuánto reproche, cuánto consejo, cuánta estupefacción, cuánta expectación!

En fin, mucho tendría que decir y no digo nada. Ofrezco a los lectores un brillante retal de la *Rapsodia*, donde se trata de escritores con su escribanía a cuestas:

Agáñina Christie  
OBRAS ESCOGIDAS (VIII)  
AGUILAR • MADRID, 1967  
1.262 PÁGS. Ø12x18Ø. 250 PTAS.

M. R. Miranda

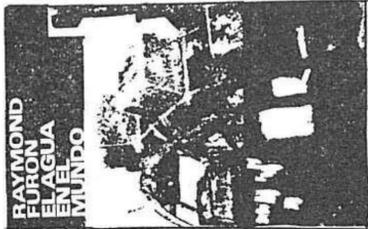
SIGUIENDO LA BIBLIA  
AGUILAR • MADRID, 1967  
68 PÁGS. Ø18x23Ø. 250 PTAS.



Victor Ruiz Iriarte

LA PEQUEÑA COMEDIA  
ESCELICER • MADRID, 1967  
445 PÁGS. Ø11,5x18,5Ø. 90 PTAS.

ENSAYO



Raymond Furon  
EL AGUA EN EL MUNDO  
A. EDITORIAL  
MADRID, 1967  
255 PÁGS. Ø11x18Ø. 50 PTAS.

Joseph Sztetics  
TIEMPO Y VERBO  
EN EL ROMANCERO  
VIEJO  
GREDOS • MADRID, 1967  
208 PÁGS. Ø14x20Ø. 100 PTAS.

Henry Ey  
LA CONCIENCIA  
GREDOS • MADRID, 1967  
334 PÁGS. Ø16,5x25Ø. 300 PTAS.

## PROCLAMACION DE LA POESIA

Por decisión del gobernador Rockefeller, el 15 de octubre de 1959 fue proclamado «Día de la Poesía». A los neoyorquinos, eso les pareció tan extraño como si hubiese proclamado el «Día de la merluza a la vinagreta», pues si bien es cierto que Nueva York no tiene a gala, como Texas, no haber producido jamás en su historia un solo poeta, tampoco puede decirse de él que tiene en particular estima a la poesía.

Con ocasión del «Día de la Poesía», los vates del Parnasio de Greenwich Village se cepillaron las barbas y organizaron recitales en los lugares donde suelen reunirse, y de los que la policía suele echarlos por violar las leyes contra incendios. Como uno se ha pasado la vida venciendo una peligrosa inclinación hacia la bohemia (alguien me ha definido como un «bohémio muy bien organizado»), allá me fui al Village a escuchar poesía.

Fué una experiencia más bien decepcionante, ya que lo que oí recitar era tan de vanguardia, que mi inglés corría detrás de los versos con la lengua fuera. «Se me escapan muchas cosas», le dije a un amigo mío que me acompañaba. Y él, que es americano, y bastante enterado en la materia, me contestó: «No te preocupes demasiado. Yo tampoco entiendo gran cosa».

Hagamos aquí un inciso para comunicarle algo importante a nuestros lectores: cada vez que sientan ustedes la tentación de leer a un poeta inglés traducido, pasen; con toda probabilidad, lo que lean ustedes no tendrá nada que ver con el poeta en cuestión. Y no hablemos ya del teatro de Shakespeare. ¡Qué cosas ha oído usted, querido lector, cuando ha ido a un teatro a una representación de Hamlet, o El mercader de Venecia, en castellano! Lo único que ha llegado a usted de Shakespeare es el argumento. El resto, es mixtificación. Sin duda el traductor ha hecho todo lo que ha podido, salvo, quizá, decirle a usted que la poesía es intraducible, y, como en el soneto, «quien diga lo contrario, miente». En la prosa, la palabra es sólo un vehículo de comunicación, algo así como una tubería por la que circula el pensamiento del escritor. Pero en la poesía, la palabra no es un vehículo: es la poesía misma; al quitar usted la palabra, quita la poesía, y al poner usted otra palabra en su lugar, en otro idioma, pone usted otra poesía, la suya, si la tiene, pero nunca la del poeta que pretende traducir.

Volviendo al Village, el recitado del «Día de la Poesía», me llamó la atención una chica a quien por aquel barrio le llaman «Safo-maniac». Decía cosas interesantes, como ésta (traducción de la idea):

Siempre me veo a mí misma en la acera de enfrente.  
Quisiera cruzar la calle para encontrarme a mí  
[misma,  
y decirme: ¡Hola, cómo estas!  
Pero nunca podré cruzar esa calle,  
porque siempre está encendida la luz roja de «¡Pe-  
[ligro!»

Nueva York siempre ha fascinado a los poetas, desde nuestro Lorca a Dylan Thomas, que tiene una placa en la fachada del hotel donde vivió y murió, alcoholizado, pero los poetas nunca han fascinado a Nueva York, donde los hay a millares. Se editan en esta ciudad algunos cuadernos de poesía, que suelen tener una vida lánguida, y revistas de cierto prestigio literario, como Partisan Review, Sewance Review y Kenyon Review, y en torno a ellas giran grupos y capillas, con sus santones, budas y abominaciones, como pasa siempre.

En el Greenwich Village han vivido muchos de los grandes escritores y poetas ingleses y americanos, pero no hay nada que recuerde su tránsito por allí. Hay en innumerables ciudades y pueblos americanos casas con una placa que dice «Washington durmió aquí», pero donde han dormido, o muerto, o vivido los grandes de la literatura americana es cosa que no parece interesar a nadie. Buscaréis inútilmente por el Village recuerdos de Edgar Allan Poe; pero en una de esas casas de la Calle 3.<sup>a</sup>, Oeste,

vivió y escribió Poe La caída de la casa de Usher y Las campanas. Y un poco más arriba, en el 49 de la Calle 9.<sup>a</sup>, Este, O. Henry escribió algunos de sus mejores cuentos; y en Bleecker Street lo hizo James Fenimore Cooper, y una casa que hace tiempo derribaron, y que solían llamar «La Casa de los Genios», albergó por un tiempo a hombres como Teodoro Dreiser y Frank Norris, sin hablar de Henry James, que nació en el Village, y de Mark Twain, Washington Irving y John Masefield, quienes en su tiempo vivieron y escribieron por allí.

La mayoría de los países han sido ingratos con sus escritores, en vida y póstumamente, aunque des-

pués, a la hora de afirmar la identidad nacional, se eche mano de media docena de nombres, entre los que casi siempre hay algún escritor, y América no ha sido una excepción en esto. Un notable escritor de la protesta negra, James Baldwin, expresó así, con elocuencia, ese sentimiento de desamparo: «Todo escritor, supongo, siente que el mundo en que ha nacido no es otra cosa que una conspiración contra el cultivo de su talento, actitud que ciertamente se puede apoyar en muchas pruebas. Por otro lado, sólo porque el mundo contempla su talento con tan estremecedora indiferencia, el artista es obligado a hacer importante su talento.»



## MEDIOS DE INFORMACION



GABRIEL ELORRIAGA: *Puntos de vista*. Editora Nacional, 1966. 186 págs., Ø14 x 21,5Ø, 150 pesetas.

Se ha hablado mucho del lenguaje televisivo y de su diferencia con las formas y modos normales en la prosa para ser editada en libro o en revista. La televisión, un medio de expresión completamente *sui generis*, exige, desde luego, un especial tratamiento. La colección «Prosistas españoles», de Editora Nacional, publica ahora un conjunto de trabajos de Gabriel Elorriaga bajo el título de *Puntos de vista*, y que el autor dió a conocer en su día a través de la pequeña pantalla dentro del espacio que llevó igual título. Este libro tiene el aspecto original, de entre los que forman la colección en que aparece, de ser textos pensados y escritos para su difusión oral. La obra tiene las características de la prosa destinada a apoyarse en la presencia personal del autor y la intimidad necesaria para que resulten sugeridoras las ideas y los temas a la hora de llegar a los hogares españoles. Esa intimidad y ese atractivo necesarios para quien habla desde la pantalla no aparezca como un intruso en medio de la vida familiar.

El estilo de Elorriaga ha sufrido una

trascendental evolución desde sus primeros libros. Desde *Mañana está en nosotros* y *La vocación política*, por ejemplo. *Puntos de vista* está más cerca de su última obra *Información y política*, de la que se ocupó en su momento LA ESTAFETA. Para un escritor político como es Elorriaga estar al día no es sólo una exigencia de lo que pudiera llamarse «moda» literaria. Es mucho más: una necesidad vocacional, vital. Y en *Puntos de vista* nos da la media exacta de su firme vocación de hombre público. Se enfrenta con los problemas, los estudia y propone soluciones. No se queda en las ramas, sino que va a la raíz.

La prosa de Gabriel Elorriaga se ha ido haciendo periodística. Su estilo es ágil, va en busca del fondo, pero sin prescindir de una elegancia en la forma que eleva el libro a la categoría de verdadera obra literaria. Elorriaga no olvida nunca que es escritor, y quizá sea ésta la mejor explicación que pudiera darse a su preocupación literaria en sus libros políticos.

Ya hemos dicho que *Puntos de vista* es un conjunto de trabajos —más de una treintena— sobre temas y problemas políticos, económicos o sociales. Sin embargo, forma en sí una auténtica unidad en lo diverso dentro de su amplitud temática. El lector no se halla ante un libro de ensayos, sino ante una especie de gran reportaje sobre temas vivos, interesantes, y que han guardado una indudable actualidad merced a su importancia en el momento en que se produjeron como noticia.

Elorriaga divide el libro en varias partes, atendiendo a los temas. Así: «Temas políticos», «Problemas sociales», «Estabilidad y desarrollo», «Días de España» y «Mirada al mundo». Los diferentes comentarios nos presentan toda una panorámica del pensamiento del autor. Los más interesantes, a nuestro juicio, quizá sean: «La región en el mundo contemporáneo», «Las huelgas», «Universidad y sociedad», «El Concilio desde un pueblo», «Atención a los provocadores» y «Gibraltar y sus gentes».

## VARIOS

EXISTENCIA.  
NUEVA DIMENSION  
EN PSIQUIATRIA  
GREGOS • MADRID, 1967  
524 PÁGS. Ø16,5 x 25Ø. 400 PTAS.

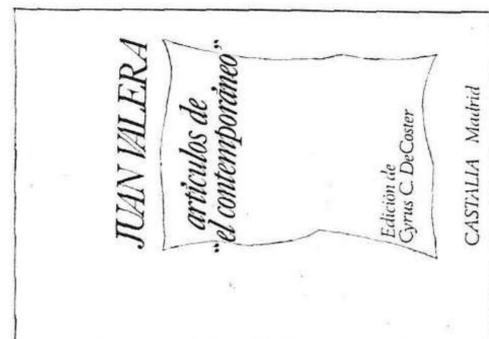
Eduardo Comín Colomer  
HISTORIA  
DEL PARTIDO COMUNISTA  
DE ESPAÑA (I)  
EDITORIA NACIONAL  
MADRID, 1967  
765 PÁGS. Ø17 x 24,5Ø. 350 PTAS.

Eduardo Comín Colomer  
HISTORIA  
DEL PARTIDO COMUNISTA  
DE ESPAÑA (II)  
EDITORIA NACIONAL  
MADRID, 1967  
765 PÁGS. Ø17 x 24,5Ø. 350 PTAS.

Tomás Alvarez Angulo  
LA CIVILIZACION  
Y LA GUERRA  
AGUILAR • MADRID, 1967  
492 PÁGS. Ø15 x 22Ø. 350 PTAS.

Esteban Martínez Marcos  
LAS CAUSAS  
MATRIMONIALES  
EN LAS PARTIDAS  
DE ALFONSO EL SABIO  
CSIC • MADRID, 1967  
200 PÁGS. Ø17 x 24Ø. 130 PTAS.

López Calera  
JOAQUIN COSTA,  
EL FILOSOFO  
DEL DERECHO  
CSIC • MADRID, 1967  
224 PÁGS. Ø17 x 24Ø. 170 PTAS.



Juan Valera  
ARTICULOS DE  
«EL CONTEMPORANEO»  
CASTALIA • MADRID, 1967

El pensamiento de Elorriaga, renovador, atento siempre a un hoy imprescindible, se nos presenta como una lección de cara al futuro español. Elorriaga exige al político un compromiso y duda del añejo valor de las palabras, de las fáciles retóricas. El político para él debe tener siempre la confianza de la comunidad, en un tiempo en que la decisión y la certidumbre son imprescindibles.

En el nuevo horizonte de la vida española los *Puntos de vista* de Gabriel Elorriaga tienen una fecundidad cierta. Sobre cada tema se exponen las ideas concretas, dando un volumen y una amplitud al pensamiento pleno de rigor, que muchas veces, de manera sencilla, ágil como su prosa, lleva dentro toda la trascendencia de una lección.

El libro de Elorriaga nos da un panorama de la problemática económica, social y política de España dentro del mundo de hoy, que sin ser completa, porque el empeño resultaría irrealizable, sí es lo suficientemente amplia y sugerente como para constituir una obra importante y, sobre todo, de enorme interés cara al futuro.

JUAN VAN-HALEN

DOMENICO DE GREGORIO: *Metodología del periodismo*. Ediciones Rialp. Madrid, 1966; 126 páginas, Ø24 x 16Ø.

El profesor italiano Domenico de Gregorio ha completado, con gran claridad y profundo conocimiento del tema, un estudio de los fenómenos vinculados a la práctica del periodismo dentro del esquema más vasto de la utilización en nuestros días de los modernos medios de información y comunicación de masas. Como lo advierte el director del Centro Nacional de estos estudios en Italia, Francisco Fattorello, la obra que escribió De Gregorio responde a una interpretación sociológica de tales fenómenos con los aportes de las investigaciones realizadas en otros países europeos y en los Estados Unidos.

Después de precisar la estructura de la información, presenta un análisis del informador, precisando los puntos relativos a la preparación, responsabilidad y libertad del periodista, así como a la naturaleza jurídica del ejercicio de esta profesión.

Otro capítulo está dedicado a los medios de difusión de las noticias y comprende la definición, alcances y estructura de las publicaciones entendidas como los vehículos que el informador utiliza para cumplir su cometido. La noticia, como materia esencial del proceso informativo, y las ideas que las publicaciones transmiten, son expuestas junto con una investigación rigurosa y fácilmente accesible de los lectores y su receptividad ante los diversos textos que se les ofrecen.

Por último, presenta el problema de la libertad de prensa a través de la historia y en su realidad contemporánea, distinguiendo las dos vertientes que ofrece, una jurídica, garantizada por ley, de acuerdo al ordenamiento propio de cada país, y otra económica. Las conclusiones del profesor De Gregorio no son optimistas cuando afirma

que al zafarse la prensa de las presiones económicas «volverá a ser víctima de la política. Entonces se abrirá un nuevo ciclo y estaremos en el caso del perro que intenta moderarse la cola».

Este libro prestará invaluables servicios a los estudiantes de periodismo y a todos aquellos que sienten preocupación por los temas relativos al periodismo de nuestro tiempo.

R. CH. PORPETTA

CORNELIUS RYAN: *La última batalla*. Ediciones Destino. Barcelona, 1966; 462 págs., Ø25 x 17,5Ø, 425 ptas.

Cornelius Ryan está especializado en el tema de la segunda guerra mundial. Ya nos dió una primera versión de ella en *El día más largo*, obra llevada al cine con discutida suerte. Vuelve ahora sobre él con este libro minuciosamente escrito, abundante profusión de datos y un estimable vigor narrativo. La clásica forma periodística norteamericana de recoger exhaustivamente datos y colorearlos con más o menos intensidad dramática, amén de su estilo directo y sencillo, tiene en él un buen exponente.

La última batalla nos cuenta las tres últimas semanas transcurridas en

Berlín hasta su toma definitiva por los entonces ejércitos aliados. Tres semanas de dolor y desesperación que con la retirada del ejército norteamericano, renunciando a conquistarla, habrían de suponer uno de los más desastrosos lances de la política occidental. Lance que todavía estamos viendo con agudo dramatismo.

El libro tiene relevante importancia histórica porque por primera vez salen a la luz nuevos datos y materiales que obligarán sin duda a reconsiderar algunos aspectos de la guerra. Ryan ha descubierto nuevos elementos en juicio en estos últimos días de la contienda, tanto con respecto a los dirigentes militares y diplomáticos como en la vida, más gris pero igualmente definitoria, del hombre medio. De primera mano ha recogido la versión de cientos de participantes. Así, ha conseguido fotografiar un trozo de historia, bien que significativa, singularmente animada.

El libro, dentro de la abundante bibliografía que ha encarado el asunto, es muy importante. Y ello pese a que ya empezamos a cansarnos un poco de la machacona insistencia con que se viene abordando una y otra vez el asunto. Quizá es que esta guerra mundial no fué tan anecdótica como algunos suponen. Por lo pronto, todavía estamos viviendo sus consecuencias.

FERNANDO PONCE

## ACCION NOVELADA

DIEGO DE TORRES VILLARROEL: *Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la Corte*. Prólogo de Russell P. Sebold. Colección «Clásicos Castellanos». Editorial Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1966. XCVIII+272 págs. Ø13 x 19,5Ø. 60 ptas.

Diego de Torres Villarroel (1694-1770), ensamblador dieciochesco de la prosa y la lírica del siglo XVII, al que se sentía ligado; admirador apasionado de Quevedo y personalidad multiforme e interesante de nuestras letras, no había tenido, hasta ahora, excesivas oportunidades de ser conocido. A excepción de su *Vida...*, editada por Federico de Onís en esta misma colección sus otras obras debían ser leídas o consultadas en ediciones raras de difícil consecución.

La Editorial Espasa-Calpe se ha apuntado, pues, un nuevo éxito al editar estas *Visiones...* con una introducción erudita y valiosa del profesor americano Russell P. Sebold. Por cierto, que no estará de más recordar aquí el hecho de que, desde hace tiempo, las ediciones de esta colección están monopolizadas por profesores extranjeros. Al parecer, se debe a razones comerciales, ya que esto aumenta el volumen de venta de estos libros en Norteamérica, en la que ya, anteriormente, se mercaban más que en España. Pero no es este lugar apropiado para esta clase de comentarios.

Las *Visiones...* de Torres, que constituyen un remozamiento de los Sueños de Quevedo, ofrecen, como éstos, una crítica satírico-costumbrista de tipos e instituciones de la época, sal-

vándose, excepcionalmente, de ésta el Seminario de Nobles de la Compañía de Jesús, fundado por Felipe V, y al que dedica amplios elogios, como también a los jesuitas y sus enseñanzas. A mi juicio, el interés primordial de la obra, más que en la misma sátira costumbrista, se centra en los prólogos o introducciones que preceden a cada una de las tres partes, y en los cuales arremete con un dejo fuerte de ironía contra sus lectores, a los que moteja de necios e ignorantes, y se defiende de las críticas a sus libros con su caracterizante valía polémica.

Especial atención merece la «Introducción» de Sebold, dividida en cinco capítulos, al que se añade otro con la indicación y descripción de las ediciones consultadas para su trabajo.

Estudia en el primer capítulo las angustias de Torres—uno de los espíritus más humanos y quizá, por esto mismo, más atormentados que hay entre los escritores católicos de España—, a través de los datos autobiográficos contenidos en sus obras, que sitúa en el punto justo, por un análisis del Torres mundano y el Torres asceta. Ese «conflicto entre la vitalidad y la ascesis» de Torres no es para mí, en todo caso, un conflicto especial de nuestro personaje—Sebold no llega más allá—, sino que se encuentra dentro de una secular veta de lucha entre ascetismo y vitalismo, encarnada en nuestra literatura desde el siglo XIV, y cuyo primer representante fué Juan Ruiz. Hubiera ofrecido, pues, singular interés bucear un poco en los antecedentes e influencias de esta pugna ascético-vital en el escritor del siglo XVIII.

Los capítulos II y IV—«El hibridismo estilístico de la autobiografía de Torres» y «La forma pseudomística de las *Visiones*»—presentan un punto en común. Para el profesor americano existe en las obras de Torres una influencia clara de nuestros místicos, que pretende explicar por las analogías entre los textos de nuestro autor y otros de San Juan de la Cruz, Santa Teresa, etc. Sin negar esta analogía, no podemos admitir que la misma se deba a una imitación de nuestros místicos por el piscador de Salamanca. Teniendo en cuenta la objeción expuesta anteriormente, pensamos que la explicación de estas relaciones se halla en la identidad de la problemática y fuentes de unos y otros, y a esto hay que ir.

Severo—y creo que justo—es el juicio que merecen a Sebold los comentarios panegíricos de los conocimientos científicos de Torres en su tercer capítulo, «Atraso de sus ideas científicas y casticismo de su estilo literario». Mediante la exposición y glosa de textos del autor de *El ermitaño y Torres*, muestra el atraso científico de quien en 1752—segunda mitad del Siglo de la Ilustración—se quejaba de la falta de *Almagesto*, de Ptolomeo, en la biblioteca de la Universidad de Salamanca, mientras criticaba las obras de Copérnico y hablaba de las teorías de Newton como de «novedad tan espantosa y grande» que «pasará con miserable crédito muchos siglos». Opone esta visión al rigor científico de Feijoo, que aceptaba las teorías anatómicas de Vesalius y W. Harvey, mientras Torres rechazaba las posteriores a Hipócrates y Galeno, no habiendo tampoco en sus obras huellas de conocer las ideas de Hobbes y Locke o de otros posteriores a Bacon, y no encontrándose libre de supersticiones religiosas, que Vives o Francisco Sánchez habían empezado a combatir hacia tiempo. Pero Torres se salva, literariamente, porque es un escritor castizo y defensor del idioma, que conoce—y se precia de ello—la lengua, la teoría retórica y la poética, y que tiende a emular a los escritores del siglo anterior.

En su capítulo V—«La visión del pecado a lo Hieronymus Bosch»—analiza la descripción de los personajes torresianos, que se apartan de Quevedo en una pintura más detallada, «empleando como símbolos morales no los nombres de sus personajes, sino los cuerpos de éstos». Esta plasticidad de técnica expresionista, por la inversión de contrastes, le lleva a la delineación de sus figuras con rasgos animalísticos calcados de la técnica de El Bosco, cuyos cuadros conoció, seguramente, en sus estancias en El Escorial.

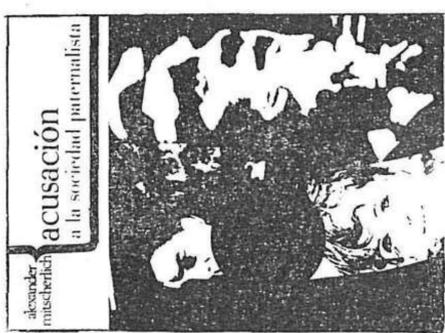
Russell P. Sebold ha escrito el mejor trabajo que conozco sobre Torres Villarroel. A pesar de la brevedad obligada de una «Introducción», por extensa que sea, Sebold ha calado en la figura y en la obra del catedrático salmantino, testimoniando una vez más su conocimiento del siglo XVIII español. Sería de agradecer que el mismo Sebold, que tiene excelente base para ello, dedicara un estudio más extenso a este escritor de tan variados matices. Mientras tanto, el prólogo a las *Visiones...* es una magnífica introducción.

NICASIO SALVADOR MIGUEL

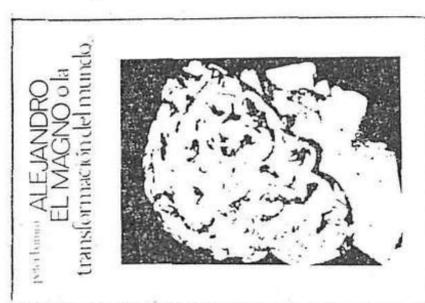
González Echegaray

EXCAVACIONES EN LA TERRAZA DE EL KHIAM CSIC • MADRID, 1967 228 PÁGS. Ø22 x 23,5Ø. 550 PTAS.

Michael Grant EL NACIMIENTO DE LA CIVILIZACION OCCIDENTAL LABOR • BARCELONA, 1967 362 PÁGS. Ø25,5 x 24,5Ø 1.600 PTAS.



Alexander Mitscherlich ACUSACION A LA SOCIEDAD PATERNALISTA SAGITARIO BARCELONA, 1966 364 PÁGS. Ø15,5 x 21Ø. 200 PTAS.

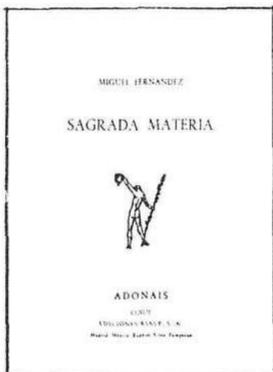


Peter Bamm ALEJANDRO EL MAGNO O LA TRANSFORMACION DEL MUNDO SAGITARIO BARCELONA, 1966 277 PÁGS. Ø14,5 x 20Ø. 200 PTAS.

Scientific American LA CIUDAD A. EDITORIAL MADRID, 1967 286 PÁGS. Ø11 x 18Ø. 50 PTAS.

## LOS VERSOS

LUIS JIMENEZ MARTOS



MIGUEL FERNÁNDEZ: *Sagrada materia*. Ediciones Rialp, S. A. Madrid, 1967. 72 págs. Ø12,5 x 18Ø. 50 ptas.

El premio «Adonais» de cada año da luz verde a un libro, a un poeta, y garantiza su calidad. Así viene ocurriendo desde hace dos décadas. Un «Adonais» viene a ser como una cota de la poesía joven mirada por muchos con la medida óptica correspondiente; quiero decir, aunque no haría falta aclararlo, a escala de aumento o al revés. Al sevillano Joaquín Caro Romero, que obtuvo este delfinado poético en 1965, le sucede el melillense Miguel Fernández. Cada uno es cada uno, y pese a cierta leyenda, se confirma de nuevo que no existe en este concurso un patrón premiable, como existe en otros que no tienen leyenda.

Miguel Fernández nació en 1931; en 1958 dió a conocer su hasta ahora única obra: *Credo de libertad*. Se trata, pues, de un poeta poco dado a

sumar títulos a su bibliografía, aunque su profesión de empleado de banca pudiera ser un incentivo a tal género de operación, que en sí ni es mejor ni peor que otras. Pero resulta raro a estas alturas precipitadoras el gusto por lo poco y bueno; raro y decididamente positivo.

*Sagrada materia* es aquí lo mismo que sagrada existencia, con lo que, de entrada, se nos funde lo que, aunque absurdamente, nos suelen presentar por separado en más bien facilona dicotomía. Si damos a la vida—y se la damos—una explicación trascendente, todo cuanto vive participa de esa sacralidad en distinta gradación. Y la primera y más inmediata gradación es nuestro vivir. Cuando Miguel Fernández se dispone a poner en movimiento poéticamente el suyo propio, lo primero que le incita es la memoria más lejana, una memoria de niño en guerra, una sorpresa en la que se unifica toda una generación, la que hubo de acostumbrarse muy pronto a unir a sus vivencias personales las colectivas de la historia. Miguel Fernández, al contrario que otros poetas, no trata de asumir nada que se halle ajeno a lo personal e íntimo; no pretende historicizarse o así. Se distancia un poco, lo mínimo, y dice, por ejemplo: *Miguel, sombra mía, ya sabes que te escribo / desde mayo de 1931*. Y, atenido a una cierta continuidad temporal, sigue escribiéndose desde el trabajo cotidiano, desde la casa, el paisaje, el cante, la música para las horas plenas, Dios, lo cristiano entendido desde el hoy mismo, etc.

Aludo, por el mismo orden que se halla en el libro, a un entramado de temas, pero lo más importante es la

perspectiva desde la que se desarrollan. Yo veo así la de Miguel Fernández: siendo íntima, muchísimo a veces, pasa por otros meridianos, los busca para poder completarse en ellos. *Y olvidarse a su vez de que existes / para rozarte en la piel de tus hermanos*. En el mismo poema (página 29): *y así, sagradamente, la materia por ello no es más pura / tan sólo con ser forma en las manos del hombre*. Al final del mismo: *de que jamás su vida fué lanzada al azar, / sino al as fulgurante de fundirse en las cosas*. Tres citas estas que era indispensable hacer y que indican proximidad, extensión de lo sagrado de la materia, sentido de la vida humana.

En cierto momento de nuestra poesía el existencialismo fué equiparable al desgarrar y a la concepción sartriana de la realidad. Ninguna de estas dos actitudes las encontramos aquí, o más bien diría que la novedad consiste en haberlas reconvertido, aprovechado—la segunda de ellas sobre todo—para darles otra salida: la personalista, esa que indican los poemas finales, con uno espléndido, como es «Las bienaventuranzas». Para Miguel Fernández, *el infierno no son precisamente los otros*, y lo que hay que hacer con la realidad, en vez de considerarla sotabanco de turbia atmósfera, es subirla a la azotea para que respire alta y pura.

Este respeto a la realidad, que es lo mismo el acercamiento al decir del pueblo que la exquisita escucha de Bach y Schönberg, lo mismo la plaza con viejos—otra extraordinaria muestra de poesía—que la búsqueda metafísica, tiene su exacta correspondencia en el lenguaje. Los pintores hablan

de buena o mala materia; llevando esa terminología a lo poético, bien es posible decir que el libro premio «Adonais» 1966 tiene una materia de primer orden, concienzudamente aplicada al objeto que la ha movido, densa y generalmente aproximada a la línea barroca, mas sin preciosismo, con más bien abundante adjetivación y un ritmo extensible hasta el alejandrino o recortado hasta la copla, jonda y también galaica (una muñeira). En este aspecto, si cada obra premiada en el «Adonais» es lo ideal que adquiriera valor de síntoma, *Sagrada materia* se une a ese gusto por la máxima exigencia de lenguaje manifestado en varios libros recientes de poetas jóvenes y asimismo en el de algún maduro.

Madurez es palabra que conviene a lo que, a mitad de la vida, ha escrito Miguel Fernández, rompiendo su prolongado silencio, ya se ve que nada infructífero. Que, sin precipitaciones, siga haciéndose cargo de lo que el «Adonais» obliga. Que continúe, como aquí, con el acierto redondo.



JAIME FERRÁN: *Tarde de circo*. Editora Nacional. Madrid, 1967. 98 págs. Ø17 x 24,5Ø. 90 ptas.

En la literatura sobre el circo, por fuera y por dentro, hay pocas variantes, y, sin embargo, siempre se la recibe de buen modo. Ahora es un joven poeta catalán, que vive actualmente en los Estados Unidos, quien se ha senta-

## AL CURIOSO LECTOR

RECIBIMOS EL NUM. 16 DE LA PUBLICACION EDITADA POR LA SECRETARIA General Técnica del Ministerio de Trabajo titulada REVISITA DE TRABAJO, correspondiente a 1966, en la que se conmemora el 75 aniversario de la encíclica «Rerum Novarum».

La presentación del número está redactada por el ministro de Trabajo don Jesús Romeo, de la que transcribimos el siguiente párrafo: Un abismo gozoso separa la fría actitud con que el poder y la sociedad española acogieron en su tiempo la aparición de la «Rerum Novarum» y la alertada preocupación que hoy preside las actuaciones de nuestra política social, atenta siempre a las manifestaciones sociales del Pontificado. Sigue a tan sustantivo prólogo, una serie de Estudios religioso-sociales realizados por los arzobispos de Tarragona, Madrid-Alcalá, Zaragoza, Burgos, Valencia y obispos de Córdoba, León, Bata y auxiliares de Valencia y de Sevilla, quienes tratan los siguientes temas: La Iglesia y los emigrantes; la actividad humana en el mundo; los servicios de la asistencia social; la emigración de los pequeños propietarios del campo a la ciudad; Juan XXIII, la dimensión pastoral en la doctrina social de la Iglesia; la «Rerum Novarum», punto de partida en las relaciones entre empresarios y obreros; los bienes y la ayuda de los países subdesarrollados; la encíclica «Mater et Magistra»; los problemas

socio-económicos de Africa; las semanas sociales de España, y los latifundios a la luz de la doctrina cristiana, respectivamente. La segunda parte del volumen recoge Textos clásicos y documentos de la repercusión que tuvo la encíclica «Rerum Novarum», entre los que destacan los comentarios de la prensa española tales como los de El País, La Epoca, El Correo, etc., y un ensayo histórico de Jacobo Blaumenfeld, una crónica de Emilio Castelar, un discurso de monseñor Sancho y Hervás y otros escritos de gran interés, entre los que merecen citarse el Prólogo a la edición de «Doctrina Social Católica de León XIII y Pío XI», de Alberto Martín Artajo y Máximo Cuervo, que comenta Angel Herrera Oria.

Complementa esta entrega de REVISITA DE TRABAJO una tercera parte dedicada a Estadísticas, en las que se reseñan Estudios migratorios, correspondientes al tercer trimestre de 1966, realizadas por la Oficina de Estadística del Instituto Español de Emigración, y Situación del paro registrado en las oficinas de colocación, según la Asesoría Económica del Ministerio de Trabajo.

HONDA Y PROFUNDA SENSACION HA CAUSADO EN EL MUNDO ENTERO la muerte de AZORIN, acaecida el pasado 2 de marzo. En todos los medios literarios y artísticos, la vida y la obra del gran escritor es-

pañol ha pasado a ser tema de estudio y comentario. Asimismo, la prensa mundial se hizo eco de la noticia, dándole amplios y destacados espacios, y entre las muestras llegadas a nuestra redacción, merecen citarse la crónica publicada el sábado día 4 por el Diario Las Américas, en las que recoge opiniones de Dámaso Alonso, Lora Tamayo y Aleixandre, sobre la obra del finado, e igualmente detalles de su vida y de la enfermedad que le produjo la muerte. El Tiempo, de Nueva York, en su número correspondiente al día 5, inserta una nota glosando fervorosamente la obra azoriniana, de la que transcribimos el siguiente párrafo: Las letras españolas están envueltas en amplio crespón de luto con el deceso del ilustre escritor quien encarnó la tendencia antirretórica y a quien se le debe la revalorización moderna de los clásicos castellanos. Por su parte, el The Times del día 3, también se ocupa en una extensa nota necrológica de la vida y la obra de José Martínez Ruiz, de la que entresacamos este significativo elogio: Su descripción del paisaje castellano, extremadamente sugerente en delicado tono menor, tal vez sea de lo mejor de la literatura española.

UNA REVISTA DE POESIA EN CONTINUA línea de superación es «ALDONZA», dirigida por Alberto Alvarez-Ruz, poeta andaluz de acusada sen-

sibilidad, que firma en el número 29, correspondiente a marzo, el poema Retrato incompleto, acertada semblanza lírica del maestro Aleixandre. Completan la entrega poemas de Francisco Toledano, Rafael Guillén, Manuel Pacheco, Mariano Salamanca, Jerónimo P. González-Martín, Julio Ganzo, M. Amelia Alvarez, Miguel Luesma Castán y traducciones de John Heath Stubbs. «ALDONZA»—Eras de San Isidro, 4, Alcalá de Henares—comenzará a publicar, desde su próximo número, una sección a cargo de Manuel Ríos Ruiz, dedicada a divulgar la nueva poesía de Hispanoamérica desde la patria chica de Cervantes.

FIRMADA POR LOS FLAMENCOLOGOS ANSELMO GONZALEZ CLIMENT y JOSE BLAS VEGA, la «Librería Anticuaria del Guadalhorce» malagueña ha publicado la Segunda bibliografía flamenca, volumen de gran interés para bibliófilos, folcloristas y eruditos del cante y el baile andaluz, donde se continúa la importante labor de recopilación y reseña de títulos y autores de libros, artículos, reportajes y poemas que tratan o se refieren al arte flamenco y sus intérpretes. Tanto la presentación del libro—esmerada cual toda edición cuidada por Caffarena—como el positivo trabajo de los autores, merecen ser destacados, pues trátase de una obra de consulta necesaria y práctica en su género.

do a ver el delicioso mundo en que conviven, juegan y, a veces, dramatizan hombres y animales. Lo que el poeta ha pretendido es, ni más ni menos, invitarnos a presenciar una función circense desde el principio al fin. Esto, que parece fácil, no lo es, con arreglo a la forma que Ferrán ha empleado: la de la sencilla descripción poética, en la que tanta importancia posee un efectivo añamamiento, sin jalsa ingenuidad, ni ninguna otra clase de literatura, en el mal sentido.

Sin salirse de los límites con cúpula de lona, va el poeta transmitiendo lo que mira y por el mismo orden en que lo mira. El mundo del circo pasa, con su atmósfera propia, y sólo en algunas ocasiones mezcla su cantor lo que contempla ahí y ahora, con recuerdos de otras tardes entre volatines, leones, jirafas, payasos, etc. Es ésta una poesía de puro espectador que tiene un adecuado tono de aleluya, una constante ringla de pareados de frecuente rima en agudos, como si así Ferrán hubiera querido ponerse a tono con la acostumbrada música de la carpa. Y lo consigue. Dentro de su propósito menor, todo está logrado en este delicioso libro, completado con unos buenos dibujos de Roldán.

VINCENZO JOSIA: *Poeti siviigliani di oggi*. Opere Nuove. Il Tesoretto. Roma, 1966. 160 págs. Ø12x17,5Ø. 700 liras.

Si suena poéticamente el aire del Sur es que algo está cambiando, como si suena el del Norte, por supuesto. En cosa de meses, tres antologías han sido dedicadas a los poetas de Sevilla; ésta es, sin duda, la más importante, puesto que abarca todo el siglo xx y ha sido realizada con el rigor preciso por ese magnífico hispanista que se llama Vincenzo Josia, a quien ya debíamos, entre otros trabajos, la traducción al italiano de *Sevilla*, de Juan Ramón Jiménez.

Josia ha agrupado aquí a los siguientes poetas: Vicente Aleixandre, Antonio Burgos, Joaquín Caro Romero, Luis Cernuda, Alejandro Collantes de Terán, Aquilino Duque, María de los Reyes Fuentes, Manuel García Viñó, Rafael Laffon, Manuel Mantero, Rafael Montesinos, José María Requena, Joaquín Romero Murube, Juan Sierra, Julia Uceda y Adriano del Valle. Es decir, todos los que son, apreciados generosamente: poetas de los años 20, de *Mediodía*, la promoción de posguerra y un par de poetas jovencísimos, uno de ellos—Joaquín Caro Romero— premio «Adonais» 1965. Yo echo de menos a Fernando Villalón, cuya ausencia justifica el antólogo *per ragioni cronologiche*. Pero lo que importa siempre no es la edad del poeta, sino la edad de su poesía.

Precede a cada selección un breve estudio de la personalidad del incluido, en la que el crítico acredita una finura basada en un exacto conocimiento del asunto. La poesía de un punto tan clave de España como es Sevilla sirve para percibir no pocas veces los giros de la andaluza, y aun de la española. De ahí el interés que *Poeti siviigliani di oggi* ha de concitar a quienes deseen estar al tanto de los orígenes y las consecuencias—nada localistas, por cierto—de la lírica de una ciudad a la que Juan Ramón Jiménez considerara capital poética de España.

DAVID VALJALO: *Trece poemas*. Ediciones de la Frontera. Los Angeles (California), 1966. 24 páginas. Ø13x18Ø. Spm.

Reúne este cuaderno de un joven poeta chileno—hoy residente en los Estados Unidos—algunas muestras antológicas de su quehacer. Se halla inscrito Valjalo en un superrealismo (cromático lo ha llamado algún crítico), pero que, a mi entender, ha ido atenuándose y aproximándose a un modo de mayor precisión y claridad formal. Varios sonetos de esta entrega—me refiero a «Soneto verde» y «El poeta

asesinado»—ofrecen la mezcolanza entre dos tensiones que dan por resultado una indudable personalidad poética. El autor de estos poemas concentra en el sentimiento amoroso su visión de la realidad, y sus mayores aciertos se deben a la preferencia por aquél.

Espero que pronto este poeta chileno me dé ocasión a poder analizarle con mayor amplitud.

## Y, ADEMÁS, ANOTAMOS

**EL VALLE DE LAS MUSAS** (Sevilla, 166), de M. Benítez de Castro. Un volumen de poesías amorosas, religiosas, escolares y folclóricas, entre otros temas, que dan una exacta idea de la incontenible facundia de su autor.

**PRIMERAS PALABRAS** (Colección Poemas. Zaragoza, 1996), de Pedro Vergés. No parecen primeras por la soltura con que están escritas, pero sí por el modo de tratar el romántico tema de la nostalgia y la tristeza imprecisas, no sin algún retorcimiento. Como principio quieren las cosas, según gustamos decir, no es mal principio el que ofrece este poeta dominicano nacido en 1945, al que aconsejaría no se mirase tanto en su propio espejo.

**CONCIERTOS PARA LA SIERRA DE RONDA** (Cuadernos de María José. Málaga, 1966), de María de los Reyes Fuentes. La poetisa sevillana en su línea mejor. Garbo y emocionado tono hay en estos poemas rondesños, y, como ejemplo, la originalidad de ese Nocturno de los potros, donde dice: Potros en-

tre la sierra y los tajos del mundo, / quizás en rebeldía por un mar que no encuentran. ¡Y con qué abundancia y perfección está editando Angel Caffarena!



GASTÓN BAQUERO: *Memorial de un testigo*. Adonais, CCXL. Ediciones Rialp, S. A. Madrid, 1966; 75 págs., Ø13x18Ø, 30 ptas.

No podría decirse que este libro responde a una unidad temática, como ahora suele ser costumbre. Sin embargo, hay que reconocer que responde a unidad de sensibilidad muy acusada. El poeta, fiel a la sensación que le producen y recibe de las cosas, prueba, no obstante, su capacidad imaginativa, llegando, incluso, a proporcionar a sus poemas una atractiva dosis de irrealidad que los sustancia y los enmisteria conjuntamente.

Gastón Baquero, cubano residente en España desde 1959, viajero por el mundo, conocedor de la subyugadora poesía del continente americano, crítico de reconocida valía, sigue siendo, en el fondo, el poeta antillano que gusta del color y de la intensidad emocional. Su *Memorial de un testigo*, con ser una muestra de su madurez poé-

tica, no deja por ello de traslucir un surrealismo, ya casi mínimo por superado, pero todavía presente, que artificia sus versos, dotándolos de cierto patetismo.

¿Magia? Lo cotidiano difícilmente admite la magia poética. Gastón Baquero lo sabe. Y por eso su fantasía le nace del corazón y no de la cabeza: el sueño de intemperabilidad que sustenta al largo poema que da nombre al libro, es una toma de conciencia con lo humano, con lo más metafísicamente humano, antes que un juego poético.

Y como andaluz, debo confesarlo, me congratulo de que el fenómeno racial y folclórico del flamenco, haya prendido la atención de tan interesante poeta, como lo demuestran los poemas *Rapsodia para el baile flamenco* y *Negros y gitanos vuelan por el aire de Sevilla*, en los que encontramos aciertos así:

*Dialogar con la muerte es la hermo-*  
[sa imprudencia  
de quienes aprenden a cantar desde  
[la cuna al borde del abismo.  
...  
Este canto que viene de más allá de  
[las entrañas  
este canto aprendido junto al muro de  
[los cementerios,  
este canto guardado entre sus vísceras  
[por los errante hijos de David...  
...  
...esta danza y este canto, esta belleza  
[golpeadora en el bajo vientre, estas  
[victorias,  
elevan al hombre hasta más allá del  
[glorioso desdén por la muerte...

Gastón Baquero es un poeta con la virtud bien cumplida de poseer una personalidad propia; su tercer libro lo atestigua sobradamente.

MRR

## Verbi gratia. expr. elípt. lat. Por ejemplo.

Porque aquí el espacio es lo más atendible, se procura escoger ejemplos breves, incluso aunque no representen la tónica general de un libro. Este es el caso, hoy, de Miguel Fernández, pero por ese soneto—famoso gracias al artículo que Conrado Blanco originó—puede tomarse el hilo de la obra. Lo de Ferrán y Valjalo está en consonancia.

### SONETO

A Conrado Blanco

El carrusel que rueda y te desola,  
tióvivo girante que te gira,  
el nevero del ojo que te mira  
y ve sólo vivirse a la española.

El tiento, enarbolado en una sola  
garganta, ya es cantata, así respira.  
Secreta comunión la voz que expira  
y, por no herir, cantándose se inmola.

Que la queja es canción de nacimiento  
que te ronda, lebrél, en la agonía  
olfateada presa por tu adviento.

Como el halcón, vencido en cetrería.  
Abatidas alcándaras del viento  
por una alondra llena de alegría.

(Sagrada materia)  
MIGUEL FERNANDEZ

### LOS AVESTRUCES

Corre que corre,  
sin parar,  
dos avestruces sin parar  
juntas arrastran la berlina

donde Pierrot y Colombina  
huyen del gordo Pantaleón.  
Doble compás del corazón  
al que las prestas avestruces  
prestan sus alas con capuces  
para la huida singular,  
gira que gira,  
sin cesar.

(Tarde de circo)  
JAIME FERRAN

### SOLO

Donde tu labio es perfil de viento,  
como habitante extraño, vigilo  
y leo mi soledad  
a lo largo del tronco de los árboles.

La brevedad del beso eternizado,  
bajo el cielo,  
se detiene  
cada vez que los ojos se transforman.

¡Más allá del aire,  
morir en lo que no muere!  
¡Más allá del muro,  
vivir en lo que no vive!

(Trece poemas)  
DAVID VALJALO

## III.-Rojo y Negro del cura Martín Merino

U. A.

(y II)

**B**AROJA y otras biografías de divulgación no olvidan el prolongado paso del regicida por el sur de Francia; el España recoge lo de los once años—entre el 30 y el 41—en una parroquia de los alrededores de Burdeos, e incluye un párrafo poco claro sobre una presunta evasión de Merino para refugiarse en Francia. Vázquez Azpiri da gran extensión a este vivir del exilado en el valle del Garona, en un relato novelesco totalmente inventado.

### DEL PULPITO AL CADALSO

Merino fué ejecutado a sus sesenta y tres años. Había vivido en Francia cuando tenía treinta, y después entre sus treinta y cuatro y sus cincuenta y uno, aproximadamente. Resulta que ha vivido en el Garona cerca de veinte años, casi la mitad de su edad adulta. Ello hace que debamos pesar en su vida muchas horas francesas. Sin duda un conflicto personal español-francés tendría que ser un elemento esencial en su ser. La francesada le había sacado de un convento franciscano, llevándole durante cinco años a las guerrillas patriotas. Vuelto a la vida religiosa, escapa a Francia donde vivirá—salvo en una breve etapa española de unos tres años—hasta que regresa a Madrid cuando ha doblado el cabo de sus cincuenta. Sus once o doce años finales en Madrid son una precipitación hacia el cadalso, período breve en comparación con su larga etapa francesa. Don Martín, el clérigo del callejón del infierno, no sería en su barrio de Platerías una figura autóctona; tenía que ser «el señor cura que ha vivido en Francia». Inza nos cuenta que, en capilla, tuvo «una larga conversación en francés» con el duque de San Carlos, que fué uno de los que le asistieron como hermano de la Paz y de la Caridad. (No es el San Carlos que asiste al príncipe Fernando en Valençay, pues aquel palaciego había muerto ya en 1828. De todos modos, ¡qué diálogo el del cortesano de la familia Carvajal y el del cura regicida, ambos en las antípodas de la Acción!)

Los grandes ojos de Merino, su alma antigua, tenían que estar llenos de Francia, pero esto complica su figura. ¿Qué hizo durante casi veinte años ese hombre de hierro, en la suave vega del Garona, en el paisaje ciruelo de Agen, entre huertos frutales, abates conversadores y colinas mansas? ¿Fué un cántabro domado y ablandado por el dulce Agenais, que cometió el error de volver al quemado Madrid, y chocó fieramente en él, replegándose en un inmenso resentimiento? ¿O fué un inadaptable total en Francia que intentó, con su tardío regreso a España, reincorporarse a su mundo propio?

Los Archivos Nacionales de Francia nos dicen sobre don Martín cosas que aportan rasgos nuevos a su personalidad y que entendemos son inéditas.

En el expediente 1.623 e, del legajo 12.051, procedente de los archivos de la Policía de París, figura en primer lugar el dato de que don Mur-

tin salió de Madrid en diciembre de 1824, bajo la protección de las tropas de Angulema. ¿Por qué tardó tanto en expatriarse, cuando los «hijos de San Luis» habían entrado en España en abril del año anterior, y hacía un año que habían llegado hasta Cádiz? Es de suponer que—pese a la disparidad ideológica—este cura ilustrado se había adscrito al aparato invasor. Puede suponerse, porque el ocupante—como todo ocupante—trataría de atraerse a todo elemento que pudiera servirle y que estuviera dispuesto a hacerlo. Merino, que había vivido en Francia y conocería ya el francés, debió de ser incorporado a algún servicio del ejército invasor, haciendo de tripas corazón con los principios.

Este trabajo en algún cargo administrativo le serviría de pararrayos en los primeros meses de la Ominosa Década. No vamos a seguir detalladamente el expediente de Merino, ni los otros conexos que figuran en este ingente archivo; vamos solamente a apuntar las peripecias de este futuro Ravallac riojano.

El general jefe del ejército de Angulema ordena en Madrid el 1 de diciembre de 1824 que Merino vaya a Bayona, «encargado de la conducción de un furgón que contiene los papeles de la contabilidad destinados al señor intendente de la 11 División». Así sale de Madrid el clérigo y los comandantes militares de Burgos, Victoria, Mondragón, Tolosa, Irún y Bayona le van resellando su paso por estas ciudades, con los redondos escudos de las tres lises.

### FRANCIA, ASILO «MALGRÉ LUI»

Ya en Bayona, el 29 de diciembre, hace una declaración de que se acoge al asilo político en Francia; debido a «su conducta anterior y los rumores que anuncian el restablecimiento de la Inquisición». No tiene medios de subsistencia pero recibe socorros del conde de Oñate y de don Ignacio de la Pezuela, que residen en Burdeos, o al menos eso declara.

Francia no acoge gentilmente a Merino; se le ordena salir del país cuanto antes, previsiblemente hacia Inglaterra, permitiéndosele se detenga en Burdeos el menor tiempo posible. Pero el emigrado se las arregla para ser residenciado en Agen, donde había vivido en su anterior exilio, desde septiembre del año 19 hasta junio de 1820. Ante el prefecto declara que no ha hecho política en su país y que regresa a Francia para estar más tranquilo, para no tener que vivir bajo el régimen de la Inquisición—«si fuese restablecida»—y que «además el Gobierno y el carácter francés le convenían más bajo todos los aspectos».

Merino es un tipo duro y tenaz; cuando considera que el prefecto de Agen no le trata con los respetos debidos, escribe protestando al teniente general vizconde de Digeon, su protector para salir de Madrid. Digeon traslada la queja al ministro del Interior y el prefecto tiene que dar explicaciones al señor ministro. Merino ha

de tener algún valor muy pronunciado; de otra manera no se explica que movilizase en su apoyo al comandante en jefe del Ejército de Angulema, personaje que fué en un momento dado ministro de la Guerra francés; que se interesasen por él el poderoso ministro del Interior, el obispo de Agen, prefectos y otras personalidades.

Incluso los españoles que le avalan tienen bastante categoría: el conde de Oñate, marqués de Montealegre, era un emigrado distinguido y adinerado que viajaba en el exilio con familia y servidumbre, de balneario en balneario, y de París a Burdeos y viceversa. Oñate era grande de España de primera clase, y tenía a mucha honra vestir el uniforme de la Milicia constitucional. No hay que olvidar la gran cantidad de aristócratas que en 1821 eran liberales: Frías, Abrantes, Arión, Gor, Altamira, Alcañices, Miraflores, Pontejos, Parque, Floridablanca, etc. Galdós, en El siete de julio, sitúa a Oñate en plena lucha callejera, junto a Ballesteros, Riego y otros jefes liberales que van desde la plaza Mayor a Palacio para someter a la Guardia Real sublevada. La policía francesa considera al emigrado Oñate como un violento exaltado de poco peso específico, faltar en absoluto de instrucción y poniendo esto de manifiesto a cada momento. Sin embargo, este juicio de un polizonte anónimo parece estar desmentido por el hecho de que Oñate perteneció a los círculos de emigrados de Burdeos, en los que figuraba Moratin.

El otro garante de Merino es don Ignacio de la Pezuela, figura más interesante que la anterior. Era un eclesiástico liberal, perteneciente a una familia muy del antiguo Régimen, que hubo de salir de Santander en 1824, bajo la protección nada menos que de Chateaubriand, el ministro que había promovido y realizado la intervención armada francesa en España. Pezuela había sido uno de los autores de la Constitución del año 12; ministro de Gracia y Justicia y representante de España en Portugal. Pero el regreso de Fernando VII, en 1814, le dejó «reducido a la nulidad». En su expediente de emigrado está la carta autógrafa por la que Chateaubriand, con su letra vertical, grande y petulante, pide a su colega el ministro del Interior se reciba a don Ignacio en Francia con «la acogida que se debe a la desgracia». Pezuela vivirá en Burdeos, en la proximidad de Moratin y de Silvela, de Urquiola y de Amati, como el propio conde de Oñate.

### AGEN, DEPOSITO DE EMIGRADOS

Merino está en Agen, la suave ciudad gala y romana, renacentista y deciochesca, a orillas del Garona. En esta población rica y serena, de cultas tradiciones vigentes, se había constituido un grupo de emigración liberal. Los Archivos nos señalan a unos cuantos protagonistas de aventuras que llenarían muchas páginas. Agen no fué depósito de prisioneros españoles durante la francesada; tampoco lo fué de emigrados liberales en los años de la Ominosa, por ser

ciudad demasiado próxima a la frontera. Pero el hecho es que en 1819 estuvo allí unos meses el huido Merino, y que allí vuelve nuevamente en 1825, sin duda porque algún buen recuerdo le empujaba. No sabemos si la presencia de don Martín allí es la que polariza la existencia de media docena de militares y sacerdotes constitucionales emigrados.

Desde Agen, desde las alturas de su Hermitage, se ven los Pirineos en los días claros. A la vista se extiende una ciudad de barrios medievales, con calles porticadas, empedradas con guijarros del Garona, rodeada de un campo de huertas y de frutales. No conocemos nada de la vida de Merino en esta ciudad calma y plena, salvo la monótona noticia semanal de que sigue allí, como registran los partes que el prefecto envía cada semana a París. Pero en 1827, por perder don Martín la condición legal de «extranjero refugiado», deja de figurar en los partes sucesivos, y así nos desaparece de la vista.

Pocos recuerdos, o más bien ninguno, ha dejado en la ciudad. El actual alcalde de ella —con una cortesía sin igual que desde aquí agradecemos—, nos comunica que no figura el nombre de Merino en los Archivos locales que ha ordenado consultar; no está su nombre ni en los ficheros del Museo, ni en los de la Biblioteca Municipal, ni en los de los Archivos Departamentales, ni siquiera en los del Secretariado del Obispado. Sin embargo, Merino vivió allí varios años en el ejercicio de su actividad sacerdotal, puesto que no figura que recibiese subsidios oficiales en ningún momento. Le suponemos enérgico y orgulloso, en difícil sociedad con sus compañeros sacerdotes o militares, paseando gustoso por los huertos locales que le recordarian su Rioja natal, subiendo al Hermitage para ver a España en la lejanía, pisando con pie duro los guijarros de Agen.

Recordemos que el biógrafo Inza había dicho el primero que Merino había sido desde 1830 párroco de Saidental, a tres leguas de Burdeos. No se halla confirmado este dato en los papeles que hemos visto, puesto que perdemos la pista de Merino en 1827, pero el jefe de los Archivos Municipales de Burdeos, muy atentamente, nos escribe que no existe este toponimo —ni ninguno parecido— en los alrededores de la ciudad. Lo de «Saidental» parece un bulo más de primera hora, que ha hecho fortuna. El curato que ejerció don Martín sería en Agen o sus alrededores, lo que —para un madrileño de 1850— eran «alrededores de Burdeos», a reserva de lo que pudiera hallarse en los archivos eclesiásticos de esta última ciudad.

## JULIAN SOREL Y EL CURA MERINO

Este hombre ambicioso, exclaustro, que ama el dinero, que tiene buenas amistades, culto y frustrado, indiferente a la muerte, nos recuerda a Julián Sorel. Un Sorel de procedencia riojana, por supuesto. Pero adivinamos en él pasiones similares, y un argumento triangular como en el Rojo y Negro. El héroe stendhaliano posee a una mujer, y cuando bascula hacia otra, se vuelve hacia la primera para intentar asesinarla, muriendo en el cadalso por este delito. Merino odia y ama confusamente a España, a Francia, a la Libertad, quizá también a Isabel II. Devorado por sus pasiones, se revuelve con un puñal contra cualquiera de ellas. El deslumbramiento que en Sorel produce el contacto con el ambiente aristocrático en el que va a entrar, lo experimenta Merino cuando entra en el Palacio Real de Madrid, cuando el bautizo. En Merino nos sobra la fea frase que parece profirió al apuñalar a Isabel II; nos

sobra que fuera un hombre de sesenta y tres años pretendiendo matar a una mujer de veintuno. Pero cuando se choca de repente con una luz fuerte se borran las edades y se profieren palabras sobrantes. Julián dispara estúpidamente contra Madame de Rênal, pero sin gestos inútiles. La misma fría decisión aparece en el hijo del carpintero de Verrières que en el campesino de Arnedo, cansados ambos de un esfuerzo tan continuo. En un segundo plano aparecen Narváez y el conde de la Môle, hombres de poder

El desprecio a la vida es un alarde en los dos asesinos frustrados. Stendhal puede hacer a Sorel el favor inigualable de exhibir su indiferencia hacia la muerte, estando en capilla. Merino —a quien defendió Urquiola, seguramente hijo de su antiguo compañero de exilio bordelés— tuvo el mérito cierto de vivirla de un modo inexcusable. La capilla del cura Merino, según los relatos que nos han llegado, encierra no pocos paralelismos con el enfrentamiento de Sorel con su muerte, en la pluma de Stendhal.

El escritor tiene el buen gusto de pasar por la ejecución como un relámpago, y Sorel se convierte en menos de una línea de ser pensante en despojo oculto bajo una cobertura azul. Merino sufrió, por el contrario, el largo espectáculo de los suplicados en el país de los cartelones de ciego. La Cabeza de Sorel fué objeto, una vez cortada, del macabro homenaje de Matilde de la Môle. La de Merino —si hemos de creer el relato de un diplomático alemán, algo fantástico, que se dice testigo presencial— rodó en el quemadero de Madrid, hasta los pies de alguien. De la novela, hemos pasado brutalmente a la realidad más cruda.

Permitásenos, para terminar, una fantasía. ¿Conoció el cura Merino la novela *Le Rouge et le Noir*, aparecida en París, con discreto éxito, 1830? Este hombre culto y reconcentrado, ¿supo de ese libro extraño que trataba de un ex seminarista devorado de ambición y de sentimientos? En ambos su desprecio por la hipocresía —y hasta por vicios menores como la glotonería— eran intensos. «La voluntad del hombre es poderosa»; «la tarea de los grandes hombres ha sido fácil; por terrible que fuera el peligro, ellos lo hallaron bello». «A menos que venga un hombre tan grande y tan sabio que sea como redentor que nos manden del otro mundo». Horacio, Virgilio, son las lectoras de Julián. Tácito, César, Juvenal, las de don Martín. Pero, ¿a cuál de ellos dos corresponden las frases anteriores? ¿A cuál de ellos dos llamaban en el seminario «Martín Lutero»? Según Galdós, en Merino había intensos recuerdos de hombre enamorado, como los que llevara Julián a la guillotina. Cuando don Martín va a la horca, ve la nieve del Guadarrama y dice: «¡Qué hermosura!». Actitud estética bien propia de un héroe stendhaliano.

Sería demasiada fantasía suponer que Merino había leído *Le Rouge et le Noir* y que su pulso se aceleró cuando leyera en la novela aquellas palabras que la enamorada Matilde dice a su padre cuando se descubre su amor por Julián Sorel: «Nos iremos al castillo de Aiguillon, entre Agen y la Marmande. Se dice que es un país tan bello como Italia». En ese Agen y en esa Marmande transcurrieron los mejores años del regicida. La pistola que la policía halló en la misera morada del cura, los libros sobre el hule negro, bajo la roja luz de la vela, que ven los personajes de Galdós, se ambientan en el rojo y negro del cura Merino, más fiado a última hora en una hoja de Albacete. Merino es un Sorel que, desgraciadamente para él, llegó a viejo y avariento.

La nieve del Guadarrama, en los últimos minutos de su vida, le recordaría la del Pirineo, contemplada durante años de exilio. Forcemos la fantasía. Si en 1838 estaba en Agen —si lo de «Saidental» es un mito— podría haber ocurrido que el 26 de marzo estuviera paseando a orillas del Garona y presenciase el desembarco del vapor fluvial que traía pasajeros de Burdeos. Eran las diez de la noche y algunos de los desembarcados se dirigieron a la cercana diligencia de Toulouse. Entre ellos figuraba un hombre de rostro grueso, barba de collarín, tapado por un redingote, titulándose viajero de comercio. En la noche de Agen, a la luz del farol rojo de la diligencia, aquel día pudieron haberse visto don Martín Merino y Stendhal.



*Don Martín Merino*

Martin Merino, assassin de la reine d'Espagne.

CONCHA ALÓS --- LIFT ---

--- ARMENGOL --- J. MERINO

NILDA --- SALVADOR ---



El primer sábado de marzo nos sorprendió en torno a Azorín, metidos de lleno en la faena de perfeccionar—utilizo la palabra con permiso de Barberán—el anterior número de LA ESTAFETA. No obstante, nos concedimos un respiro, todos, para atender nuestra habitual tertulia que, dicho sea de paso, está adquiriendo caracteres de cónclave—como llaman a sus reuniones categóricamente ciertos poetas bajoandaluces—. ¡Qué calle más literaria, se oye pregonar novelas!—observa Pedro Ortiz de Armengol, nuestro valioso colaborador, primero en traspasar los umbrales. Inmediatamente llegan Elías Amézaga y Luis Hernández-Aquino. Los tres eruditos in-

vestigadores se explayan hablando entre ellos de sus últimos descubrimientos; las palabras manuscrito, legajo, archivo y biblioteca son pronunciadas con fervor sacerdotal. Lo pasaron en grande.

Y Nilda López, nuestra gentil amiga argentina, que próximamente ofrecerá una serie de recitales de poesía popular por toda España, nos cuenta sus proyectos. Seguidamente, recibimos a Concha Alós, la desmitificadora, como se autollamó el día anterior en el salón de actos del Ateneo, al enjuiciar su obra. Entonces, Ponce de León lee en voz alta el comentario de Arriba a dicho acto, en el que, al parecer, se produjeron barridos por parte de un sector del

público, debidos a un equívoco de programación y horario entre la intervención de Concha y una conferencia médica. La novelista asegura que apenas advirtió lo sucedido, enfrascada como estaba en su trabajo. Después hablamos con ella de su último guión televisivo, La segunda carta, y la conversación deriva, con la intervención de Juan José Plans—también novelista—y de nuestro subdirector, Juan Emilio Aragonés, hacia los premios literarios y sus cotizaciones, las cuales bajan y suben como en la bolsa!, pues ya Vergés—el del Nadal—no paga el millón y Barral—el de Biblioteca breve—no da nada. «Es curioso: quien tiene un yate pague con sólo una

medalla», asegura alguien. Justicia distributiva. También se comenta la enfática frase de Lara—el del Planeta—: «¡Al Planeta vendrán hasta los de la Cruz Roja!»

A lo largo de la reunión se han sumado a nuestra sabática tertulia Publio E. Mondéjar, Basilio Rogado y Julio E. Miranda, recién dado de alta del hospital, donde dice lo pasó muy bien horizontalmente, leyendo libros y escribiendo críticas. Otro que aparece en el corro es Nicasio Salvador Miguel, que se une a la conversación de los investigadores rapidísimamente.

De repente, nuestro director nos anuncia una visita:

—Una comisión de la revista Life llegará dentro de un instante para mostrarnos sus publicaciones coleccionables en español. Acaban de comunicármelo por teléfono.

Y, en efecto, minutos después llega quien dice ser y llamarse Francisco Arrechavala—no un usa, como todos esperábamos, sino un vasco—, de la delegación en España de la famosa editorial norteamericana, para mostrarnos La epopeya del hombre, Las maravillas de la vida, El mundo en que vivimos y Las grandes religiones.

## LA CALLE DE EN MEDIO: ATENEOS, CIRCULOS, COLOQUIOS...

### LOS MARTES DE LA EDITORA

### «LA LETRA Y EL INSTANTE» DE DIAZ-PLAJA



Lleno total en la sala de actos de la Editora Nacional el pasado día 14, a las ocho de la tarde, con motivo de la presentación de la obra La letra y el instante, de Guillermo Díaz-Plaja, director del Instituto Nacional del Libro Español.

Presidió el acto, al que asistieron gran número de escritores y artistas, el director general de Información, Carlos Robles Piquer, y Jesús Unciti, director de la Editora. José Hierro, quien glosó la importancia de la obra presentada y puso de relieve la acusada personalidad literaria de su autor.

Guillermo Díaz-Plaja, actual crítico literario de A B C, explicó el contenido de La letra y el instante, volumen esmeradamente editado, en el que recoge su labor crítica desarrollada en el semanario Destino, de Barcelona, haciendo patente su concepto de la actividad literaria que desempeña, siendo premiadas sus palabras con los aplausos del

público, que siguió atentamente su disertación. Finalmente, Díaz-Plaja, firmó numerosos ejemplares de su obra, que está siendo favorablemente comentada.

### ATENEO DE ZARAGOZA

### CICLO DE CONFERENCIAS

El Ateneo zaragozano comenzó este año tarde su curso; probablemente, porque los precarios medios con que cuenta entorpecen cada vez más los buenos deseos de su presidente, don Luis Horno Liria. Aun así, durante el mes de enero y parte de este de febrero, hasta el momento, se han dado conferencias semanales, con más o menos éxito de público, en el salón de actos del Centro Mercantil, Industrial y Agrícola.

Inició el ciclo Carmen Laforet con una charla sobre «Realidad y fábula en la novela española». Carmen Laforet, de la que se sigue esperando más, atrae siempre, y el acto estuvo animado, interés de lo dicho por la novelista aparte. Fué el segundo en la tribuna don Luis Gómez Laguna, hasta hace unos meses alcalde de Zaragoza, hombre que, al pasar a ser simplemente «el ciudadano Gómez», como él mismo gusta llamarse, ha conservado conocimientos y afectos de su época pública. Habló sobre el gamberrismo, documentado, ameno y, sobre todo, preocupado por el tema; sostuvo algo que, a juicio del cronista, es claro como la luz del día: que el fenómeno gamberrismo es de todas épocas y clases sociales.

El crítico de arte Gaya Nuño supo también prender la atención del «respetable» hablando de «Civilización contra cultura». Una conferencia un tanto desengañada: «Llegaremos a la Luna—se decía—. ¿Para qué, cuando no conocemos nuestro maravilloso mundo?» Refirió una anécdota que resulta verdaderamente triste: la exclamación de un hombre, en el andén de una estación ferroviaria castellana, al paso del expreso que venía de Granada. No la Alhambra, no el Generalife o el Albaicín; menos, los Reyes Católicos. Sólo: «¡Granada! ¡Buenos estáis vosotros! ¡El año que viene, a tercera división!» ¡Ah, la cultura! ¿Qué cultura?

El vicepresidente de la Orquesta Sinfónica «Luis Aula», José Antonio Pérez Páramo, disertó sobre «Las Iberias, Debussy, Albéniz». Después, Sofía Noel sobre «Pervivencia de los sefardíes en España», de estos sefardíes, de los cuales la escritora, traductora y musicóloga sabe muchas cosas y sabe decirlas. Luego, el doctor Alfaro Gracia, escritor también, desarrolló su charla sobre «Nuestro problema sexual».

El presidente de la entidad hubo de cubrir la ausencia de un conferenciante que no pudo acudir a la cita. La cubrió bien, hablando de un tema de gran interés para el zaragozano: «La vida cultural zaragozana». La más bien pobre vida cultural, no precisamente por falta de apoyo oficial, ya que la poca o mucha que existe es casi toda de impulso oficial, y oficial—dependiente de la Diputación Provincial—es la Institución «Fernando el Católico», sin duda la mejor y más floreciente y la de mayor altura. Falta calor popular, interés de la gente. Pidió el conferenciante un local amplio para Zaragoza, que pudiera ser auditorio, sala de conferencias, teatro para los cine-clubs, etc. Y propuso también la constitución de una comisión que coordine las actividades culturales dispersas y a menudo coincidentes.

La última sesión ha consistido en un recital de poetas de la generación del 27—Lorca, Alexandre, Gerardo Diego, Miguel Hernández—en labios de Luisa Llagostera, novelista ganadora de un premio «Ondas». Recitó recordando sus tiempos de actriz teatral, de la mano de su padre, el gran actor desaparecido Alfonso Muñoz.

El curso seguirá conforme al programa proyectado.

JOSE H. POLO

### ATENEO DE SEVILLA

### INAUGURACION DE CURSO

ACEDO CASTILLA SOBRE «LA TESIS POLITICA EN LAS NOVELAS DE PEREDA»

El Ateneo sevillano dió comienzo a sus actividades en el presente curso con una conferencia intitulada «La tesis política en las novelas de Pereda»,

Así, de tan campante forma. Cuatro libros ilustrados a todo color que nos dan impresión de películas panorámicas, mientras que los licores se paladean, y Angela, nuestra secretaria, y Amézaga intercambian fotografías de domésticos canes y enumeran sus gracias y noblezas.

Se integra finalmente a la tertulia Joaquín Merino, el autor de Londres para turistas pobres; Ponce de León hace rápidamente las presentaciones.

—Te sabes todos los nombres de memoria, príncipe, ¡qué maravilla! —comenta jocosamente el recién llegado, cuyo próximo libro se titulará Londres para turistas ricos. Conversamos sobre sus actividades, que no son pocas, y se lamenta de que aún no se ha publicado, manes de los editores, la novela con la que hace dos años obtuvo el premio «Café Gijón».

Animado mediodía, en el que hasta se habló de Ceta, de Fidel Castro, de Azorín, de Zamacois, de lo que a todos nos gusta escribir un libro sin pensar en el trabajo que cuesta publicarlo.

¡Ah!, y contra todo pronóstico dijo Concha Alós: «Qué bonita forma de hablar», al escuchar el idioma del sur que habla nuestro compañero Manolo Ríos.

# DEL HOYO — RINCÓN — — NICASIO — ROGADO — — J.A. LÓPEZ — C. SALAZAR —



Nuevamente se nos llenó la casa de amigos y colaboradores el mediodía del 11. Nuestras tertulias sabáticas tienen aquí y caché, como diría un castizo. Fué nuestro primer visitante Arturo del Hoyo, quien recuerda: «En estas mismas habitaciones se daban clases de idiomas antes de la guerra. Las de esperanto por el coronel Mangada y las de ruso por el barón de Mayendorff. Se entraba entonces por la calle Santa Catalina.»

Seguidamente, Del Hoyo conversa con nuestros compañeros Juan Emilio Aragonés y Ríos Ruiz sobre Ciro Alegría, de cuyas obras es prologuista en España, comentándose pasajes de la vida y el prematuro envejecimiento—a juzgar por una reciente fotografía—

del recién fallecido novelista peruano.

Mientras tanto, nuestras secretarías Angela y María Eugenia van dando la bienvenida a Juan Antonio López—joven poeta murciano—; Fernando Quiñones—que nos trae recortes de La Prensa, de Managua, donde se elogia y reproducen fragmentos del número dedicado por LA ESTAFETA a Rubén—; José María Rincón, jefe de guiones de TVE; los poetas Alberto Álvarez-Ruz y Luis Hernández Aquino; la pintora Carmen Carvajal y la escritora pakistani Marina Hagat; los azorinianos Rafael de Penagos y Luis de Castresana, y a Nicasio Salvador Miguel, Basilio Rogado, Plubio G. Mondéjar y Pablo de la Fuente, todo un grupo de jóvenes valores literarios.

Y en torno a la mesa de Juan

José Plans, en donde se posan y toman los vasos, se forma un nutrido corro en el que los temas se suceden como por encanto: desde el flamenco—argumentos, razonamientos y anécdotas a cargo de Quiñones—hasta el libro de epítafios que estima Penagos debe publicar Luis Ponce de León, nuestro director, pasando por Azorín, la prosa de Luys Santa Marina, los dibujos de Alberti que actualmente se exponen en Madrid, la popularidad que proporciona trabajar en televisión y la resonancia que ha de tener el certamen poético convocado por Bayoán.

Presidiendo la reunión, la mano entelerida que cantara Machado. Es decir, nuestro número anterior, nuestra última portada, que mereció los sinceros plácemes de todos los contertulios, palabra.



a cargo del vicepresidente de la docta casa, don José Francisco Acedo Castilla.

Afirmó el disertante que Pereda fué, en cierto modo, el Zorrilla de la prosa y uno de los escritores que más llegaron a acercarse al pueblo y a la médula nacional. Alude a los juicios emitidos en torno al narrador montañés por diversas personalidades, destacando los de Alejandro Pidal y Blanca de los Ríos. Para el primero, Pereda fué la antitesis de Zola; para la segunda, el poeta de Cantabria, genio de una región brava y dura.

Analicamente, recorre la vida del escritor, describiendo, a la vez, tanto el ambiente como el agitado momento político que vivió y en el que no dejó de ser actor. Desfilan en la palabra del orador las más significativas obras de Pereda, entre ellas Pedro Sánchez y Escenas montañesas, que desmenuza en todos los aspectos, sin olvidar el artístico, y se refiere a los hechos que preludivieron la revolución del 68, ante los cuales Pereda se considera soldado que ha de empuñar por arma una pluma ardiente y viva. El sabor de la tierra, Pachín González, La puchera y Sotileza son, asimismo, motivo de una pormenorizada descripción por cuanto significación poseyeron todas ellas. La gran epopeya de la montaña, según el señor Acedo, es Peñas arriba calificada por muchos críticos como una tesis sociológica—, que le convierte no ya en novelista regional, sino en auténtico novelista nacional. Al referirse a Hombres de pro, afirma el orador que la obra es el glorioso trofeo de la única campaña electoral y la única aventura política de Pereda.

El final de su interesante disertación se refiere a la época en que el escritor, definitivamente apartado, se encierra en su montaña, haciendo pasear por sus argumentos novelescos los más pintorescos tipos de su producción. De tal periodo son, precisamente, la ya citada y magistral Peñas arriba y el tan popular y magistral cuadro de costumbres El sabor de la tierra.

El acto, al que asistieron las primeras autoridades hispalenses, resultó brillantísimo, recibiendo el señor Acedo numerosas felicitaciones.

## LECTURA POETICA DE ANTONIO MURCIANO

Por su parte, la Sección de Literatura del citado Ateneo, que preside nuestro corresponsal en Sevilla José Félix Navarro, inició, asimismo, sus actividades con una lectura de versos a cargo de Antonio Murciano.

Eligió para ello el escritor arcense su libro Perfil del cante, del que espigó un buen número de poemas. Entre los mismos recordamos: «Canciones de las distintas capitales andaluzas», «Homenajes a Manuel Machado, Villalón y García Lorca», «Homenaje a las figuras del cante Aurelio de Cádiz, Antonio Mairena y Manolo Caracol», «Sevillanas rocieras», «Llanto de la guitarra» y dos poemas de exaltación del baile flamenco.

A continuación, Antonio Murciano dió a conocer varios poemas inéditos de un libro en preparación, que será publicado en breve plazo, entre los que destacaron: «Piropeo árabe a Córdoba», «Ronda por las plazas de Ronda», «Cancioncilla de Ubeda» y, finalmente, su «Homenaje lírico a Arcos de la Frontera».

El poeta, ante la insistencia del público, que ya le había interrumpido con sus aplausos en varias



ocasiones durante la lectura, dió a conocer un poema, en recuerdo de los Machado, tomado de su reciente libro Plaza de la memoria, que firma conjuntamente con su hermano Carlos.

## EL VICEPRESIDENTE DEL ATENEO SEVILLANO, CONDECORADO

Durante la conferencia que pronunció en el Ateneo de Sevilla el ministro de Justicia, don Antonio María de Oriol y Urquijo, sobre la ley Orgánica del Estado, impuso las insignias de la Cruz Distinguida de primera clase de la Orden de San

Raimundo de Peñafort al vicepresidente de la docta casa, el académico y letrado don José Francisco Acedo Castilla.

## COMENZO EL CURSO LA SECCION DE MEDICINA

Asimismo dió comienzo al curso académico la Sección de Medicina, que preside el doctor Benot, con una conferencia intitulada «Realidad de una lucha social contra las enfermedades del corazón», del doctor don Enrique García Ortiz.

JOSE FEUX NAVARRO

## entreletras

### ITALIA: PREMIOS LITERARIOS AMAÑADOS

El secretario de la «Asociación Italiana de Escritores», Libero Bigiaretti, ha acusado a ciertas casas editoriales de perjudicar a los jurados que otorgan los premios literarios. Bigiaretti dijo, el 4 de febrero, que los escritores nombrados para formar parte de los jurados que otorgan las recompensas «deben mostrar un espíritu de independencia respecto a las posibles ingerencias de las casas editoras». Con anterioridad, la prensa italiana había denunciado el hecho de que casi la mayor parte de los premios literarios eran repartidos entre las editoriales por medio de acuerdos pre-concertados. A este respecto, recordamos que Mondadori, de Milán, una de las más poderosas editoriales italianas, causó sensación el pasado año, cuando ordenó retirar a sus autores de toda competición literaria, en tanto persistiera la intromisión de otras editoras en la selección de premios.

# AZORIN: 5 POSDATAS

En 1959 publicó Azorín un libro titulado Posdata. El escritor tenía ochenta y seis años. Y dejó escrito en el frontispicio de aquel volumen de Biblioteca Nueva:

«Una posdata, ¿para añadir o para enmendar? ¿Una posdata después de tantos años de escribir? En la vida se puede rectificar o se puede perseverar.»

No para rectificar el homenaje tributado a Azorín en nuestro número 365, sino para perseverar en el que le debemos varias generaciones de escritores vivos en lengua castellana, publicamos a continuación cinco posdatas constituidas por otros tantos originales recibidos después de la fecha de cierre del número anterior.

Unas frases más del libro Posdata, escritas en setiembre de 1959:

«¿Y ahora? ¿Qué hago yo ahora? ¿Sigo escribiendo? ¿Y para qué? ¿Y para quién? No sé si este librito tiene tono bastante; podría añadir vagas consideraciones; me disgusta lo largo y enfadoso; propendo, cada vez más, a lo concreto y esencial. El libro está terminado. No las ganas de escribir.»

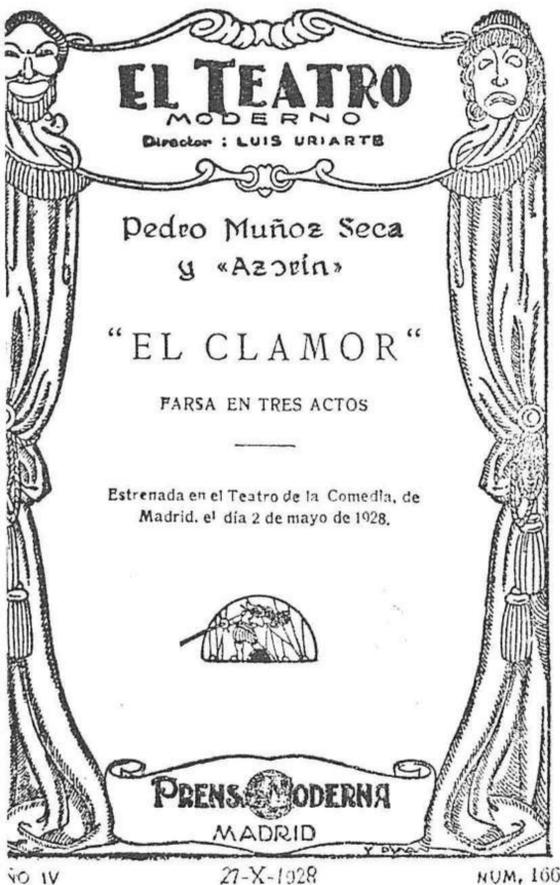
En virtud del gusto azoriniano por la concisión, también LA ESTAFETA da por terminado, con los originales que siguen, su homenaje expreso a Azorín. Que el tácito... Ese seguirá de por vida, discipularmente.

JEA

## 1.<sup>a</sup> ¿INDIGNO PERIODISTA?

JOSE ALFONSO

El estreno de *El Clamor* suscitó la expulsión de Azorín de la Asociación de la Prensa. José Alfonso transcribe la discreta —y dolorida— réplica del maestro ante el sambenito.



El egregio Azorín, que, además de ser maestro de periodistas, lo era de elegancia espiritual, silenció en Madrid el *ucase* —como le llamaría él— y despreció con finuras interiores, con suprema delicadeza, la airada actitud de unos señores que en el mundo de las letras, a su lado, resultaban pigmeos.

### CUARTILLAS PARA UN ESTRENO

Pero el querido e inolvidable maestro Azorín, dolido por semejante injusticia y acuciado por mí, quiso desahogar su corazón íntimamente ante sus paisanos. Fué a raíz del estreno de *El clamor* —hay títulos simbólicos— en el teatro Principal de Monóvar. Le escribí yo a Azorín pidiéndole unas cuartillas para ser leídas la noche del estreno de su comedia. Al propio tiempo me lamentaba del bárbaro atropello. Azorín me envió las cuartillas con la siguiente carta:

«Querido Alfonso: Muchas gracias por sus nobles palabras. Le mando las cuartillas que me pide referentes a mi expulsión de la Asociación de la Prensa. Puede leerlas usted mismo desde el escenario del teatro Principal antes de representarse *El clamor*. Saludos cordialísimos. *Azorín.*»

El estreno de *El clamor* en Monóvar revistió los caracteres de un magno acontecimiento. Fué un acto de desagravio y homenaje al ilustre Azorín, cuyo retrato presidía la sala. La compañía Bové-Torner *bordó* la producción de Azorín y Muñoz Seca entre el *clamor* jubiloso del público. Antes de la representación, como quería el maestro, se leyeron sus cuartillas. Pero no lo hice yo. Por galantería cedí la lectura a la primera actriz Laura Bové, que las leyó magistralmente, mucho mejor de como yo hubiera podido hacerlo. Las citadas cuartillas, leídas en el teatro Principal de Monóvar el día 7 de junio de 1928, decían así:

«Dos palabras. No temáis que escriba más. La obra que vais a ver ha sido causa de mi expulsión de la Asociación de la Prensa. Se estrenó el día 2 del pasado mayo: el día 4 recibí un rescripto imperial: llevaba fecha del 3. El papel que se me enviaba era mi expulsión de la indicada sociedad. En el

reglamento de tal organismo se dice que podrán ser expulsados los socios cuando se hallaren en caso de indignidad; yo era, pues, separado por indigno de la comunión de los fieles. La pragmática sanción que se me enviaba traía al pie la firma de un respetable ex ministro liberal. Leí el aterrador documento y, como supondréis, me quedé absorto. No sabía lo que pensar —en lo cual me estaba pareciendo a algunos personajes políticos—; pronto de la abstracción sitibunda pasé al temor, y del temor di un paso hacia el espanto. Me veía desprestigiado, deshonrado, maltrecho, vagando triste por las calles, sin tranquilidad y sin lumbre mental —en lo cual me había de parecer también a ciertos personajes de la política—; en fin, no os puedo ponderar las angustias y los desfallecimientos que el aludido *ucase* imperial causó en mi aflitivo ánimo. De noche se me aparecía un fantasma pálido, y de día, por doquiera veía vestiglos a plena luz, y mis pensamientos eran —y torno a ciertos políticos— ingrátidos y vacuos.

¿Qué hacer para salir de esta triste situación? ¿Cómo remediar esta vagozosa y dolorosa aflicción de mi espíritu? Poco a poco me fui acostumbrando; pensé que en el mundo hay una cosa que se llama *justicia*; lo que creemos inexplicable, tiene su razón oculta y natural; no existe nada que no pueda ser explicado. Y así, cavilando y reflexionando, fui trayendo un poco de serenidad a mi conturbado ánimo. Todo está un tanto transformado desde la guerra; la Europa de hoy no es la Europa de hace quince años. La política, la moral, el arte han sufrido una profunda conmoción; asistimos a una transformación honda, trascendental de todos los valores; no existe

nada en la vida de las naciones europeas que no esté en vías de transición. ¿Cómo la prensa podría esquivar esta conmoción y subversión de todo? La prensa, por el contrario, ha de ser la más interesada en este movimiento; es fatal, necesario, ineludible que la misma prensa sea discutida, examinada, analizada, juzgada, conmovida, transformada; todo lo contrario al dogmatismo intransigente e infecundo es lo que a la Prensa conviene para su vida y renovación. El silencio y el falso y mísero respeto, quédense para el antiguo Santo Oficio. La prensa es discusión libre, atrevida y fecunda, y todo periodista o periódico que vaya contra este sagrado e intangible principio labora, acaso con nobleza y buena fe, contra la prensa misma.

Y ésta es la *justicia* de que yo hablaba al principio, y éste es el consuelo que he tenido, al cabo, en las horas de angustia mortal que el fatalismo rescripto de expulsión me hizo pasar.

Ahora, queridos amigos, a vosotros, tan tolerantes, tan liberales de corazón, las más efusivas, sinceras gracias. La riqueza ha creado en esta ciudad de tradiciones liberales, enemiga de dogmatismos, un ambiente de finura y de cortesía que cautiva. Cautivo me tenéis y me tendréis siempre —espiritualmente— en la limpia y blanca ciudad que desde lo alto atalaya graciosa el valle.

*Azorín.*»

Vitores y atronadores aplausos reataron en el recinto del teatro Principal de Monóvar en honor del inclito Azorín... y de tan magistral lectora.

## 2.<sup>a</sup> TIEMPO DE SIEMPRE

JOSE DE LAS CASAS ACEVEDO

En el número anterior comentábamos la estrecha ligazón de dos palabras: Azorín y Tiempo. De esto trata José de las Casas Acevedo.

EN efecto, es curioso que la cifra de los días del año haya coincidido con el número que LA ESTAFETA dedica al maestro Azorín a raíz de su muerte. Hay en todas las novelas de Azorín, en todos sus libros, un sentimiento casi doloroso ante el paso del tiempo. El tiempo, sin remedio, marchita y agobia. Si por vía de curiosidad se hiciese una relación de todas las alusiones, citas y referencias que Azorín dedica al tiempo daríamos con una singular antología. El tiempo

penetra sutilmente la sustancia del libro, su contenido, su metafísica, hasta llegar a constituir el tiempo, junto con las cosas, junto con la vocación, uno de los temas centrales, una de las constantes del escritor.

### ANTOLOGIA

El paso del tiempo pone en los libros de Azorín una resonancia física, un ritmo perceptible, expresado me-

EN el año 1928 se produjo un acto insólito en Madrid. El glorioso maestro Azorín, hombre honesto y puro, verdadero símbolo periodístico de la ética profesional, fué expulsado de la Asociación de la Prensa. Era presidente de la misma el político don José Francos Rodríguez. Y se debió la expulsión al estreno de *El clamor* —obra de Azorín y de Muñoz Seca—, donde ambos autores pretendieron higienizar un poco el mundillo periodístico de entonces, en el que no todo era, precisamente, oro de ley.

Se dieron por aludidos algunos que mangoneaban en aquellas calendas y surgió el atropello incalificable, cubriéndose de lodo los que lo realizaron. El maestro de prosistas —y de decoro— fué arrojado del seno de la entidad con deplorables maneras, de una forma brutal y desconsiderada.

diente alusiones concretas. Es el rumor de la lluvia, el tañido de las campanas, el tic-tac del reloj, el canto del grillo o de la chicharra. El tema del tiempo aparece, por vez primera, en Hastio: «La lluvia, una llovizna cernida que no cesa nunca de caer, parece una inmensa cortina que lo envuelve todo.» Y después: «La lluvia continúa; algunas gotas se estrellan contra los cristianos, resbalando a lo largo en grandes lágrimas.» Estamos en 1894. El escritor tiene veintinueve años.

¿Cuántas veces la prosa de Azorín queda suspensa al embrujo de unas campanas que tañen? «Las campanas, espaciadas, tocan cristalinas» (Diario de un enfermo).

Las campanas del Angelus tocan en Levante, en Castilla, en el Norte, a esa hora peculiarísima en que, por ejemplo, los jardines castellanos entran en armonía «con las campanas del Angelus, que caen lentas, sonoras, pausadas sobre la ciudad...» (Lecturas españolas).

En Antonio Azorín, «han sonado lentas, una a una, las campanas del Angelus». A la muerte de Verdú, «suena una campanada larga, y después suena otra campanada breve, y después suena otra campanada larga...»

«Ya las campanas de la catedral han dejado caer sobre la vieja y noble ciudad las sonoras, lentas campanadas del mediodía» (Castilla).

Y es que Antonio Azorín es amigo de las campanas. Se lo comunica a Pepita: «Yo tengo unas amigas que cantan en golpes graves y metálicos por la mañana; que sollozan por la tarde en un canto largo y plañidero de despedida. Vivo al lado de una iglesia. Y estas amigas son las campanas.» Al anochecer, en la innominada ciudad donde vive Don Juan, «han sonado en la catedral las campanadas del Angelus».

En Infantes, oye en la lejanía «tres campanadas», que caen lentas, solemnes. En Diario de un enfermo «las campanas tañen lúgubremente, tañen». También en Toledo la campana de la catedral, a medianoche, «suena solemne, angustiosa, desparramando por la ciudad dormida su trágico lamento». «Las campanas, espaciadas, tocan cristalinas», en Lantiagua. Yuste y Azorín suelen pasear mientras «una campana toca el Angelus». Porque, como dice Yuste, «vida es sucesión, sucesión es tiempo. Y el tiempo, cambiante siempre, es la antitesis de la eternidad, presente siempre».

«Un hombre araba un extenso banal; sudoroso, ha suspendido la labor, mañana vendrá y seguirá labrando, y al otro día, y al otro, y al otro, y siempre» (Diario de un enfermo). «Yuste pasea absorto. El viejo reloj suena una hora» (La voluntad). «La vida—se pregunta Azorín—¿es una repetición monótona, inexorable, de las mismas cosas con distintas apariencias?»

«He vuelto a oír (...) las campanadas del viejo reloj que marca sus horas, rítmico, eterno, indiferente a los dolores de los hombres...» (Los pueblos-Sarrio). Y cuando el amigo muere «... el viejo reloj lanza de cuando en cuando unas vibraciones, largas, sonoras».

«Todo pasa; los seres queridos desaparecen de nuestro lado; una estela de amor y de melancolía queda en nuestro espíritu» (Los pueblos-La muerte de un amigo). «Y el agua de la fuente cae en un manso susurro interminable» (Antonio Azorín).

«... oigo, en el profundo reposo de la llanura, el tic-tac del telégrafo, sonoro, presuroso» (Antonio Azorín). «Y por la noche, cuando me acuesto, pongo el relojito sobre la mesilla; su andar suave resuena en la alcoba. ¡Marcha! ¡Marcha!, parece que me dice» (Antonio Azorín).

«... a lo lejos silbaba una locomotora, y allí cerca, casi bajo el cadalso, un grillo cantaba: cri-cri-cri» (Soleidades).

«Todo es fugitivo, todo es expresión de lo efímero. «De pronto parpadea a lo lejos una fogata. Y de los confines

remotos llega y retumba en todo el valle el formidable y sordo rumor de un tren que pasa...» (Antonio Azorín).

## ¿PASADO? ¿PRESENTE?

Cantan los gallos, suenan los relojes, los perros aullan, caen rítmicas las gotas, llaman las campanas, las cigarras lanzan al aire su monótona cantilena; todo encarna un devenir, un tránsito, sonoro y regular, hasta infinito a veces, perdido en los ingravidos puntos suspensivos. Un ritmo—«el afanoso tic-tac de un reloj de bolsillo suena precipitado» (La voluntad)—señala un instante que aspira a petrificarse. El tiempo se instala definitivamente en el mundo literario de Azorín: «Son las diez. Un vetusto reloj suena la hora, dando discretos golpecitos en una tabla; parece que llama blandamente un amigo cariñoso: el tiempo.» «He vuelto a oír el susurro del agua, los gritos de las golondrinas que cruzan raudas por el cielo, las campanas del viejo reloj que marca sus horas, rítmico, eterno, indiferente a los dolores de los hombres...» (Los pueblos).

Esta fina sensibilidad es la clave de otros aspectos de la literatura azoriniana. Así, la constante presencia y actualidad de todo lo que encarna la condición de protagonista. Lo que Azorín relata está llenando la escena y la conciencia. Hay en él un deseo de transmitir lozana actualidad a todo lo que toca. «... Unas campanas me despiertan: dos hacen un tan, tan sonoro y ruidoso, y la tercera, como sobrecogida, temerosa, canta, por bajo de este acompañamiento, una melodía larga, suave, melancólica. Cervantes oiría entre sueños, todas las madrugadas, como yo ahora, estas campanas melódicas.» El labrador del siglo XIII, Delicado, Vives, Arrozala, Rubio, el anacalo, el apañador, el melcochero, que lanza su pregón, mientras «las campanas de la Colegiata lanzan las campanadas lentas, lentas, del Angelus» (España), todos, todos los personajes del pasado, grandes y humildes, cobran vida en el escenario ahistórico de Azorín. «Cerremos por un momento los ojos y echemos a volar la imaginación. Ya estamos en 1836». Y nos sitúa en un paisaje, en un pueblecito, en un lugar querido, junto a seres que vivieron antaño, pero a los cuales la prosa de Azorín pone en presente, en vigorosa y tangible actualidad.

De rato en rato, el tic-tac de un reloj, la cantilena de una chicharra, el Angelus de una campana nos recuerda que el Tiempo, sin dimensión, sin definición posible, no posee otra referencia que el aquí y ahora del lugar sobre el cual gravita, sobre el que ejerce su invisible, blanda, fatal misión. Lo explica Ortega: «Azorín petrifica las cosas.» Las detiene, sí, en un lugar, un año, un mes, un día y allí se instala Azorín, e instala al lector, con sosiego, sin prisas. De este modo domina el penoso ritmo del tiempo que pasa. —«Volvamos, que ya es tarde—le dice alguien en Las confesiones de un pequeño filósofo—. Yo, al oír estas palabras, he experimentado una ligera conmoción. Es ya tarde. Toda mi infancia, toda mi juventud, toda mi vida han surgido en un instante. Y he sentido—no sonriáis—esa sensación vaga, que a veces me obsesiona, del tiempo y de las cosas que pasan en una corriente vertiginosa y formidable.»

## LA DESCRIPCIÓN HISTÓRICA

Su estilo literario está en buena parte movido por el anhelo de hallar una definición, una expresión, al tiempo. En ocasiones, lo ensaya mediante la descripción del paisaje, como si así, inmovilizándolo, perpetuase impresiones pasajeras. La minuciosa anotación del ambiente, del paisaje, recuerda a la escuela pictórica imperante en los años de finales de siglo. «A la derecha del porche se abre la cocina, de ancha campana. A los lados, adosados a la

pared, corren dos apoyos bajos. Dos armarios, junto a cada poyo, guardan al apropiado menaje. La luz, en la suave penumbra, baja por la espaciosa chimenea y refleja sobre las losas del hogar blanco resplandor. Cerca de la puerta del patio, en lo hondo, brilla en sus primorosos arabescos, azules, verdes, amarillos, rojos, el elizar del tinajero. La tinaja empotrada en el ancho resalto deja ver el recio reborde bermejo de su boca. Y el sol, que por el montante de la cerrada puerta penetra en leve cinta, refule en los platos vidriados, en los panzudos jarros, en las blancas jofainas, en las garrafas verdosas.» (La voluntad.)

Los objetos, en las descripciones vigorosamente impresionistas, van acompañados de calificativos que los aprisionan y retienen en las mallas de una sensación. Una sensación preferentemente pictórica: «Blancas hojas», «recia bufanda negra», «klosetas amarillentas». Hasta la luz desempeña en las descripciones azorinianas una embajada tan capital como en los cuadros de Sorolla o de Dario de Regoyos. Detalla Azorín con la minuciosidad de un pintor de la escuela flamenca. Y para hacerlo necesita, como aliado, la luz. «No acertamos a expresar—nos dice en el margen de los clásicos—la serenidad de la noche, ni el silencio, ni el brillo misterioso de las estrellas, ni el concierto íntimo y espiritual que forman el ritmo perenne del reloj, el astro brillante de que no podemos apartar la vista, y la melancolía de este can lejano que aulla.» Si necesita Azorín la luz tanto como el pintor para dar colorido a sus cuadros. Con ella como huésped, compone la escena o el paisaje de manera que parece no transcurre ya el tiempo, no devienen las cosas hacia su desintegración.

Esta cesación del tiempo permite a Azorín moverse entre los siglos y las edades como la luz de una estrella, que, desaparecida hace centenares de años, sigue titilando sobre nosotros. Desde ella, acaso, como dice Azorín, unos ojos ven a Fray Luis de León pasearse por un huertecillo de la Flecha.

## TIEMPO Y RESIGNACION

Azorín encuentra a los hombres de una monotonía abrumadora. Están tocados todos de una tristeza por el paso

del tiempo. Nótase en ellos el deshojar de las ilusiones, el despojo del vigor juvenil. No halla Azorín en éstos otra emoción que la expresada en un período claro, luminoso, al final de un capítulo, al modo de resumen de la suave nostalgia que emana de la prosa. «¡Adiós, queridos amigos! Os vais con las hojas, que ruedan amarillentas; con la lluvia, que cae monótona; con las golondrinas, que se alejan raudas.» Azorín ha probado en sí mismo, en su vida de escritor, los combates, las angustias, que en otros novelistas son tema de creación. El lo ha superado todo. Sus páginas nos dan la medida de una voluntad libre, muestran un poder contenido, reprimido, clásico. «No tengamos ni hostilidad ni agresiones para quien hace del arte una granjería.» Una resignación, bañada de melancolía, ha llenado el vacío que dejaron los arranques de emoción, los impulsos ciegos, la pasión sostenida y tenaz hacia algo. El tiempo transcurre, y deja en nosotros señales muy notorias de consumación. «Junto a un balcón, en una ciudad, en una casa, siempre habrá un hombre con la cabeza, meditadora y triste, reclinada en la mano. No le podrán quitar el dolorido sentir.» (Castilla.) A pesar de que progresa la especie humana, a pesar de que se realicen las más fecundas transformaciones, el sentir que inclina la cabeza del hombre es la más intensa y cálida onda que invade su conciencia. Todo lo otro difuminase anodino. Como su don Juan de Prado y Ramos, Azorín «acepta la flaqueza eterna humana y tiene para los desvarios ajenos una sonrisa de piedad».

¿Y cuál es la expresión del tiempo? El tiempo no lo podemos medir, no lo podemos encerrar en las mallas de un concepto. Hay segundos, en una meditación, en que brota luminosa una imagen del tiempo. Veamos el resultado de uno de estos instantes:

«Vivir—escribe el poeta—es ver pasar. Si; vivir es ver pasar: ver pasar, allá en lo alto, las nubes. Mejor diríamos: vivir es ver volver. Es ver volver todo en un retorno perdurable, eterno; ver volver todo—angustias, alegrías, esperanzas—, como esas nubes fugaces e inmutables. Las nubes son la imagen del Tiempo. ¿Habrá sensación más trágica que aquella de quien sienta el Tiempo, la de quien vea ya en el presente el pasado, y en el pasado lo por venir?»

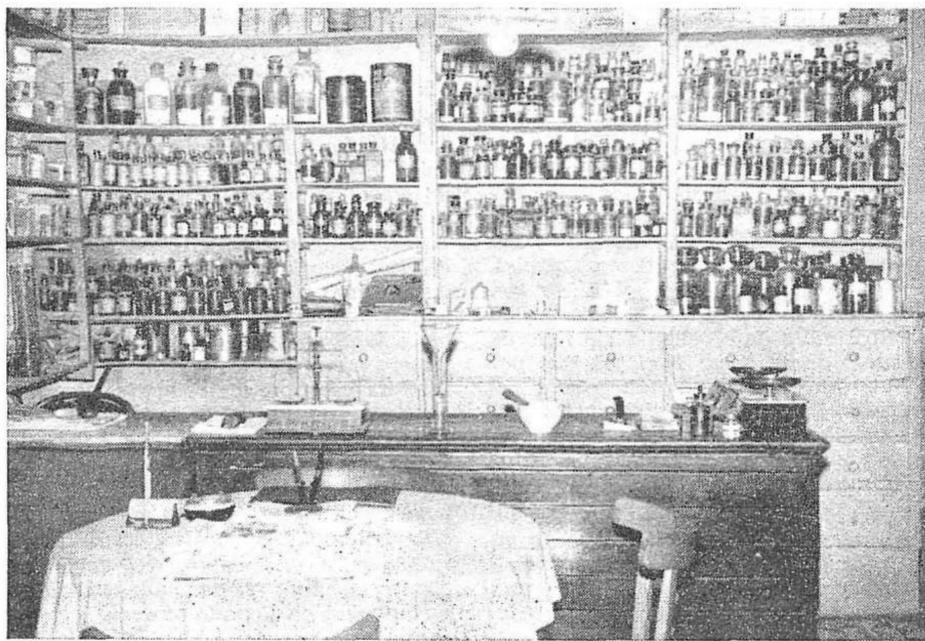
Azorín se reveló y se rebeló cuando le mandaron a recorrer la ruta de Don Quijote. Pascual Antonio Beño—que no había nacido todavía—recuerda su paso por La Argamasilla.

LA MUERTE DE JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ LA hemos sentido todos los habitantes del castellano. Sabíamos que su fin no podía andar muy lejano, sabíamos que últimamente ya no vivía en este mundo, sino que pertenecía a la historia de nuestra literatura. No obstante, Azorín, con su rostro enjuto y serio de estatua, seguía pensando y leyendo junto a la mesa camilla en su piso de la calle de Zorrilla, de Madrid. Hemos sentido su muerte porque es triste ver morir a los demás; ya que en la muerte de los otros no vemos, ni más ni menos, que la certeza y la proximidad de nuestra propia partida; pero también nos hemos alegrado de que el maestro de Monóvar haya podido al fin pasar a su puesto—mercedísimo—entre los inmortales, y que el pobre anciano de la calle de Zorrilla, de Madrid, haya podido, al fin, alcanzar la

serenidad eterna—esa que siempre quiso estar en su rostro y en sus escritos—. Ya nadie podrá quitar a Azorín «su dolorido sentir». Su pensamiento se ha hecho luz, una vez traspasada la barrera del misterio.

Cuando se me informa de la muerte de José Martínez Ruiz siento Argamasilla de Alba diferente. He notado no sé qué extraña ausencia en el viejo caserón del Casino—que Azorín visitara sesenta años antes—; he sentido ausencia en la vieja plaza, en los álamos del río; he sentido diferente ese galgo negro, rojo, gris, indolente...

De toda la obra azoriniana es la paisajística la que más me conmueve—esa que nos descubre para la eternidad a los hombres y a los paisajes de España—, y de este tipo de obra—no sé, quizá porque soy manchego—es La



Esta es la rebotica, con tarros antiguos, mesa camilla y todo igual que cuando Azorín tenía aquí su tertulia

ruta de Don Quijote la que más llama a mi sentimiento, y de esta singular y primerísima Ruta de Don Quijote son los capítulos que tratan de Argamasilla de Alba los que más me sobrecogen. Hoy, muerto ya el autor, los he vuelto a leer, y me han hecho llorar; hoy me he dado cuenta que acaba de morir un poeta; que Azorín era un poeta. Esto me recuerda aquella entrevista que en el año 1964 Azorín concedió a Rosendo Roig para su publicación en el diario *Ya* (9 de junio):

—¿Por qué no escribió usted principalmente libros de poesía?—demandó, muy inteligentemente, el periodista.

—El día que me lean atentamente no me harán esa pregunta—respondió el «Genio de Monóvar».

Al parecer, yo he leído esta tarde atentamente a Azorín.

Azorín visitó Argamasilla de Alba en el año 1905, con la ingrata tarea de conocer España desde sus propios pueblos. Era un periodista que escribiría crónicas en *El Imparcial* sobre *La ruta de Don Quijote*. Sus crónicas periodísticas, destinadas—como todo periodismo—a ser flor de un día, quedaron como una de las páginas más interesantes de nuestra literatura inmortal. A través de ellas dió los primeros pasos para ese descubrimiento de España por los españoles, que tanta falta nos hacía y nos hace.

Azorín se hospeda en Argamasilla en la fonda de la Xantipa, fonda que quedará desde entonces como hospedaje inevitable en los caminos de nuestra lengua. ¿Qué bien describe Azorín los personajes y los rincones de aquel lugar! Allí conoce a Juana María, y al describirla, sencilla y llanamente, crea uno de los capítulos más bellos de toda su obra. (La fonda de la Xantipa es regentada en la actualidad por su nuera, la hermana Sinforosa, que posee un albergue limpio, sencillo, hermoso, azoriniano. Tiene un bello patio emparrado y muchos tiestos con flores. La fonda ya no está en el lugar en que Azorín la conociera, más sigue lo mismo. El edificio que conoció Azorín, en la Glorieta, ha sido transformado en un comercio de comestibles y en caja de ahorros provincial; pero, de todas formas, aún siguen evocadoramente en pie la vieja cocinilla, la cuadra de las mulas y el patio con los corredores. Juana María murió. Dicen que en vida solía visitar a Azorín cada vez que iba a Madrid.)

Los de Argamasilla, al leer las crónicas de *La ruta de Don Quijote* en *El Imparcial* (marzo de 1905), se molestaron un poco con el periodista, pues pensaban que el escritor gastaba alguna ironía con ellos y que les trataba de pueblo indolente. Es incierto. Azorín honró a Argamasilla e hizo de este pueblo cervantino una descripción magistral (sólo quizá en *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez, podremos encontrar tanta belleza, tanto poema en prosa). Orgullosa puede estar Argamasilla de su probado cervantismo, siempre defendido a golpes de corazón; pero también debe de sentir un raro y bello orgullo de que Azorín se ocupase tanto y tan bien de este pueblo

y lo colocase—ya sin polémicas eruditas—en un lugar tan sobresaliente dentro de la literatura.

La botica del licenciado don Carlos Gómez, donde Azorín se reunía con los académicos, sigue intacta en el mismo lugar y pidiendo a gritos su fachada una hornacina con un busto de José Martínez Ruiz. En el interior se conserva la rebotica igual, igual, que cuando don Cándido, don Luis, don Juan Alfonso, don Francisco y don Carlos se reunían con el periodista en animada charla. (Ahora ya no se celebran tertulias en las reboticas; las televisiones, el cine, los *ye-yés* y todas esas cosas han terminado con tales costumbres.) El ambiente de Argamasilla es el mismo, incluso su indolencia, pese al nuevo alcalde, que en menos de un año ha construido un parque, una plaza de toros, un hostel, un matadero y mil cosas más. Ya murieron también aquellos académicos, que pasaron a la literatura castellana como los hombres más discretos, más amables, más sencillos y más hidalgos. Quedan sus nietos, sus hijos (los Montalbanes, los Padillas, las hijas de don Carlos Gómez), y quedan, sobre todo, los académicos, porque en Argamasilla, con Cervantes y sin Cervantes, siempre hubo y siempre habrá académicos discretos, amables, sencillos, hidalgos y poetas.

El tiempo parece que no corre. Por eso, cuando quiero ver a Cervantes, me voy al Pósito o a la casa de Medrano; cuando quiero hablar con Don Alonso Quijano, me voy a la iglesia y miro los ojos de don Rodrigo de Pacheco de lienzo, de misterio y de locura. Y cuando quiera ver a Azorín, me iré al canal, por donde el Guadiana—siempre el mismo agua y siempre diferente—discurre lento entre olmos y sauces, o caminaré por los callejones venecianos de la Argamasilla, donde siempre veré el mismo galgo indolente, sea negro, gris o rojo.

Azorín estuvo en Argamasilla en 1905, y después se llevó el pueblo entero—pueblo andante, según él decía—a recorrer por los siglos de los siglos las rutas de las Españas. Yo quise que Azorín volviese a Argamasilla para ser presidente de honor de la «Academia» (proyecto con mucha cabeza y mucho corazón, pero sin piernas ni manos). Azorín me escribió, por este motivo, unas cartas hermosísimas que aún conservo. Recordaba en ellas su visita a Argamasilla, su fervor por este lugar; recordaba la fonda de la Xantipa, la Juana María, don Rafael, don Cándido, y seguía creyendo a pies juntillas que Alonso Quijano el Bueno era de este ilustre pueblo manchego; pero Azorín estaba cansado—yo diría que muerto en vida—; era sólo recuerdos. «Ustedes los jóvenes pueden hacer...», me decía. Y más adelante: «Estoy agotado, estoy enfermo...» Escribía a máquina; a veces faltaban letras, otras se diría que temblaba la escritura mecánica. En estas cartas me dejó el mejor pan y el mejor vino para mis recuerdos en su firma inimitable, a fuer de sencilla y llana—como su estilo literario—, seis letras bellísimas que querían decir mucho: Azorín.

## 4.<sup>a</sup> DESDE VENEZUELA

RAS

El seudónimo «Ras» es del arquitecto Eduardo Robles. Estuvo en nuestra casa (v. núm. 304 de LA ESTAFETA LITERARIA) y luego vió a Azorín—Prado y Zorrilla son calles próximas—, según cuenta el 11 de marzo de 1967 en *El Nacional*, de Caracas. «Hace dos años largos...»

PERO el Azorín que nosotros conocimos personalmente no era aquél ni tampoco el de su fecunda madurez. Fué hace dos años largos cuando le vimos en su departamento apacible y suave, en un 2.º piso de la calle de Zorrilla, de Madrid. Viejo ascensor con banco tapizado en rojo que sólo podía usarse para subir. En el salón, el conocido retrato de Zuloaga y Doña Julia, esposa del último representante de la generación del 98, diciéndonos: «No le pregunten más». El maestro, con sus noventa y un años entonces, había perdido ya el gusto por la charla; ni siquiera sobre cine, su última y tardía afición. Era como una figura escapada de El Greco, enjuto, alto, amojamado, a veces con aspecto de porcelana fina y otras—las más—convertido en estatua, figura de cartón o santo de madera de rostro policromado en tonos rosados transparentes. Ojos lejanos, ausentes. Personaje reducido a su mínima expresión, como su prosa donde las comas fueron sustituidas por puntos. Al recordarle ahora, cuando ya la ausencia física es definitiva, comprendemos mejor aquella respuesta suya en la última entrevista publicada: «Me arrepiento de haber sido locuaz». En nuestra visita ya estaba indudablemente arrepentido.



## 5.<sup>a</sup> Y, POR FIN, DON JUAN

JOSE ALVAREZ ESTEBAN

José Alvarez Esteban resalta las peculiaridades que hacen del Don Juan azoriniano un personaje distinto a todos los demás tratamientos del Burlador.

SI toda la invención consiste en hacer alguna cosa de nada, Azorín hizo un personaje literario de un hombre como todos los hombres: ni alto ni bajo, ni delgado ni grueso, con una barbita, es de suponer, que tendría que ser forzosamente morena y un tanto moruna. No un Don Juan de Asís, aquel que habría de entregar su capacidad amorosa y de seducción a las que no podían esperar nada del amor. Ni un violento, arrebatado, arrogante y libertino; sin precedente alguno en aquellos donjuanes que en la literatura han sido, desde Tirso de Molina, pasando por Molière, Byron, Zorrilla, Lenormand, Valle Inclán, Un Don Juan pacato, familiar, solitario, bondadoso, especie de santo laico, entre místico y enciclopedista, inserto en un ambiente vago y sensual como la celda de sor Natividad; teñido del crepúsculo de melancolía que nimba la vida de los donjuanes.

Don Juan ha vivido mucho, ha viajado, ha amado también; se presiente en el halo sutil que le rodea cual una leyenda apacible, y ha llegado a la última satisfacción de desdeñar mejor que poseer. Se asoma a la mirada de las doncellas y de las religiosas y deja

la presea de una flor—rosa roja que luego se marchitará—, prendido en el aire un suspiro.

Don Juan aparece sin turbulencia alguna, deleitado en la meditación «que es para él la fuerza suprema del espíritu». Con esa fuerza atrae las miradas femeninas, inclina hacia él las cabezas pobladas de sueños, distrae la oración en la soledad de un celda conventual con el regusto de un recuerdo instantáneo. Y él sigue su vida de una dulce rutina: la tertulia, el paseo, la campana del atardecer, don Francisco, don Leonardo, don Gonzalo. Don Juan no hace nada de particular. Don Juan se recoge sobre sí mismo en la monotonía de una vida provinciana.

Un personaje nada excepcional, lleno de humanidad y humildad, que no se jacta de sus conquistas, que no blasona de irresistible: un Don Juan que no sabe que lo es. Sin embargo, puede figurar en una antología de donjuanes como los otros: muy sencillo y auténtico, sin más leyenda que la que le prestan los comentarios de los vecinos, que le suponen otrora rico, amado, conocedor de mundos diversos; un personaje que gravita en un ámbito con fuerza y realidad (no así la desdibuja-

da doña Inés azoriniana, la cual sirve únicamente de figura al marco bien lo grado de la Segovia antañona).

Don Juan del Prado y Ramos es un hombre del final del siglo XIX, y sus resortes vitales no son los azarosos del romanticismo, sino los del posromanticismo melancólico y un tanto dulzarrón, Mundano, dentro del clima de las ciudades españolas de aquella época, apegado a las costumbres, con el culto de lo cotidiano en donde ha encontrado una razón y sentido de la vida. Es bien recibido en todas las casas, querido y respetado. Su entidad huma-

na encuentra excelente acogida entre las féminas, porque intuyen que siempre la ha hallado en todas, y muchas le han —le habrán— amado. Pertenece a esa calidad masculina hacia las que la mayoría se inclina, por acaso ver en él el marido ideal y hasta poco accesible. El no miente ni engaña, al menos de palabra, aunque sus ojos dejen adivinar ideas e intenciones recónditas, ya que nunca una mujer se dejará prender por una mirada que no le diga nada. Y en ese juego secreto está seguramente la clave de su éxito. En su época y, sobre todo, ambiente,

había pocas oportunidades para la seducción verbal ni la acción, como los otros donjuanes, que rompen moldes sociales, convencionalismos, lealtades, respetos y prohibiciones. Este hombre observa un comportamiento social irrepachable. Ningún padre, ningún marido puede tener la menor queja de él, al menos ostensiblemente, porque el arcano de lo que bulle en la mente de sus hijas o sus esposas no se le revelará.

Azorín no podía crear otro Don Juan más que éste, apenas arrepentido por no tener de qué; sosegado, tierno,

comprensivo, contemplativo, gran señor y hombre parco. Tenía que darse a conocer en la capital de provincia, y no en las grandes ciudades por las que había pasado, ni en los círculos mundanos que se le sospechan anteriormente. Recluido en tal esfera, cobra más relieve su recia personalidad, se singulariza entre los hombres de que se rodea. No ha habido pintor que se decidiera a interpretar a este personaje tan escueto, al que solamente podría ponerse el marchamo de su etopeya en una difícil lucecilla muy escondida en el fondo de su mirada.



El presidente nacional de la «Associazione italiana amici della Spagna», Carmelo Zuccarello, llegó a Madrid en el pasado mes con la finalidad de promover intercambios, recoger un interesante material bibliográfico para su traducción al italiano, procurar becas de estudios para aquellos que deseen venir a nuestro país y, sobre todo, lograr un apoyo moral y financiero que impulse el despliegue de más amplias y efectivas actividades de una organización que está por alcanzar los tres años de vida).

Ha fallecido en Buenos Aires el escritor español Juan Goyanarte, que residía en Argentina desde hace cincuenta años. Es autor, entre otros, de los libros *Campo de hierro*, *Lunes de Carnaval*, *Tres mujeres*, *Kilómetro 25* y *Lago argentino*, considerada esta última como su mejor novela. Fue director de la revista *Sur y Ficción*, socio gerente de la Editorial Sur y presidente de la editorial que llevaba su nombre. Hace unos meses vino a España y visitó nuestra redacción. Con LA ESTAFETA mantuvo una amena tertulia, acompañado de su esposa, en la que nos indicó el gran progreso que notaba en España en los últimos años. Su intención era visitarnos también en el presente año. Descanse en paz.

Han sido concedidas las Grandes Cruces de la Orden de Alfonso X el Sabio a Gerardo Diego Cendoya y a Conrado Blanco Plaza. No creemos necesario comentar la vida y obra de estos dos personajes de nuestro mundo literario.

Fernando Ramos, que en la actualidad dirige el diario barcelonés *Solidaridad Nacional*, ha sido designado jefe de los servicios informativos de Radio Nacional de España. Anteriormente fué director de los periódicos *La Voz de Castilla*, *Sevilla* y *La Prensa*.

En el Centro Asturiano de Madrid se celebró una sesión de homenaje póstumo a Alejandro Casona. El acto tuvo lugar el 16 de febrero. Emilio Gascó Contell habló de la vida y obra del dramaturgo y, a continuación, se llevó a cabo la lectura de *Sinfonía inacabada*.

El día 12 de febrero, en la clínica Covesa, José Antonio Novais ha recibido al tercero de sus hijos, varón como los anteriores. El reverendo padre José María González Ruiz, canónigo lectoral de Málaga, le ha impuesto en la pila de bautismo el nombre de Xavier, en homenaje al filósofo Zubiri, según el padre. Los otros dos hijos del matrimonio Novais tienen tres años de medio y un año y ocho meses, respectivamente. Felicitamos por este feliz parto a la doctora Monique Ledieu, investigadora del CSIC.

En la Casa del Brasil se representó *Antígona*, de Jean Anouilh. La dirección corrió a cargo de Vicente Scarpellini. La compañía lleva por nombre El Nuevo Teatro Popular, y tiene como deseo el de ponerse al servicio del pueblo para ofrecerle el teatro. La representación fue patrocinada por la Subdirección General de Cultura Popular y por el Ministerio de Información y Turismo.

Tarjeta expresiva: «José Félix Navarro Martín y Nieves González de Navarro se complacen en participarle que Dios ha bendecido su hogar, por tercera vez, con el nacimiento de su hijo Pablo Miguel, el día 17 de febrero.» Nuestra enhorabuena al matrimonio. José Félix Navarro es correspondiente de LA ESTAFETA en Sevilla.



—¡No tan fuerte, don Ramón; no tan fuerte!

El pasado día 13 cumplió noventa y ocho años don Ramón Menéndez Pidal, presidente de la Real Academia Española de la Lengua, quien en su residencia de «Los Olivos» recibió un sinnúmero de cartas, tarjetas y telegramas de felicitación. Al día siguiente TVE dedicó su espacio *Biografía* al maestro, reflejando y propagando el meritorio y nunca bien glosado quehacer en esclarecimiento y mayor gloria de la literatura y lengua españolas.

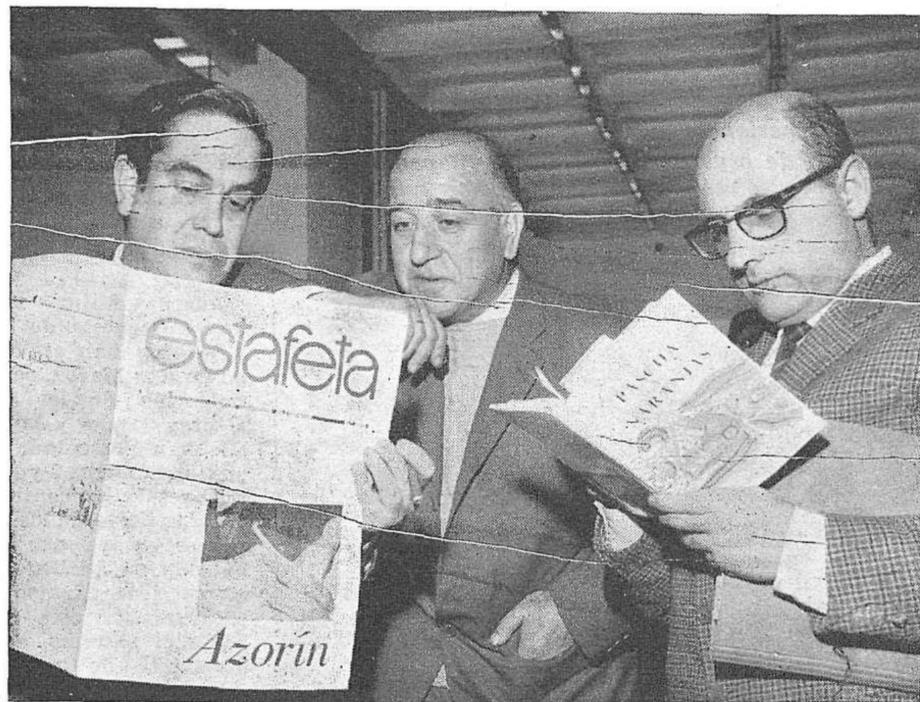
Esperemos que dentro de dos años, los que le faltan para sumar el siglo, podamos repetir a don Ramón nuestra afectuosa enhorabuena, enviándole desde estas páginas, como hoy, la veneración y afecto que le profesamos en esta casa. Y que conserve ese aliento poderoso para apagar velas —y no sólo de tartas cumpleaños— imaginado por Quesada en *Arriba* (16-III-1967). Con gusto reproducimos tan intencionada ilustración.

Don Salvador Lisarrague, catedrático de Sociología y vicedecano de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, falleció el 14 del presente, suspendiéndose en señal de duelo durante el siguiente día las clases en la Universidad madrileña. Durante su vida, Lisarrague desempeñó diversos cargos públicos, entre los que destacaron los de secretario y delegado provincial de Educación Nacional, inspector general de Trabajo y el de representante español en el Congreso «Pax Romana» celebrado en Suiza. Publicó el estudio *El poder político y la sociedad* y dictó numerosas conferencias, rindiendo un gran servicio a la cultura española con sus conocimientos sociológicos.

En esta «Crónica» son tres los escritores que han visto incrementada su descendencia por tercera vez: Manuel Mantero, José Antonio Novais y José Félix Navarro. También en su condi-

ción de padre ha de venir a ella Jesús Frago del Toro —«Chuchi» para el humor y para los amigos—, sin ni siquiera aumentar el número de los retoños que Luisa de Castro le ha dado. Con los DIECISIETE que ya tiene el matrimonio le ha bastado para obtener el primer premio Nacional de Natalidad correspondiente al año 1966.

José María Rincón, que ha sido miembro de esta redacción y que en la actualidad es jefe de Programas Dramáticos de TVE, el 25 del pasado mes, a las cuatro de la tarde, ha recibido el mejor «original» a estrenar nada menos que ante la vida. El «original» se llama Ana Lucía, pesó tres kilos con quinientos gramos, y morenilla, y se lo entregó con todo cuidado Gloria, su mujer. El argumento queda reducido a decir que José María Rincón ya es padre. Nuestra más cariñosa enhorabuena.



En la noche del 15 de marzo, numerosos escritores y amigos se congregan para una cena de homenaje a Jorge C. Trulock, director de la colección «La Novela Popular», que edita Alfaguara. Homenaje merecido a quien ha logrado resucitar la novela corta en una colección que responde a un triple compromiso: «Contemporánea, inédita, española». Junto a los dos premios «Alfaguara» —Torbado y Vicent—, pronunciaron unas palabras Angel María de Lera, Alonso Zamora Vicente y Luis Panero, así como dos representantes de la torería: el matador Pedrín Benjumea y el rejoneador Baena, buenos amigos de Jorge, autor de *Blanquito, peón de brega*.

Días antes, fué presentada a la familia literaria la novela *Pascua y naranjas*, último premio «Alfaguara». A dicho acto corresponde esta foto, en la que Jorge C. Trulock aparece con el número 365 de LA ESTAFETA en las manos, y nuestro confeccionador, Juan Barberán, hojea *Pascua y naranjas*. Entre ambos, Luis Ponce de León. Jorge Cela, redactor nuestro, salió de la Redacción de LA ESTAFETA para incorporarse —en cuerpo y alma— a Alfaguara. Enhorabuena y añoranza le tributamos.

## DISCOS, ITALIA... Y ESPAÑA

Las ventas de discos del apartado que de modo genérico se define como «sinfónico» y que agrupa, en realidad, todo tipo de música seria, muestran en la mayoría de los países un panorama desolador. Y es este panorama el que justifica de un modo más o menos vago la postura de la industria del disco frente a la grabación de las obras «sinfónicas».

Matizando, se podría decir que dentro de ese grupo genérico se encuentran dos más específicos, aunque no únicos: lo clásico y lo contemporáneo. En lo clásico, que incluye desde los clásicos propiamente dicho hasta el post-romanticismo, la producción arroja el saldo más importante dentro de esa limitación general. Lo contemporáneo se reduce en tal medida que más que de una producción hay que hablar de títulos independientes, si salvamos los dos o tres compositores que en determinadas obras han logrado una difusión excepcional. Me refiero a casos como el de Falla o el de Stravinsky.

Ahora me llega un informe de Italia que tiene una significación especial. Concretamente, refiriéndose al pasado año, dice: «Se han vendido cerca de 30 millones de discos, con un aumento notable con respecto al año pasado y un marcado afinamiento del gusto del consumidor. En efecto, el 13 por 100 de las ventas, por un total de tres millones y medio de discos, se refería al repertorio «clásico» (expresión que también se usa para definir la música seria) que en el pasado afectaba solamente al 8 por 100. El resto se refiere casi enteramente a canciones y bailables, con un porcentaje muy modesto (7 por 100) para la música de «jazz».

Según el mismo informe, el lanzamiento exclusivo de novedades en el campo de la música ligera ha producido un exceso de material sin vender, lo que ha decidido a la industria a variar su política de producción.

Esta experiencia negativa ha conducido, como era de esperar, a una mayor dependen-

cia en producciones a largo plazo, que aseguran una estabilidad en las ventas, indudablemente menores pero más seguras. Y, por otra parte, los consumidores se van orientando hacia la música seria, con lo que la razón que justifica el cambio de sistema de producción se ha hecho más consistente.

Este equilibrio entre el descenso en las ventas de las canciones del momento y el aumen-

to en la música seria ha dado por resultado una situación floreciente para Italia. Con sus 30 millones de discos al año, se sitúa en el cuarto lugar de la clasificación europea, precedida de Inglaterra, Alemania y Francia. La crisis, que existe, se concentra en los discos sujetos a una moda permanentemente en movimiento.

La situación no puede ser única y de hecho

### entre ayer y mañana

Con ese silencio, con ese limitado eco que rodea lo musical cuando no se trata de canciones de moda, ha llegado la noticia de la muerte de Zoltan Kodaly, compositor húngaro, como aclaran los periódicos que están convencidos de la pequeña audiencia que va a acusar el peso de la información.

Otra mención obligada es un recuerdo a Bela Bartok, cuyo nombre ha ido siempre unido al de Kodaly por coincidencia de nacionalidad y de escuela: el nacionalismo.

Mientras Bela Bartok se marchó de su país para refugiarse en los Estados Unidos, Kodaly ha seguido fiel, aunque con algunos problemas, al comentado fervor patriótico de su pueblo. Para Bartok el exilio fué causa de muerte, ya que en los Estados Unidos—eternos admiradores de glorias europeas—no se le prestó atención alguna. Kodaly ha llegado a los ochenta y cuatro años, contra viento y marea, sobreviviendo al levantamiento de 1956. El descubrimiento posterior de Bartok no le ha alcanzado. Tal vez su muerte sirva para despertar la curiosidad del mundo musical frente a su obra.

Los dos últimos conciertos de la Orquesta de la Radio Televisión han estado a cargo de Ros Marbá, con la participación de los pianistas Gyorgy Sandor y José Kahan que han presentado los conciertos números 2 y 3 de Bartok, respectivamente.

La audición de los tres conciertos en sesiones sucesivas ha sido un aliciente más de la excelente temporada de programa de esta Orquesta, hasta el extremo, que tanto la «quinta» de Beethoven que figuró en el primero, como la «cuarta» de Brahms del segundo, suponían piezas de un equilibrio necesario.

En el primero se incluía, además, el estreno de Homenaje a Gaudí, de Narciso Bonet. Lo que descubre el homenaje, sin temor a dudas, es la seguridad de su autor en el manejo de los elementos. Se trata de una obra bien hecha, bien escrita, en la que ese dominio supera con mucho el interés intrínseco del conjunto. La juventud de Bonet dificulta la posibilidad de situarle, porque

su manera de hacer se queda un poco en un dominio sin sorpresas, sin novedades. No es que sea obligado ser post-serialista o acudir a la electrónica, pero tampoco basta la exhibición de seguridad en el tratamiento del material sonoro de acuerdo con normas ya muy hechas. Siempre es más fácil perdonar a un joven una excentricidad que valorar en él los modos de sus mayores. En cuanto a la habilidad técnica es algo que se da por supuesto a la hora de ver el título anunciado en un programa de una orquesta sinfónica. Se presume unos conocimientos que le han permitido llegar a ocupar ese puesto. Estamos ante el repetido problema de la música de hoy, ante la transición.

Ros Marbá fué logrando una mejor cuadratura en la Suite número 2, de Bach, según avanzaba la obra. Rafael López del Cid confirmó su calidad de solista, encajando mejor a la par que la orquesta «entraba en situación».

Los dos conciertos se vieron sucedidos por una nueva actuación de la Orquesta de la Radio Televisión, igualmente dirigida por Antonio Ros Marbá, en un programa extraordinario ofrecido a la 156 Promoción de Alumnos de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.

Como ya hemos comentado en otras ocasiones, los títulos incluidos reunían las condiciones de cierta popularidad que corresponde a la ocasión. Y Pedro de Lerma fué solista en las Noches en los jardines de España, de indiscutible atractivo, en una versión limpia, ajustada, conforme al carácter de la música de Falla.

Nuevos estrenos por el grupo «Alea» son, también de nuevo, otra de las sesiones más interesantes de la quincena. Y, una vez más, el Instituto Francés y «Cantar y Tañer» fueron colaboradores de la presentación de un conjunto de solistas dirigidos por Konstantín Simonovich.

De los cuatro compositores que formaban el programa, elegimos dos en las obras concretas aun cuando sus nombres sean menos conocidos. El argentino Edgardo



Cantón y el español Miguel Angel Coria ofrecieron dos buenos ejemplos de hallazgos dentro de la aparente confusión general, muy distintos de Xenakis y Ferrari, que iniciaron y cerraron el programa.

Edgardo Cantón era el autor de Pieza, para ondas martenot y conjunto de cámara. Las posibilidades de las ondas martenot ya han sido suficientemente explotadas, pero aún así, Cantón logra excelentes efectos y, sobre todo, un buen equilibrio entre el conjunto instrumental y la parte solista.

Volúmenes, de Miguel Angel Coria, fué especialmente aplaudida no sólo por su presencia en la sala del Instituto Nacional de Previsión, sino porque presenta un juego de posibilidades, de caminos, de soluciones en los que ha participado de modo decidido la imaginación creativa, en vez de un puro afán especulativo.

Los títulos de Xenakis y Ferrari no fueron, como decimos, demasiado atractivos, en especial el del primero. Acusar a Xenakis de cerebral puede parecer tópico, pero sus preocupaciones de investigación le restan interés musical, aunque se lo añadan desde un punto de vista de «ejercicio».

Como suele suceder en los conciertos de «Alea», las opiniones se dividieron pese a que no se manifesten las contrarias más allá del simple silencio. Hubo, eso sí, un espectador «airado» a quien vimos salir precipitadamente de la sala y, por el contrario, escuchamos los comentarios



(Viene de la página 40)

Don Luis Ponce de León.

LA ESTAFETA LITERARIA.

MADRID.

Señor Director:

Un verdadero escándalo ha provocado en Francia el último libro de Jacques Maritain. Efectivamente, *Le paysan de la Garonne*—tal es el título—representa un cambio radical en la actitud del gran pontífice del «humanismo integral».

El mundo está lleno de epígonos, y no hay nada más fácil que traicionar las ideas, no comprenderlas, comprenderlas a medias, desfigurarlas, exagerarlas, arrancarlas de su contexto y de su perspectiva. Maritain tiene que haberse asustado ante las conclusiones a que han llegado muchos de sus discípulos, que no poseen como él ese *esprit de nuance*, que es el verdadero filósofo, y que, sobre todo, no saben defenderse del contagio de las ideas y de las actitudes cuando éstas se convierten en conformismo.

Es posible también que, a la luz de estas conclusiones, haya comprendido el verdadero alcance, la verdadera naturaleza de sus ideas de otro tiempo. En efecto, esto tienen las ideas: que, puestas a vivir, hechas carne y espíritu de la historia, presentan aspectos insospechados, descubren repliegues imprevistos e impreviables. ¿Hemos de culpar a los que han llegado a las últimas consecuencias? ¿No serán más bien los principios los que son acusables?

No faltarán ciertamente los que traten de salvar la coherencia de Maritain, presentando este nuevo libro como la continuación lógica de su producción anterior, como una puntualización, como una obra de reequilibrio. Pero, en resumidas cuentas, éste es un problema que interesa marginalmente. El hecho fundamental—por encima de lo que este libro representa en el conjunto de la producción maritainiana—es la denuncia que, con ruda franqueza de campesino, hace Maritain—¡precisamente él!

Está muy bien eso de situarse «a la altura de los tiempos», de comprender al hombre actual en su concreta realidad histórica, de infundir en la sociedad los valores cristianos, de descubrir y realizar la misión de la Iglesia y del cristiano en el mundo actual; hay que abandonar ciertas rutinas, ciertas estrecheces de otros tiempos, ciertas angosturas de mentalidad y de conducta; hay que redimir lo temporal... Todo esto está muy bien, pero se corre el peligro de romper equilibrio, de confundir las perspectivas, de desfigurar la verdadera fisonomía de la vocación cristiana. ¿Se corre el peligro? No, dice Maritain: es ya un hecho, un hecho grave e imponente.

«Sí—escribe el filósofo—, sabemos que contra los males de lo social-terreno, contra el hambre, la miseria, la guerra, la injusticia social y racial tenemos que luchar sin tregua, pues tal es la misión temporal del cristiano. Pero no es éste nuestro solo y único deber de cristianos, porque la tierra y lo social-terreno no son para nosotros la única realidad. Más aún: el cristiano puede cumplir completamente con su deber temporal sólo si la gracia y la oración le liberan y subliman sus energías naturales. Pero es precisamente esto lo que hoy día un buen número de cristianos no quiere comprender. Para ellos lo único que importa es la vocación temporal del género humano, su marcha difícil, pero victoriosa hacia la justicia, la paz y el bienestar. Se convierte a estos fines terrenos en el verdadero fin supremo de la humanidad, olvidando que hay que dedicarse tanto más a la misión temporal cuanto más se sabe que el género humano no llegará jamás a liberarse completamente del mal en este mundo, ya que su fin último es sobre-

natural. Asistimos a una completa temporalización del cristianismo.»

La denuncia de Maritain no es la única que se levanta contra el progresismo dentro de sus mismas filas. Otra voz es la de Jean Daniélou, uno de los exponentes máximos de la «teología nueva». Su libro *L'oraison, problème politique* no ha producido menos impresión que el de Maritain.

Indudablemente hay un fermento. Se está tomando conciencia de lo que en el progresismo hay de ambiguo, de peligroso, de desviado. Y los mejores empiezan a lanzar el grito de alarma. Es posible que dentro de poco ser progresista sea la cosa más trasnochada del mundo. Pero, estemos seguros, los rezagados serán legión.

JUAN MARCOS DE LA FUENTE

## HORIZONTES AUGURADOS

**AMIGO RUIZ DE LA CUESTA:** Desde la salina claridad de Cádiz, su carta, que en realidad es una colaboración de extensión acorde con estos tiempos minifalderos, con poca tela y mucha sustancia, es toda una declaración de esperanzados principios que en su integridad suscribimos. Gracias.

Señor Director:

*Necesitamos un nuevo calor de compañía, más sal en el diálogo abierto del pan que hermanamos. Queremos mejor educación en principios, mejores condiciones del trabajo de hormigas, mayor justicia entre los peces, más autenticidad en el fondo del mar y en la forma de navegar...*

*No hay barcos viejos, sino anclas con moho. Hay quillas bravas sin hélices revolucionarias que no duermen en el puerto. Y estaremos en la hoguera sin dejar quemar la fe, porque es la confianza de muchos y los horizontes auguran esperanzas.*

*Aún no es blanca la noche de las miserias cotidianas. Salta el murmullo de la gente que no ha nacido para empresas de patrias. Y todos duermen boca arriba. Pero no queremos ser como estas llamas que nos rodean, que están quietas en la soledad de un puñado de tipos raros.*

*Y antes que tuya fué nuestra esa estrella... Hoy queremos llevar la alegría en el corazón, para echar raíces que nos ayuden a morir. La gente como nosotros debemos soñar despiertos, para comprenderlo todo. Gracias por tener los ojos llenos de mar y saber esperar las olas... Gracias por haber venido, de admitir la coexistencia del absurdo. Estamos mirando la noche en nuestra inevitable dialéctica. Tenemos que estar un poco locos para cortar la flor y perdonar a todos, porque todos estamos enfermos, pero limpios de tristezas. Pasamos por la vida con las manos abiertas, pero uno no es feliz en primavera si no anda los caminos y capea los surcos, pidiendo más luz para la tierra.*

FRANCISCO RUIZ DE LA CUESTA

no lo es; la encontramos repetida en otros países europeos, pero, además, implica una buena noticia para los compositores serios. Las ventas generales en esa especialidad puede servir de estímulo a las compañías para realizar nuevas grabaciones; me refiero de modo concreto a España, donde la preocupación por la producción de obras contemporáneas, sin necesidad de citar marcas, es muy desigual.

favorables de recientes asiduos que van acomodando su recepción a los nuevos conceptos.

Para terminar, es preciso aludir a un problema extramusical, pero de gran importancia en los conciertos que se celebran en el Instituto Nacional de Previsión. Las condiciones de la sala son buenas, pero precisamente por eso y por el absoluto silencio y respeto con que se escuchan los conciertos nos parece conveniente sugerir que se estudie la posibilidad de alfombrar el escenario. El problema que ya se había planteado en sesiones anteriores, se agudizó en la última. Cualquier movimiento de los intérpretes sobre el suelo de madera produce una serie de ruidos que perturban, perjudican y distraen. Creemos que podemos afirmar que todos los asistentes estaban pendientes durante la interpretación de Volúmenes de este detalle, en especial en los pianísimos, en los que sillas, zapatos y suelo se unían en un fondo de ruidos inaceptable. A esto se sumó el material de orquesta, copiado en hojas sueltas, con todo un despliegue de nuevos ruidos. Ambos son problemas de fácil solución que beneficiará considerablemente los futuros conciertos.

La nueva instrucción del Vaticano sobre la música sagrada presta una gran flexibilidad al tema, a la vez que puede servir de estímulo para la creación de nuevas obras dentro de más amplios conceptos.

Se da acceso a nuevos instrumentos y se aumenta el número de los participantes. Y, por otra parte, se concede al canto gregoriano un valor «normativo» de indudable interés.

La expansión de las normas aumenta el número de recursos y, en consecuencia, el campo se hace más atractivo para el compositor. La definición de la idea queda expresada en la siguiente frase de la introducción: «La liturgia es por sí misma canto, es la forma más noble de celebrar el culto cristiano.» Y luego, añade: «No es, pues, algo extraordinario, sobreañadido, algo para fiestas especiales o más solemnes, sino algo normal...»

## UNA TEORIA DEL PLAGIO: EL EQUIPO

QUERIDO CELAYA: Me dijiste por teléfono que te estabas ocupando del Arcipreste de Hita, y esto es lo que te pedí. Algo sobre el Arcipreste. Has sido muy zorro al decirme que no te envié a tiempo lo escrito por Moreiras. Bastante cortesía es habértelo anunciado. Y bastante descortesía la tuya cuando te vas por los cerros de Ubeda (provincia de Jaén), arrimando el ascua a tu sardina (provincia de Castellón) y haciéndote propaganda (provincia de Bilbao). Así resultas poeta universal. No escribes del Arcipreste, sino de tu equipo.

Tú eres lo contrario de la poesía en equipo. Es una bella teoría, como el marxismo, pero ¡hay que ver qué antimarxistas resultan, de repente, los marxistas! Tú estás au dessus de la mêlée. Nunca te prestarás a estar desous de la mêlée.

El que un escritor se aproveche de otro, maldito lo que tiene de poesía en equipo. Ahora bien, muchos escritores agradecerán esa interpretación tuya: los plagiarios. Escribamos todos unos bellos poemas a medio traducir del chino, que es lengua muy en boga, y no digamos «traducido» ni «plagiado». Digamos: somos un equipo. Y así tu formas equipo con las monjas y frailes, que ya es formar. San Juan de la Cruz puede apuntarse con Mao que ya es apuntar. Y Garcilaso de la Vega, obtiene el premio Stalin, que ya es obtener.

De todas maneras, tu teoría es considerable, aunque sobrado exculpatoria. Gracias, Celaya.

Sr. D. Luis Ponce de León

Director de LA ESTAFETA LITERARIA

Mi buen amigo: De acuerdo con lo que me anunciabas en tu carta, he leído en el número 362 de LA ESTAFETA el artículo «Vasco y chino», firmado por Moreiras. ¿Por qué no me lo enviaste antes? Hubiera podido contestarlo con más oportunidad.

Es evidente que, al pie de la letra, Moreiras tiene razón. El texto de Ching Shengt'an, a que se refiere, me produjo una gran impresión cuando lo leí en 1944, y no es sorprendente, sino normal, que años después, en 1956, la semejanza de algunas situaciones y algunas emociones que entonces me conmovían promovieran el despertar en mi semiconciencia de un texto que había leído antes muchas veces. Gran parte de esa prosa—porque se trata de un texto en prosa y no de un poema—carecía de interés para mí, y creo que para cualquier lector español de hoy. Pero había otros fragmentos que a mí me parecieron impresionantes. Son los que escogí, varié y convertí—creo—en algo que de hecho no se parece en nada al texto que los motivó. Porque una cosa es el plagio y otra la confluencia en que dos autores se pierden uno en otro. Me explicaré sobre esto.

Mi poema, escrito con «evidentes intenciones de ocultación y de plagio», se titulaba

—¡qué descuido en el camuflaje!— igual que el comentario en prosa de Ching Shengt'an: «Momentos felices». Del fragmento chino se habían publicado antes de 1944 miles de ejemplares en castellano (nueve ediciones por lo menos), y después, antes de 1956, se publicaron no sé cuántas más. ¡Cómo no iba a dar ese texto por archiconocido! No voy a alegar que así como se dice «puesto en música», yo hubiera podido subtitular mi «Momentos felices»: «Puesto en verso castellano». O como hice con los plagios de canciones populares vascas en mi libro Baladas y decires vascos: «Variación sobre "Peru Gurea"», o «variación sobre "Haika Muthil"», o como lo haré en un poema de mi próximo libro: Variación combinada de Po-Chuyi y Chen Chijú, para evitar que el amigo Tovar Bobillo se tome el trabajo de descubrir mediterráneos. Y si escribo algo así como que «las vidas son los ríos», o «polvo soy», cuidaré de poner notas al pie de las páginas citando de dónde proceden unos textos tan raros como estos o como el de Ching Shengt'an, aunque mucho me temo que con esto mis cancioneros se conviertan en algo así como esos libros eruditos, con más notas que texto.

Pero por encima de lo anecdótico, por muy divertido que sea, convendría tratar de los conceptos decimonónicos de originalidad y de plagio, en la medida en que tienen mucho más que ver con el individualismo que con la autenticidad. No voy a sacar a colación, aunque es evidente, que en una época tan intelectualizada como la nuestra, un libro actúa de un modo tan inmediato y tan natural sobre la imaginación y la emoción de un poeta como un paisaje, un amor o un partido de fútbol. Puede que sea «alejandrismo». Pero ¿quién está a salvo? No insistiré en esto, porque hay algo más importante en lo que he apuntado: Es lo que, desde hace varios lustros, vengo llamando «poesía en equipo». Ya recordarás que, hace años, y en tu revista, saqué como ejemplo de ello a los poetas de la escuela carmelitana. Pero si todos ellos plagiaron (¿plagiaron?) a San Juan de la Cruz, también podríamos recordar cómo éste plagió (¿plagió?) a Sebastián de Córdoba, por no hablar de otros. Y en buena hora para la poesía. Porque entonces felizmente no reinaba ese tonto individualismo que ha dado lugar a las ideas de originalidad y de plagio, que tanto preocupan a los marisabidillos de hoy.

Volviendo sobre esta cuestión de lo que algunos llaman plagio, y yo considero «creación colectiva», social en el mejor sentido de la palabra, me permito recordarte que en el prólogo a mi libro Paz y concierto, publicado en 1953, yo escribía:

«Goethe le decía a Eckermann: "Se habla mucho de originalidad, pero ¿qué se quiere decir con tal palabra? Tan pronto como nacemos comienza el mundo a actuar sobre nosotros, y continúa así hasta el fin. ¿Qué podríamos llamar nuestro como no sea la energía, el empeño y la voluntad? Si yo pudiera enumerar todo lo que debo a todos mis grandes antecesores y contemporáneos,

no me quedaría mucho en propiedad." Esto, Goethe. Pero uno, poeta corriente y moliente, siente cuánto debe, no sólo a los grandes, sino también a los pequeños, y a aquellos más que pequeños, innominados, a quienes ha de agradecer, entre otras cosas, el regalo de una lengua llena de posibilidades.»

¿Qué lengua? ¿El vasco? ¿El chino? ¿O el de la poesía universal? Yo creo, como Gide, que un poeta es tanto más valioso y tanto más importante, cuanto más capaz es de hacer suyas las experiencias de otros poetas. Personal, siempre lo es uno demasiado, como Momentos felices lo demuestra precisamente contra «la letra». Personal, en rigor, es lo contrario que original, como conciencia colectiva es lo contrario que plagio, y social, en el sentido en que uno hace dramáticamente suyas las preocupaciones de otros—otros personajes dramáticos—es lo contrario de íntimamente encerrado en sí mismo.

En este sentido, yo quisiera decirles a los amigos Moreiras y Tovar que soy y seguiré siendo un plagiario vasco-chino, greco-castellano, franco-sajón, etc... Y que precisamente porque tengo por buenas esas convivencias, lejos de ocultarlas, las descubro—como en Momentos felices—, porque creo, contra los investigadores casi policíacos, que esta trama de las influencias y correspondencias histórico-culturales, es motivo de orgullo—dígame Ezra Pound, siempre trufado de citas, alusiones y reconstrucciones que sólo un tonto llamaría plagios—, y sobre todo porque ciertas coincidencias son signo de esa poesía en equipo y de esa obra colectiva—«planetaria», como se dice ahora—que yo vengo propugnando desde hace veinte años.

Para terminar, quiero dejar constancia de que si no fuera por Ching Shengt'an, por su recopilador Lin Yutang, por su traductor Roman A. Jiménez, por la Editorial Sudamericana, por la variante y versión que yo escribí, por la Editorial Adonais que la publicó en libro y por la Editorial Aguilar que dió en disco mi poema, hoy no contaríamos con un poema—obra típicamente de equipo—como la que yo titulé Momentos felices, y que al parecer les interesa hasta a mis amigos-enemigos Moreira y Tovar, y que por otra parte, con su comentario, colaboran, junto con otros numerosos comentaristas de Momentos felices, al trabajo de equipo a que me vengo refiriendo. ¡He aquí la obra colectiva!

Un buen apretón de manos de tu amigo,

GABRIEL CELAYA

## MARITAIN, FRENO Y MARCHA ATRAS

AMIGO DE LA FUENTE: Es bien seguro que su carta sobre el último libro de Jacques Maritain interesará a los lectores de LA ESTAFETA. A este propósito, es de recordar el refrán según el cual «Dios escribe derecho con renglones torcidos». También es seguro que discreparán sobre cuáles son los renglones derechos y los torcidos. Gracias por su incitación.

(Pasa a la página 39)